

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA



**“MÉXICO A TRAVÉS DE LOS OJOS DE UN AMERICANO.
RELACIONES MÉXICO-ESTADOS UNIDOS EN 1866”**

TESIS

Que para obtener el grado de

MAESTRA EN HISTORIA

Presenta

Rocío Casanueva de Diego

Directora de tesis

Dra. Laura Pérez Rosales

Lectores

Mtra. Leonor Correa Etchegaray

Dr. Héctor Cuadra y Moreno

Yo diría que uno de los testimonios más fabulosos de la cultura mexicana que me encontré –y hay muchos – es la habilidad que mostró México para conservar su gran dimensión territorial. Estados Unidos quería establecer la línea fronteriza entre Mazatlán y Tampico, con Baja California, y creo que deberíamos reconocer la fortaleza de la nación mexicana, el que la cultura de esta gente fuera tan fuerte para que lograra resistir las presiones (...) Los mexicanos lograron resistir admirablemente una fuerza irrefrenable que ya había arrasado a 300 naciones indias.

John M. Hart,
en entrevista con Antonio Saborit.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	4
CAPÍTULO I	15
Contexto Histórico	
CAPÍTULO II	35
Racismo y Anglo-sajonismo	
CAPÍTULO III	67
Doctrina Monroe	
CAPÍTULO IV	90
Destino Manifiesto y Expansionismo	
CAPÍTULO V	143
¿Quién es el <i>Americano</i> ?	
CONCLUSIONES	151
BIBLIOGRAFÍA	160
ANEXO 1	165
Traducción del documento original: Maximiliano y el Imperio mexicano: La no intervención, la verdadera política de los Estados Unidos. Por un Americano.	

MÉXICO A TRAVÉS DE LOS OJOS DE UN AMERICANO

RELACIONES MÉXICO-ESTADOS UNIDOS EN 1866

INTRODUCCIÓN

No es raro que quienes estamos vinculados con la historia en el quehacer profesional, soñemos con encontrar Ese Documento –carta, noticia, informe, lo que sea– que nos revele evidencias sobre acontecimientos hasta entonces desconocidos o aclare la oscuridad de ciertos eventos que permanecían en el limbo de las hipótesis por falta de fuentes comprobatorias. Paradójicamente yo encontré precisamente lo contrario: un documento que confunde y oscurece lo que se supone claro; un testimonio marginal de la Historia por su aparente sin sentido, al menos para la historiografía oficial.

En efecto, el centro de esta investigación será un documento encontrado en el área de Acervos Históricos de la Universidad Iberoamericana que lleva por título “*Maximiliano y el Imperio mexicano. La no intervención, la verdadera política de los Estados Unidos*”.

¹Este documento, escrito presuntamente por un norteamericano anónimo y editado en el año de 1866, está dirigido al Congreso norteamericano para exigir que el gobierno de los Estados Unidos se apegue a la política de absoluta neutralidad hacia México –política que se había aplicado desde los inicios de la intervención francesa - y detener un supuesto proyecto de expansión sobre el territorio mexicano.

¹ Cfr. *Maximilian and the Mexican Empire. Non-intervention the true policy of the United States.*

El documento sale a la luz pública precisamente cuando Napoleón III anunció la evacuación de México de las tropas francesas que sostenían al gobierno de Maximiliano. La Guerra de Secesión norteamericana recién había terminado y, como consecuencia de ello, el gobierno de los Estados Unidos daba un giro en su posición respecto a México con el reconocimiento de Benito Juárez como presidente constitucional de la República Mexicana,² y con el aumento de las presiones para acelerar el retiro de los franceses del territorio de ese país. Esta nueva política fue la respuesta, en parte debido a la exigencia de la opinión pública norteamericana por hacer cumplir la Doctrina Monroe y apoyar a los republicanos mexicanos, y en parte como consecuencia de las presiones de enormes intereses económicos que se venían perfilando desde principios de la década. En efecto, era de esperarse que aquellos que promovieron y se beneficiaron del crecimiento de Estados Unidos hacia el oeste, buscaran ganancias económicas y territoriales en México. Los líderes políticos y económicos de los Estados Unidos, dirigidos por un grupo de financieros e industriales, concibieron una nación americana más grande –en algunos casos incluyeron a México y a Canadá occidental- que tendría hegemonía cultural, económica y política eventualmente sobre el resto del continente ofreciendo un ejemplo de éxito al resto del mundo. Concientes de las oportunidades de beneficios y de poder que su vecino del sur ofrecía, no era raro pensar que algunos miembros de las elites norteamericanas quisieran, después de la Guerra Civil, extender hasta México sus intereses e incluso su territorio.

² El 17 de enero de 1866, William H. Seward, reiteró a M. Bertheny, ministro plenipotenciario de Francia, que los Estados Unidos reconocían como gobierno legítimo al del presidente Juárez, y que esperaban que el presidente de México recuperara el poder suficiente para ejercer su autoridad constitucional para pacificar al país y restaurar el orden cuando las tropas francesas hubieran terminado de abandonar el país. *Vid.* Patricia Galeana, *México y el mundo* tomo III.

Es en este contexto que el *Americano anónimo*, a través del documento aquí estudiado, hace un llamado vehemente a los miembros del Congreso de su país para exigir la restitución de la política de neutralidad hacia el Imperio mexicano.³ Este *Americano* denuncia que el giro de la posición del gobierno de Estados Unidos respecto a México⁴ tiene como objetivo último la apropiación de territorio mexicano y posiblemente la eventual absorción de la totalidad de ese país. Prueba de ello es un préstamo que se propuso para apoyar la causa liberal y por el cual “uno de los cabecillas de la guerrilla”, -aparentemente Juárez- cedería otra porción de suelo mexicano.

Ante ello el autor del documento expone sus argumentos en contra del proyecto de incorporación de México a los Estados Unidos, ya que sería el peor error que pudiera cometer el gobierno norteamericano. Además, sería una equivocación fatal pretender que los mexicanos desean la intervención de los Estados Unidos en sus asuntos internos. Cualquier conato de absorción reviviría el patriotismo y unificaría al país en contra de este intento.

El autor presenta varios argumentos en contra de la expansión norteamericana sobre México: los Estados Unidos ya no necesitan más territorio en ninguna dirección; las dos razas -mexicanos y norteamericanos- son física y moralmente antagónicas; los costos que supondría una conquista – y el posterior dominio – podrían ser muy elevados además de violentar los principios republicanos; además de las consecuencias negativas que traería la

³ El *Americano* titula su artículo “*Maximiliano y el Imperio mexicano: La no intervención, la verdadera política de los Estados Unidos*”.

⁴ Se refiere al reconocimiento que hizo el gobierno norteamericano en enero de 1866 del gobierno encabezado por Benito Juárez como el legítimo gobierno de México.

incorporación al cuerpo político norteamericano de un “elemento degradado y decadente” que eventualmente tendría que ser admitido en términos de igualdad política.

El *Americano* propone que se permita a México resolver su propio destino bajo el mando de Maximiliano una vez que los franceses se hayan marchado y sin la intervención de su vecino del norte. La aplicación de esta política ayudaría a comprobar que el gobierno legítimo en México – según el autor – es el encabezado por Maximiliano de Habsburgo. No se trata de un error: el emperador Maximiliano es, según este norteamericano anónimo, el legítimo gobernante de este país. Este *Americano* hace una defensa apasionada a favor de Maximiliano, reconocido formalmente por toda Europa y comprometido con la regeneración del país y con la integridad del territorio mexicano. Con esa misma pasión, pero en sentido contrario, acusa a Juárez, “cabecilla de guerrilleros”, de estar dispuesto a vender su país natal a un poder extranjero a cambio de la promesa de apoyo a sus pretensiones políticas.

Cualquiera que lea estas líneas encontrará contradicciones importantes con la historiografía tradicional respecto a los objetivos de la política del gobierno de los Estados Unidos en México una vez terminada la Guerra de Secesión. No hay elementos para pensar que el país que se autoerigió como campeón de la democracia y defensor de los valores republicanos en el continente americano, pudo haber adoptado una política que defendiera a un gobernante extranjero que encabezara una monarquía apuntalada con las armas de una potencia europea precisamente en su vecino del sur. Y no los hay porque en principio esto contradice los supuestos más básicos de la política exterior norteamericana por varias razones elementales. Primero, porque el establecimiento de una monarquía va en contra de los valores republicanos que defiende la declaración de Monroe –pilar de la política

exterior norteamericana – en el hemisferio occidental; segundo, porque los Estados Unidos –según lo manifestaron en la misma declaración – no pueden permitir que una potencia europea –Inglaterra excluida – intervenga en asuntos americanos; y tercero, porque la vecindad con México y sus recursos son piezas importantes para sus intereses económicos, comerciales y de seguridad.

Si bien la política que este *Americano* exige al Senado de su país –la neutralidad – es congruente con la política adoptada por el gobierno de los Estados Unidos hacia México durante la intervención francesa y el Imperio, no deja de resultar escandaloso que los objetivos que espera de dicha política signifiquen la negación de la tradición norteamericana, esto es, el fortalecimiento de un gobierno monárquico en su vecino del sur, encabezado por un austriaco entronizado y apoyado –al menos durante un tiempo- por el emperador de Francia.

Pero más allá de la aplicación de tal o cual política a favor de uno u otro líder, este documento es fundamentalmente la denuncia de un supuesto intento de continuar con la expansión territorial norteamericana hacia México. Es un llamado urgente para detener semejante proyecto, cuyo objetivo final sería la total absorción del territorio mexicano y su población.

Después de una primera lectura del documento, parecería que el autor rechaza las propuestas básicas de la política norteamericana de la época. Pero si lo volvemos a leer y lo analizamos con menos inocencia, podemos darnos cuenta que la defensa que hace a favor del mantenimiento de la política de neutralidad en beneficio de Maximiliano es en el fondo un mero pretexto para reafirmar valores tradicionales norteamericanos como son el excepcionalismo histórico de la nación norteamericana, su unicidad como pueblo y el

destino glorioso de su raza. Para eso el *Americano* utiliza “tramposamente” argumentos que, al menos para muchos otros estadounidenses, son insostenibles como la defensa de un gobierno monárquico en el país vecino y el apoyo a un gobernante europeo en América. No muestra ningún escrúpulo en defender dichas causas si ello le sirve para reafirmar los valores del pueblo norteamericano, porque lo verdaderamente importante para este autor es alertar al Congreso respecto del proyecto de los anexionistas y de las consecuencias que traería para los Estados Unidos la incorporación a su territorio de la “amenaza mexicana”. En este trabajo deseo mostrar que el texto aquí analizado está dirigido al público norteamericano –no al mexicano- y de ahí el llamado vehemente en contra del expansionismo y “a favor” de la integridad territorial de México; de ahí también el énfasis que hace el autor en cuanto a las diferencias abismales que existen entre mexicanos y norteamericanos:

[...] no hay más afinidad entre mexicanos y norteamericanos que entre el aceite y el agua. Los mexicanos de nacimiento nos odian y nos temen, y nosotros los despreciamos y los desdeñamos. Las dos razas son física y moralmente antagónicas... es peligroso incorporar a nuestro cuerpo político un elemento degradado y decadente que eventualmente tendremos que admitir en términos de nuestra igualdad política, o bien mantenerlo como conquista, y el cual estaría generando violencia perpetua hacia nuestros principios republicanos.

Este párrafo deja claro que, al menos para un grupo de norteamericanos, los mexicanos eran vistos –por múltiples razones llamadas “diferencias”- como una amenaza para el cuerpo político y social estadounidense. Es evidente la violencia del lenguaje, y es que estos argumentos son mucho más que eso; están expuestos no para apuntalar una idea, sino porque son La Idea, el corazón mismo del documento, su justificación y su mensaje. Mensaje que, al menos en parte, sigue vigente hasta nuestros días ya que estas diferencias – culturales, religiosas, étnicas, etc.- entre mexicanos y norteamericanos han sido y siguen siendo uno de los temas más escabrosos y difíciles de tratar en la relación entre México y los Estados Unidos.

Por todo lo anterior, y más allá de lo que sucedió y de lo que se escribió, este documento nos plantea una serie de preguntas importantísimas: ¿habían elementos reales para creer que el impulso expansionista norteamericano continuaría sobre México después de la Guerra de Secesión?, ¿quién es el autor del documento?, ¿a quién representaba y qué intereses defendían?, ¿por qué la defensa vehemente de Maximiliano y la condena sin tregua a Benito Juárez? Y digo importantísimas porque la investigación alrededor de estas y muchas otras preguntas que resultan de la lectura del documento nos introducirá al contexto político de la época -contexto particularmente complicado- tanto al interior de los Estados Unidos como en su relación con México; a algunos de los diferentes intereses dominantes en una sociedad polarizada por una guerra civil; a conocer los principales grupos de poder político y los hilos que los mueven; ¡en fin! a profundizar y explicar los móviles entre las diferentes fuerzas de poder que empujan a la aprobación de sus propuestas para que sean aplicadas como políticas gubernamentales. En otras palabras, el análisis de este documento permitirá conocer mejor ciertos intereses que determinaron la elección y aplicación de una

de las estrategias de la política norteamericana con respecto a su vecino del sur, y así, entender desde una perspectiva más amplia y desde un punto de vista poco conocido, la relación de México con los Estados Unidos en un período crucial y definitorio para ambos países.

Así, a lo largo del trabajo, haré un breve recorrido por el mundo de las ideas raciales para entender cómo, en el siglo XIX, el hombre blanco, particularmente el anglosajón, llegó a concebirse a sí mismo como un ser superior con respecto al resto de los hombres; veremos por qué en los Estados Unidos esta idea tuvo un significado tan poderoso y cómo las consecuencias que de ella se derivaron no sólo afectaron a Norteamérica, sino también al resto del continente y de manera especialmente dramática a México. Analizaremos y entenderemos en este contexto a la Doctrina Monroe como una advertencia que hicieron los Estados Unidos a los europeos respecto de sus “derechos de exclusividad” en el hemisferio occidental y como una bandera política sumamente útil por su capacidad de amoldamiento. América es para los americanos, esto es, el territorio designado para llevar a cabo el proyecto de expansión justificado por el Destino Manifiesto y para cumplir la misión del hombre anglosajón, ya sea ésta el “correcto” aprovechamiento de territorios “desiertos”, o bien la exportación del republicanismo y la democracia -de la civilización- a pueblos menos blancos y menos afortunados. También veremos que estos proyectos expansionistas no se satisficieron con la anexión del norte de México en 1848, sino que siguieron vivos incluso después de la Guerra Civil norteamericana, cuando se enfrentaron a una nueva clase de expansión, la económica y la comercial. Por último descubriré la identidad del *americano*, hombre romántico y contradictorio, periodista muy bien informado e influyente entre la oligarquía industrial, financiera y política del noreste norteamericano y los intereses que lo

mueven a escribir este documento, tanto políticos –en este caso el mantenimiento de la neutralidad propuesta por Seward- como económicos –los proyectos de los grandes industriales y financieros ávidos por extender sus negocios en México-.

El objetivo central de este trabajo será entonces ubicar en su contexto histórico un documento escrito y editado a finales de 1866 para utilizarlo como una muestra de microscopio a partir de la cual podremos observar, conocer y analizar los principales temas que interesaban e inquietaban a los norteamericanos en su relación con México en ese preciso momento. En segundo término, demostrar con ello la vigencia que tiene el estudio del pasado en cualquier tema de Relaciones Internacionales porque cualquier análisis profundo de cualquier conflicto entre países requiere forzosamente de conocimientos históricos. Hablando particularmente de México, esto es especialmente importante en el estudio de sus relaciones con los Estados Unidos, por la trascendencia que estas relaciones han tenido para nuestro país a lo largo de su vida independiente y hasta el día de hoy. Este proyecto demostrará cómo un documento del siglo XIX sigue siendo vigente hasta nuestros días en tanto nos permite explicar fenómenos actuales a partir del pasado y acercarnos a los principales temas de la relación entre México y los Estados Unidos a lo largo de su historia y a distinguir cuáles de ellos aún permanecen en la agenda de estos países.

Dicho de otra forma, haré un ejercicio de investigación e interpretación histórica del contexto de la relación de México con los Estados Unidos en un momento específico y particularmente importante en dicha relación por representar el punto de quiebre entre una política de expansión territorial y otra cuyos objetivos eran igualmente la expansión pero exclusivamente comercial y económica. El contenido del documento servirá de guía para identificar los principales temas de preocupación de la política norteamericana respecto a su

relación con México y ubicar conceptos y principios que han perdurado en la sociedad norteamericana a través del tiempo y que han determinado su percepción respecto a sus vecinos del sur y a la relación que tienen con ellos y con ello participar en el debate actual de las relaciones México-Estados Unidos desde una perspectiva histórica.

Para ello se analizarán dos ejes principales de la política norteamericana de esa época: el primero es la Doctrina Monroe vista como una advertencia para toda aquellas potencias que pudieran tener intenciones neocolonialistas en el continente americano; el segundo, el Destino Manifiesto, propio de la política interna, como discurso justificador del proyecto expansionista; un tercer eje, que cruza a los dos anteriores, será el tema del anglosajonismo como pensamiento dominante de la época en su sentido de superioridad racial del hombre blanco y su misión civilizadora, fundamental para entender tanto la elaboración de políticas internas e internacionales como su aplicación en la relación con otros países, en este caso con México. A partir del estudio de estos discursos se podrá interpretar la visión que de Juárez y Maximiliano tiene el *Americano*; visión que resulta controvertida y contradictoria con respecto a la posición del gobierno norteamericano y a sus tradiciones republicanas, pero no a la luz del pensamiento dominante en esos años.

Estos ejes son comprensibles en el marco del expansionismo norteamericano, política fundamental para entender las relaciones entre México y los Estados Unidos que predominó durante casi todo el siglo XIX.

Para terminar, hay que decir que a pesar de esta larga historia de interacción, la inmensa mayoría de los norteamericanos han mantenido una sorprendente indiferencia respecto a su vecino. La penetrante creencia en la superioridad personal respecto a los mexicanos y el aislamiento económico crearon ese sentido paradójico de vecindad distante

que continua prevaleciendo e influyendo en las relaciones entre nuestro país y los Estados Unidos.

CAPÍTULO I

CONTEXTO HISTÓRICO

El documento aquí analizado fue editado en 1866, por lo que, debido a los temas que subyacen en él –expansionismo, racismo, Doctrina Monroe, Destino Manifiesto-, tenemos que remontarnos muchos años atrás, cuando estos fenómenos tuvieron su origen. Estos principios forjaron los lineamientos tanto de la política interna como de la exterior, siempre en función de un proyecto expansionista justificado por el pensamiento racista decimonónico que a su vez determinó la clase de relaciones que los norteamericanos desarrollaron con sus vecinos, particularmente con los mexicanos.

En las primeras décadas del siglo XIX, los Estados Unidos no desempeñaban todavía una gran función en los asuntos mundiales, razón por la cual los gobernantes de Europa sólo les prestaban una atención intermitente, salvo la Gran Bretaña cuyas perspectivas comprendían prácticamente a todo el mundo. La independencia de gran parte de la América hispana había eliminado todas las colonias europeas de la mayor parte de América Central y del Sur, excepto en las Guayanas, que proporcionaban azúcar a los británicos, una cárcel para criminales peligrosos a los franceses, y un recordatorio de sus vínculos pasados con Brasil a los holandeses.¹ Las islas del Caribe, aparte de La Española, siguieron siendo posesiones de España, de Gran Bretaña, de Francia, de los Países Bajos y de Dinamarca. Salvo Inglaterra y España -que anhelaba la restauración parcial de su imperio americano-, ninguno de los Estados europeos se preocupó más de lo necesario por

¹ Eric Hobsbawm, *La era del capital*. p. 145.

sus posesiones en las Indias Occidentales. En el continente americano sólo seguía habiendo, en la segunda mitad del siglo XIX, una amplia presencia europea en la vasta pero despobladísima colonia británica del Canadá a la que separaba de Estados Unidos una frontera en línea recta desde Ontario hasta el océano Pacífico. Las zonas en disputa de cualquiera de los lados de esta línea se repartirían pacíficamente –aunque no sin penosos pactos diplomáticos- en el curso del siglo.

La expansión territorial de Estados Unidos no causó, por tanto, ninguna gran inquietud en las cancillerías de Europa. Las ambiciones territoriales norteamericanas no sobrepasaron en estos años los límites entre el Atlántico y el Pacífico al sur de Canadá y al norte de la frontera de México después de la guerra que le costara más de la mitad de su territorio.

Este es también el período en que varios millones de europeos emigraron a los Estados Unidos porque su vasta extensión y extraordinario progreso lo convirtieron en el milagro técnico de la Tierra. La imagen de Estados Unidos como alternativa política y económica frente al viejo mundo de la monarquía y la aristocracia cambió, al menos al exterior, por otra imagen que representaba un medio de escapar de la pobreza con la esperanza del enriquecimiento personal. El nuevo mundo no sólo suponía cada vez más la nueva sociedad frente a Europa, sino la sociedad de los ricos recientes.²

Sin embargo, dentro de los Estados Unidos la imagen de la república seguía siendo la de una tierra de igualdad, de democracia, de libertad sin trabas y de oportunidades

² *Ibidem*, p. 147.

ilimitadas cuyo complemento sería denominado “Destino Manifiesto”.³ Pero estos sueños de libertad no podían ejercerlos todos. Los negros estaban totalmente descartados al igual que los indios, los chinos y los mexicanos. Era el sueño de los hombres blancos pobres.⁴

A esta época precisamente es a la que pertenecen dos de los temas más profundos y duraderos de la historia norteamericana y que serán de importancia principal para el tema de este trabajo: la Guerra Civil y el Oeste, ambos íntimamente conectados con la expansión territorial. Pero para entenderlos tenemos que remontarnos a los inicios de la fundación de lo que hoy conocemos como Estados Unidos y la identificación de los primeros colonos como los transmisores de una cosmovisión que permanecerá tatuada en el pensamiento y la identidad del pueblo norteamericano a lo largo de los años. Estos primeros colonos fueron principalmente ingleses, la mayor parte de ellos puritanos entre cuyas herencias estuvieron incluidos los sentimientos antihispanos, una actitud de superioridad racial y la creencia de ser los predilectos de Dios.

Esta actitud tiene sus orígenes a finales del siglo XVI, durante el reinado de Isabel, como resultado del rompimiento con la Iglesia católica, del engrandecimiento del imperio español, de la competencia del poderío naval y de la influencia del ala calvinista –o puritana- en la política inglesa.⁵ Por motivo de calidad y cantidad, el grupo de más influencia en la formación de Estados Unidos fue éste, aunado a los presbiterianos escoceses y reformados holandeses que llegaron a Nueva Inglaterra. La base de la

³ *Idem.*

⁴ *Ibidem*, p. 150.

⁵ Pasaron a la historia con ese nombre por convertirse en el ala radical que buscó suprimir todo aquello que oliera a catolicismo dentro de la Iglesia de Inglaterra. Ángela Moyano Pahissa, México y Estados Unidos: *Orígenes de una relación 1819-1861*, pp. 16-18.

conciencia nacional norteamericana está así impregnada del espíritu puritano,⁶ de sus valores y de su convicción de ser un pueblo elegido por Dios para transformar al mundo, para lo cual debían ser industriosos. De aquí se deriva también la idea de igualdad, ya que el mérito está en el éxito personal, de lo que se sabe hacer y no en la clase o posición social.⁷

Los “padres fundadores” de los Estados Unidos, herederos de la tradición calvinista, alabaron y publicaron el destino glorioso de su país e insistieron en ofrecer al mundo su ejemplo como modelo a imitar: la democracia, esa religión nueva, debía llevarse a todos los pueblos de la tierra. Fue en ese punto que la misión se convirtió en destino, Destino Manifiesto.⁸ La causa de Norteamérica se convertía en la causa de toda la humanidad. De ahí la insistencia de que en los nuevos países del continente se instauren sistemas de gobierno republicanos.

A partir de su separación política de Inglaterra, sus relaciones con el exterior tuvieron como objetivo principal robustecer su independencia. Practicaron una temprana forma de no alineación (particularmente entre Francia e Inglaterra), despreciaron el equilibrio de poder tan característico de los europeos, y descubrieron el beneficio de la neutralidad como arma de negociación.⁹ Su primer presidente, George Washington, dejó clara la advertencia sobre el peligro de comprometerse en alianzas con países europeos; la situación distante de su territorio les permitía seguir un rumbo diferente y debían hacerlo.

6 Como muestras de ello, Moyano menciona también las actitudes norteamericanas hacia el ahorro y el triunfo, hacia el trabajo y el ocio. *Vid. Ibidem*, p. 20.

⁷ *Ibidem*, p. 21.

⁸ *Ibidem*, pp. 27-28.

⁹ Para algunos estudiosos como Kissinger, el secretario de Estado Seward manejó con destreza y éxito esta política durante la intervención francesa en México. *Cfr.* Henry Kissinger, *La Diplomacia*

La seguridad que les conferían los grandes océanos fue interpretada como una clara señal de la Divina Providencia.¹⁰

Fue en 1815, después de la Paz de Viena, cuando los Estados Unidos volvieron abiertamente la espalda al Atlántico y rechazaron las políticas europeas. Así lo constataría la declaración del presidente Monroe de 1823¹¹ como respuesta a las amenazas de la Santa Alianza de apoyar a España en la recuperación de sus colonias y a la posible expansión rusa al norte de las costas americanas del Pacífico. El presidente norteamericano dejó claro que su país no toleraría nuevos intentos de colonización europea en el continente americano; los Estados Unidos nunca habían intervenido en las guerras del Viejo Continente ni en sus posesiones coloniales y esperaban reciprocidad en este sentido por parte de las potencias europeas.

Con el tiempo el discurso del presidente Monroe se transformó en una doctrina útil para justificar cualquier intervención norteamericana en otros países del hemisferio, no sólo contra una amenaza ya existente, sino contra toda posibilidad de un desafío abierto.¹²

Sin embargo no fue con un país europeo sino con México, la relación clave para los Estados Unidos durante el siglo XIX, aunque en muchos aspectos fue considerada por los sucesivos gobiernos norteamericanos más parte de su política interna que de la exterior. Fue una relación que se caracterizó por las dificultades, las agresiones y el choque entre los intereses de ambos países y sus respectivos proyectos de nación; una relación asimétrica en la que dominaron también los prejuicios y las posiciones predeterminadas por las

¹⁰ *Ibidem.*

¹¹ Vid. Samuel Eliot Morrison, et. al. *Breve Historia de los Estados Unidos.*

¹² Vid. Kissinger, *La Diplomacia, op. cit.*

diferencias culturales y lo que de ellas se derivaba, en un contexto en el cual el hombre blanco, anglo-sajón y protestante estaba llamado a dominar el mundo por el simple hecho de ser “superior”.

Los Estados Unidos y México más que vecinos eran en realidad dos mundos distintos en su modo de entender y pensar la realidad: de orígenes –uno mestizo, el otro una mezcla de culturas europeas sobre una base inglesa- y tradiciones culturales, religiosas y lingüísticas tan diversas entre sí.¹³ Desde el inicio de la colonización empezaron a forjarse dos naciones diferentes. La de origen español no perdió tiempo en iniciar el proceso de hispanización de los indios, mientras la otra rechazaba totalmente el mundo indígena y se reafirmaba como heredera de las tradiciones inglesas y de sus instituciones políticas.¹⁴ A partir del comienzo de sus vidas independientes, mientras que los Estados Unidos reiteraron sus orígenes ingleses –a pesar de la intensa inmigración no inglesa- proporcionando con ello una base para fincar la unidad de su multiplicidad, México, por el contrario, cortó lazos con su pasado español, destruyendo la base para conseguir una unidad nacional.¹⁵

Cuando México consumó su independencia, fieles a sus intereses específicos y congruentes con sus convicciones republicanas y democráticas, los Estados Unidos la reconocieron, pero no así al imperio de Iturbide. Esperaron hasta la instauración de la república, en 1824, para hacerlo siguiendo los tres intereses diplomáticos fundamentales del siglo XIX: explicar -y aplicar- la Doctrina Monroe; contrarrestar la influencia y las

¹³ Vid. Moyano Pahissa. *México y Estados...op. cit.*

¹⁴ El gobierno representativo, la ley común, el sistema de jurado popular, la supremacía de la ley, el sistema de impuestos y la subordinación del ejército a la autoridad civil. *Ibidem*, p. 15.

¹⁵ *Ibidem*, p. 16.

actividades británicas y negociar, idealmente, nuevos límites fronterizos.¹⁶ Este último objetivo fue sin duda el que definiría la relación entre ambos países.

Ante la constante negativa de los gobiernos mexicanos para negociar la venta de territorio nacional, los norteamericanos, en el cumplimiento de su proyecto expansionista, ensayaron diferentes opciones, como fue por ejemplo el apoyar a la colonización de territorios semidespoblados y, eventualmente, a los movimientos independentistas que de ahí surgieran; o la de presionar a los distintos gobiernos mexicanos con el tema de la deuda. Los argumentos –o pretextos- para justificar estas acciones fueron muchos y muy variados: reclamaciones de indemnizaciones por los bienes afectados a ciudadanos norteamericanos en territorio mexicano; acusaciones por ofensas de diferente índole del gobierno mexicano al gobierno de los Estados Unidos; incapacidad de México de cumplir con sus compromisos en la frontera (refiriéndose a las incursiones de los indios); el supuesto derecho, por tratados previos, a tal o cual territorio. El argumento anterior se utilizó solo o en combinación con cualquiera de los otros. Para los norteamericanos resultó de primordial importancia revestir de legalidad cualquier hecho, destacando sus derechos por compra, por conquista, por designio divino o por la razón que fuera, de obrar en la forma en que lo hacían y justificando las consecuencias que de ello se derivaran.

Fue en Texas donde iniciaron el proyecto expansionista que involucró a México. Primero se apoyó la colonización, después la causa de los texanos independentistas y por último se aceptó a esta república independiente, tras nueve años de existencia, como estado miembro de la Unión el 4 de julio de 1845. Durante este proceso los norteamericanos se

¹⁶ *Ibidem.*, p. 49.

aseguraron de que no hubiera arreglo posible entre Texas y México y evitaron una mayor influencia de Gran Bretaña en la zona. El gobierno temió que Inglaterra, desde Texas, les arrebatara los mercados del sur del país o bien, que si llegaba a un arreglo con México, pudiera convencer a su gobierno de que le vendieran el territorio en disputa.¹⁷ Pero nunca declararon abiertamente la guerra a México. En su lugar dieron una lista de justificaciones para llevar a cabo la anexión entre las que estaban el derecho de Texas a independizarse como en su momento lo hizo la Nueva España, la existencia de una población mayoritariamente norteamericana, las diferencias culturales de los habitantes texanos con respecto al resto de México, los obstáculos que había puesto México para evitar el desarrollo independiente de Texas y el peligro que corría este territorio de caer en manos de Inglaterra por culpa de México,¹⁸ pues en su visión, la seguridad de Norteamérica peligraba si un vecino se convertía en potencial aliado de alguna nación extranjera más poderosa.¹⁹

En México, las diferencias políticas internas, los golpes de estado, pronunciamientos, regionalismos y divisiones entre liberales y conservadores²⁰ aseguraron la derrota de los mexicanos en una guerra que nunca fue considerada nacional. Fue una guerra del gobierno en turno y de los estados que opusieron resistencia al ser invadidos.

¹⁷ Moyano también comenta lo impertinentes y groseros que resultan los documentos americanos claves en las relaciones con México durante esta época. Para explicarlo utiliza una cita del autor Glen Price quien hizo un estudio sobre esto. Dice que es imposible encontrar sentido a las misivas diplomáticas norteamericanas de la época, a menos de recordar que “la diplomacia de los Estados Unidos con México revela el juicio común del pueblo norteamericano acerca de los mexicanos. Dicha actitud indica que en realidad hay muy poca diferencia entre un indio y un mexicano; por lo tanto en este caso, una diplomacia seria y respetuosa quedaba descartada” Price, *apud, Ibidem*, p. 116. Continúa explicando la autora que sólo así se puede entender el que para la venta de Texas se diera como argumento las ventajas que traería el que la capital de México quedara en el centro geográfico del país, o bien, que se enviara a un comprador a intentar negociar lo que en parte había provocado un rompimiento diplomático. *Ibidem*, pp. 105-107, 111, *passim*.

¹⁸ *Ibidem*. pp. 106, 107, *passim*.

¹⁹ *Vid. Kissinger, La Diplomacia...op. cit.*

²⁰ Reunidos desde 1840, por la proclama de Gutiérrez Estrada, alrededor de un proyecto monárquico.

Puebla, por ejemplo, no opuso resistencia, mientras que el Estado de México y Yucatán se declararon neutrales.²¹

La firma del Tratado de Guadalupe-Hidalgo de 1848 –epílogo de la guerra- fue sin duda uno de los capítulos más amargos de la historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos. Ninguno de los protagonistas quedó satisfecho con los resultados. México, al ver cercenado su territorio nacional, se consideró víctima de la injusticia; algunos sectores del gobierno de los Estados Unidos y muchos norteamericanos, por su parte, se lamentaron por no haber conseguido más territorio, particularmente Sonora y Baja California.²²

En los años posteriores a la guerra hubo nuevos intentos de particulares, por diferentes vías, para obtener más territorio mexicano. Uno de ellos fueron los ataques de filibusteros, tanto por el Pacífico para obtener Sonora, como por el Golfo, con miras a extenderse sobre Tamaulipas, Chihuahua, Coahuila y Nuevo León,²³ utilizando como pretexto auxiliar al gobierno constitucional. La actitud del gobierno norteamericano fue, en casi todos los casos, pasiva y tolerante; fingió no saber nada aún cuando prometía investigar cada caso.²⁴

Los Estados Unidos, para expandir sus tierras, no dejaron de presionar al gobierno de Santa Anna, siempre en bancarrota, con el tema del pago de deudas y el ofrecimiento de

²¹ Moyano Pahissa, *México y Estados...op. cit.*, p. 114.

²² *Ibidem*, p. 214

²³ *Idem*. Para el tema del expansionismo norteamericano en Sonora se debe consultar también a la autora Ana Rosa Suárez Argüello.

²⁴ Según esta autora sólo se sabe de un caso en donde las autoridades norteamericanas actuaron con energía y enviaron buques de guerra para impedir el paso de los filibusteros –comandados en esta ocasión por el comerciante José María Carvajal – hacia las costas mexicanas. Esto sucedió en octubre de 1849. *Vid. Ibidem*, pp. 215-232.

compra de territorio. De ello resultó la venta de la Mesilla en 1853, paso necesario para llevar a cabo el proyecto de un ferrocarril transcontinental. Con esta adquisición sería posible conectar las costas del Atlántico y el Pacífico y desarrollar el comercio con el lejano oriente.²⁵ Por otra parte, la obtención de Sonora y Baja California se vio nuevamente frustrada.²⁶

Otra táctica utilizada por las administraciones expansionistas inmediatamente anteriores a la Guerra Civil fue la del reconocimiento de los respectivos gobiernos mexicanos, liberal o conservador, a cambio de la cesión de territorio mexicano. Tampoco tuvo éxito.²⁷ Un nuevo intento se hizo en diciembre de 1858 cuando la administración recomendó la organización de un protectorado norteamericano sobre el norte de Chihuahua y Sonora para controlar la violencia que se suscitaba en Arizona y Nuevo México.²⁸ Un fracaso más para los Estados Unidos. Por último, durante la guerra de Reforma en México,²⁹ Washington reconoció al gobierno de Juárez y envió a Robert McLane con la misión de ofrecer diez millones de dólares por el territorio de Baja California y privilegios

²⁵ Debemos recordar que este proyecto y la apertura de la diplomacia norteamericana en Oriente forman parte de la expansión comercial en el Pacífico: En 1844 el ministro norteamericano en China, Caleb Cushing, negoció un tratado que otorgó el acceso a los barcos norteamericanos a ciertos puertos chinos y privilegios extraterritoriales a los comerciantes. Igualmente se firmó con Japón –mucho más hermético que China – el tratado de Kanagawa que permitió a los Estados Unidos el establecimiento de un consulado en ese territorio, aseguró un buen trato a los marinos de su flota y permitió a sus naves visitar ciertos puertos japoneses en busca de abastos o para reparaciones. Morrison, *Breve historia de...op. cit.*, pp. 321, 322, *passim*.

²⁶ El gobierno norteamericano hizo dos propuestas, una en 1854 y otra en 1856 para obtener Sonora y Baja California a cambio de 6 millones de dólares.

²⁷ Moyano Pahissa, *México y Estados...op. cit.*, p. 279.

²⁸ Me refiero a la administración del presidente Buchanan. La división en el Congreso evitó una nueva invasión porque los políticos del Norte se propusieron detener la expansión de los estados esclavistas. Se mandó la recomendación presidencial al Comité de Relaciones Exteriores del Congreso y después de un agitado debate, la moción fue derrotada por votación de 31 contra 25. *Ibidem*, pp. 283-284.

²⁹ México inicia el año 1857 en un ambiente de enfrentamientos entre conservadores y liberales. Pronunciamientos y choques entre la Iglesia y el Estados están a la orden del día. En diciembre, los conservadores proclaman el Plan de Tacubaya de Félix Zuloaga para abolir la Constitución liberal del 5 de febrero dando inicio a la Guerra de Reforma o de los Tres Años. *Vid.* Daniel Cosío Villegas, *Historia General de México*.

de tránsito a través del norte de México y Tehuantepec. Muchos entendieron este reconocimiento como un mero intento de obtener territorio mexicano que los conservadores le habían negado.³⁰ El resultado fue el tratado McLane-Ocampo firmado el 14 de diciembre de 1859, que aunque no vendía Baja California, si otorgaba derecho de tránsito a perpetuidad por Tehuantepec.³¹

Pero si bien el ámbito internacional durante esos años fue muy favorable para la consolidación de los Estados Unidos como potencia hegemónica en el continente, al interior del país la sociedad se polarizó cada vez más en dos grandes sectores: el Norte y el Sur. En efecto, con los años la oposición nordista y sudista se había agudizado paulatinamente. Las estructuras y las mentalidades sociales respectivas eran muy distintas: el Norte, industrial, era un país de grandes ciudades; el Sur se apoyaba en la agricultura; los yanquis eran demócratas, y los sudistas tenían una línea de conducta e instituciones aristocráticas. La esclavitud no era el único motivo de discordia. Más allá de las discusiones éticas sobre este tema y su viabilidad económica, el problema específico que llevó al Sur a la crisis en la década de 1850 fue la dificultad de coexistir con un dinámico capitalismo norteamericano y con el aluvión migratorio hacia el Oeste.³²

En términos puramente económicos, al Norte no le preocupaba demasiado el Sur, región agraria apenas iniciada en la industrialización. El tiempo, la población, los recursos y la producción estaban de su parte. Los principales obstáculos eran políticos. El Sur,

³⁰ Por las constantes intromisiones en política interna y sus intrigas para buscar pretextos para atacar al gobierno de Zuloaga, el gobierno mexicano pidió la remoción del ministro norteamericano Forsyth. Este retiro significó el rompimiento de las relaciones, no con México pero sí con el gobierno conservador de Zuloaga. El ministro sustituto fue William M. Churchwell, encargado de investigar la situación mexicana. Tenía instrucciones de acercarse al partido liberal y al gobierno de Juárez en Veracruz. *Ibidem*, p. 286.

³¹ *Ibidem*.

³² Hobsbawm, *La era del Capital*, *op. cit.*, p. 151.

virtual semicolonias de los británicos, a quienes suministraba la mayor parte del algodón, consideraba ventajoso el comercio libre, en tanto que la industria del Norte llevaba muchísimo tiempo convencida de la eficacia de las tarifas proteccionistas, sistema que no pudo imponer según sus deseos debido a la influencia política de los estados del Sur. A la industria nortea le preocupaba ciertamente más el comercio semilibre y el medio proteccionismo de una nación que su media esclavitud y su media libertad.³³ Por su parte, el Sur quiso contrarrestar las ventajas del Norte mediante el aislamiento al interior, intentando establecer una zona comercial y de comunicaciones de cara al sur y basada en el sistema del río Misisipi en vez de extenderse hasta el Atlántico por el este y apropiándose en lo posible de la expansión hacia el oeste. Esto era muy natural ya que sus blancos pobres habían explorado y descubierto durante mucho tiempo estos territorios.³⁴

Ante la creciente fuerza económica de sus vecinos del norte, los sureños tuvieron que insistir en su fuerza política a fin de expresar sus pretensiones en los términos más formales,³⁵ esto es, subrayando la autonomía de los estados frente al gobierno nacional o ejerciendo la facultad de veto en las decisiones políticas. Todas estas medidas se convirtieron en un verdadero obstáculo para la expansión del Norte hacia el oeste.³⁶ Para reforzar su postura los dirigentes sureños buscaron, sin éxito, la anexión de Cuba y la creación de un imperio de plantaciones entre el Sur y el Caribe.³⁷

³³ *Ibidem*, p. 152.

³⁴ *Idem*.

³⁵ Como sería insistir en la pertinencia de la adopción del sistema esclavista en los nuevos territorios conquistados del Oeste. *Vid. Ibidem*.

³⁶ *Ibidem*, p. 152.

³⁷ Para los agricultores sureños que deseaban nuevos territorios esclavistas, Cuba y México fueron sus objetivos principales. Con el pretexto de que Cuba podría caer en manos de Inglaterra o convertirse en una república negra como Haití, se hizo incluso una propuesta formal para su compra. Ante el rechazo de España

Pero no hay duda de que los conflictos, cada vez más graves, que se suscitaron entre ambas partes durante la década de 1850 fueron principalmente debidos a la cuestión de la expansión –o de la no expansión- de la esclavitud. Las líneas de acuerdo para establecer las regiones esclavistas y las no esclavistas habían sido establecidas desde 1820 con el Compromiso de Misuri que marcó la frontera entre los estados esclavistas y los estados “libres”, quedando esta institución prohibida al norte de la demarcación.³⁸ Sin embargo, en 1850 la gran expansión territorial llevada a cabo después de la guerra con México, replanteó el problema con urgencia y agudeza y se evidenció la necesidad de una nueva reglamentación.

Frente a las enérgicas protestas sudistas, quedó establecido que, a pesar de la situación geográfica al sur de la línea fijada, California sería admitida en la Unión, mientras fuese estado “libre”, a diferencia de Utah y Nuevo México que podrían decidir por sí mismos el permitir o no la esclavitud en el interior de sus fronteras. Poco después, en 1854, se planteó un nuevo compromiso, esta vez a propósito del territorio de Nebraska. En medio de agrias discusiones y tres meses de debates ásperos, se aprobó la división de la región en dos distritos distintos, Kansas y Nebraska y la incorporación del principio de la soberanía popular, por la cual se podía decidir si aceptaban o no la esclavitud, a pesar de hallarse

en 1854, intentaron provocar una guerra con este país utilizando como pretexto un choque entre autoridades españolas y comerciantes norteamericanos. Para decepción de los anexionistas España pidió disculpas. *Vid. Morrison, Breve Historia de ... op. cit., p. 321.*

³⁸ Este compromiso excluyó la esclavitud de los territorios deshabitados al este del Misisipi y al norte de 36° 30' adquiridos por la compra de la Luisiana. Peter Thompson, *Vid. Dictionary of American History. From 1763 to present.*

situados al norte de la línea marcada por el Compromiso de Misuri.³⁹ La decisión sería vista como un triunfo esclavista y provocaría mayor encono de los antiesclavistas del Norte.

El resultado inmediato y palpable de la Ley Kansas-Nebraska fue la creación de un Partido Republicano y reformado, opuesto al antiguo Partido Demócrata, y cuya finalidad sería exigir la estricta limitación de la esclavitud.⁴⁰ El nuevo Partido Republicano celebró su primera convención nacional en el año de 1856, en un ambiente de tensión y odio crecientes.

La gota que derramó el vaso de las discordias fue la elección como candidato del partido republicano a la presidencia y el eventual triunfo en las elecciones de 1860 de Abraham Lincoln, un político muy reconocido por su vocación antiesclavista. Los estados meridionales, convencidos de haber perdido con ello el “Medio Oeste”, utilizaron como último recurso la separación de la Unión.⁴¹ Primero fue, en diciembre de 1860, Carolina del Sur; después, a principios del año siguiente, otros seis: Misisipi, Florida, Alabama, Georgia, la Luisiana y Texas. Conjuntamente se proclamaron Estados Confederados de América y eligieron como presidente al conocido senador por Misisipi, Jefferson Davis. Según su propia manifestación, los estados del bajo sur se separaban a consecuencia de una serie de agravios motivados por la actitud de los ciudadanos del Norte respecto a la esclavitud. No se mencionaba ninguna otra causa, ni de tarifas impositivas ni de derechos estatales. Una fuerte minoría consideró la independencia del Sur como un fin en sí mismo.⁴²

³⁹ Morrison, *Breve Historia de...op. cit.* p. 328.

⁴⁰ Vid. Carl Grimberg, *El siglo del Liberalismo. La eclosión de la democracia moderna*, p. 201.

⁴¹ Hobsbawm, *La Era del Capital*, *op. cit.* p. 152.

⁴² Morrison, *Breve historia de...op. cit.*, p. 342.

El estallido de la Guerra de Secesión tuvo también consecuencias en el exterior; a Europa le ofreció la ocasión de volver a desempeñar un papel activo en el continente americano. Así, al tiempo que se desarrollaba la guerra en Norteamérica, Francia inició el proceso de ocupación del territorio mexicano. La aplicación de la Doctrina Monroe quedó en suspenso y el gobierno francés aprovechó la oportunidad para llevar a cabo en México su política expansionista, contraviniendo a dicha doctrina.⁴³

Los intereses económicos y estratégicos fueron esenciales para que Napoleón III se decidiera a intervenir: un canal interoceánico, explotación de las riquezas mineras y nuevos mercados de exportación para los productos industriales franceses. El emperador no pensaba en una conquista colonial, sino más bien en el establecimiento de una *zona de influencia*.⁴⁴ Para ello, la posible división definitiva de los Estados Unidos en dos bloques que se odiaban mutuamente resultaba ideal.⁴⁵

El pretexto que utilizó Napoleón III para iniciar su proyecto imperial fue la declaración de la suspensión de pagos de la deuda externa que hizo el gobierno encabezado por Benito Juárez en julio de 1861. La reacción de los acreedores –Francia, Gran Bretaña y España- no se hizo esperar y enviaron una fuerza expedicionaria conjunta para obligar al gobierno mexicano a cumplir sus compromisos. Sin embargo, España y Gran Bretaña, después de llevar a cabo las correspondientes negociaciones, se retiraron.

⁴³ Antes de 1859 la posición de Francia en Europa era demasiado insegura para oponerse a Gran Bretaña y a los Estados Unidos en el Nuevo Mundo, pero para ese entonces, al término de la guerra austro-italiana, Napoleón III parecía haber restablecido la primacía francesa en Europa. La guerra civil norteamericana ofrecía la oportunidad de emprender una nueva aventura americana sin la interferencia de los Estados Unidos. Clark Crook-Castan, *Los movimientos monárquicos mexicanos*, p. 219.

⁴⁴ Vid. Pierre Renouvin, *Historia de las Relaciones Internacionales*.

⁴⁵ Vid. Samuel Flagg Bemis, *A diplomatic history of the United States*

Los Estados Unidos también fueron invitados pero, debido a los problemas internos, Washington declinó la oferta y, dejando a un lado el mensaje de Monroe, aceptó la presión militar de los acreedores, aunque rechazó de antemano cualquier intento de apoderarse de alguna región o de cambiar la forma de gobierno mexicano.⁴⁶

Disimuladamente, por su parte España estaba siguiendo una política similar a la francesa al aprovechar el conflicto interno de los Estados Unidos para intentar la reconquista de Santo Domingo.⁴⁷ Francia en México y España en Santo Domingo, parecía un contraataque de la monárquica Europa contra la republicana América, un eco de la Santa Alianza.⁴⁸

Ante esta situación los gobiernos de la Unión y de la Confederación desplegaron una serie de estrategias diplomáticas para apuntalar la lucha interna en el ámbito internacional. El Sur, torpemente, basó su política exterior en el predominio del “rey algodón” y en la supuesta dependencia británica (y en menor medida francesa) de este producto tanto como en la posible intervención británica en el conflicto a raíz del bloqueo naval impuesto por el Norte para impedir su tráfico a Europa. Su idea de victoria se sustentó también en el reconocimiento diplomático de la Confederación por parte de Francia o Inglaterra. Con el tiempo quedó demostrado que todas fueron suposiciones

⁴⁶ Sin embargo este rechazo no impidió que los Estados Unidos intentaran llegar a un acuerdo con México respecto a su deuda. El secretario de Estado, Seward, campeón del “Destino Manifiesto” propuso al presidente Juárez, en septiembre de 1861, la celebración de un tratado por medio del cual la Unión pagaría los intereses de las deudas mexicanas a cambio de una hipoteca que se traduciría en ganancia territorial para los Estados Unidos con la posible anexión de Baja California, Chihuahua, Sonora y Sinaloa. El tratado no se llevó a cabo. *Vid. Galeana, México y el mundo, op. cit.*

⁴⁷ Bemis, *A diplomatic History...op. cit.*, p. 366.

⁴⁸ Morrison, *Breve historia de...op. cit.*, p. 384.

equivocadas. Inglaterra -el país clave en su estrategia-⁴⁹ aprovechó la oportunidad para demostrar que no dependía de los productores confederados para proveerse de algodón y se abasteció de esta materia en Egipto y en la India; los fabricantes ingleses incluso vieron con buenos ojos la oportunidad de deshacerse de sus existencias excesivas. Por otra parte, el bloqueo naval provocó -para su desgracia- muchas menos fricciones de las esperadas, ya que la Unión se ajustó estrictamente a los principios de bloqueo de guerra establecidos por la Marina Real.⁵⁰

Los confederados tampoco fueron capaces de percibir que Inglaterra tenía motivos muy poderosos para no reconocer a un gobierno independiente en el Sur, pues de hacerlo estaría dando un precedente muy arriesgado para la preservación de su dominio en Canadá.⁵¹

En cuanto al objetivo de recibir el reconocimiento diplomático, los confederados se concentraron en Francia utilizando a México como instrumento mediador. Ante esta posibilidad,⁵² el representante confederado en París señaló a los franceses que la invasión

⁴⁹ En la década de 1850 importó hasta el 80% de su algodón de Norteamérica. De ahí la confianza de los sureños en cuanto a la dependencia de la industria textil de esta potencia. Paul Johnson, *Estados Unidos*, p. 438.

⁵⁰ El Sur no tenía oro ni plata en su territorio y no contaba con reservas en lingotes. De ahí la importancia del bloqueo naval impuesto por el Norte: la percepción de impuestos de importación y exportación, el recurso al que había echado mano tradicionalmente el Sur para recaudar fondos, se resintió. Por otra parte, el Sur tenía una capacidad limitada en materia de fabricación de armas y se veía obligado a comprarlas en el exterior. *Vid. Ibidem*, 436-439. En cuanto a las reglas del bloqueo, el Sur desconocía la tradicional doctrina británica de la guerra naval; el bloqueo norteamericano cumplía con los principios que la Marina Real siempre había observado y ante la dependencia inglesa de su poderío naval, resultaría muy imprudente para la Gran Bretaña insistir en principios distintos, que podían dañarla en el futuro. *Vid. Galeana, México y el mundo, op. cit.*, p. 372.

⁵¹ Gerardo Gurza Lavalle, *Una vecindad efímera*, p. 137.

⁵² Para el Sur era muy importante la aceptación internacional de la soberanía de los estados separatistas porque ella le otorgaría a los afanes de sujeción federales el carácter de una guerra de conquista y, por tanto, borraría definitivamente la imagen del sometimiento de una rebelión interna. La Confederación se propuso aprovechar los motivos que tenía el gobierno francés para desear que el desmembramiento de Estados Unidos fuera definitivo. *Vid. Ibidem*, p. 111.

de México no provocaba el menor sentimiento de desagrado a las autoridades sureñas, y que la forma de gobierno que adoptasen les tenía igualmente sin cuidado.⁵³ A la Confederación no le significaba problema alguno renunciar a la Doctrina Monroe si con ello aseguraba ganancias concretas. Así, mientras los confederados ofrecían su apoyo al emperador de México en enero de 1863, en respuesta Napoleón III propuso –sin éxito– una conferencia de paz entre Norte y Sur. Al final, quedó claro que Francia, aunque ansiosa por dar el reconocimiento a la Confederación y firmar con el Sur un tratado que sirviera a sus propósitos, no se atrevió a hacerlo sin la aprobación de Gran Bretaña.⁵⁴ Asimismo, las continuas advertencias de Washington en el sentido de que el reconocimiento diplomático de la Confederación equivaldría a un *casus belli* tampoco fueron desatendidas por Napoleón III.⁵⁵

Por su parte, la Unión se concentró en dos preocupaciones diplomáticas centrales: el posible reconocimiento de los beligerantes y los problemas de los derechos y deberes de neutralidad, particularmente con respecto a Inglaterra.⁵⁶ En consecuencia, aplicó una política de neutralidad hacia el Imperio en México.⁵⁷ Su posición era tan precaria que el secretario de Estado, William Seward, evitó aludir en este caso a la Doctrina Monroe para

⁵³ *Idem*.

⁵⁴ Vid. Bemis, *A diplomatic History... op. cit.*, p. 366. De hecho, la única concesión tangible que obtuvieron los confederados de Francia fue la autorización de construir en sus astilleros acorazados para la marina sureña. Napoleón dio su consentimiento con la condición de que se ocultara el destino final de los buques. Vid. Gurza Lavalle, *Una vecindad efímera*, pp. 120, 121, 122, *passim*.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 137.

⁵⁶ Bemis, *A diplomatic History...op. cit.*, p. 364.

⁵⁷ Pero, por otra parte, su posición neutral no fue ningún impedimento para vender armas y bastimentos a los imperiales. Vid. Josefina Vázquez y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos*.

evitar conflictos mayores con los franceses. De ahí que se hicieran de la vista gorda con respecto a las acciones de éstos en el país vecino.⁵⁸

Además, la oposición a la esclavitud⁵⁹ y su insistencia en defender su integridad, hicieron que la causa de la Unión se identificara con los dos impulsos más poderosos del siglo XIX: el liberalismo y el nacionalismo. La opinión pública mundial estuvo de su parte.⁶⁰ Esto, aunado a la reelección de Lincoln, a la creciente presión del bloqueo, y a los implacables ataques del general Grant contra las cada vez más delgadas líneas del ejército confederado, acabó con los ánimos del Sur. Para comienzos de 1865, la Confederación se hundía rápidamente. Incluso la esclavitud se echó por la borda cuando el presidente Davis envió un mensaje a Europa ofreciendo su abolición a cambio del reconocimiento diplomático.⁶¹

Ya terminada la Guerra Civil en mayo de 1865, el gobierno de los Estados Unidos adoptó una posición clara y definida respecto a México: se negó a reconocer a Maximiliano e invocó la Doctrina Monroe, solicitando primero y exigiendo después, la retirada de los franceses de ese territorio.⁶² Sólo a partir de ese momento el gobierno norteamericano

⁵⁸ Vid. Galeana, *México y el mundo*, op. cit.

⁵⁹ Sin duda uno de los momentos fundamentales del conflicto fue cuando el 22 de septiembre de 1862 se hizo pública la Proclamación de Emancipación, que entraría en vigor el 1 de enero de 1863. Vid. Johnson, *Estados Unidos*, op. cit. p. 444.

⁶⁰ Hacia finales de 1862 se calculaba que en Inglaterra había 330,000 hombres y mujeres desempleados como consecuencia del conflicto en los Estados Unidos. Un grupo de ellos envió a Lincoln el siguiente mensaje: “Nuestros intereses son idénticos a los suyos. Somos un solo pueblo en verdad (...) Si hay aquí quienes desean que usted fracase, esté seguro de que son principalmente los que se oponían a la libertad en nuestro país, y que no podrán encender disputas entre nosotros.” Se sabe por tanto que incluso entre los obreros que se quedaron sin trabajo en Lancashire y Yorkshire, la causa de la Unión era bien vista. Vid. *Ibidem*. p.438.

⁶¹ Morrison, *Breve historia de...op. cit...*, p. 393.

⁶² Vid. Renouvin, *Historia de las...op. cit.* Igualmente se advirtió a Austria que el envío de voluntarios -que el emperador había consentido reclutar para reemplazar en México a las tropas francesas- no podría verlo con indiferencia el gobierno de los Estados Unidos. El gobierno austriaco respondió impidiendo la salida de los

permitió la exportación de armas hacia México. Para rematar, el 17 de enero de 1866, William Seward reiteró a M. Bertheny, ministro plenipotenciario de Francia, que los Estados Unidos reconocían como gobierno legítimo al del presidente Juárez. Estas acciones dieron el tiro de gracia al segundo Imperio mexicano.

Por último, cabe decir que el gobierno republicano de México se declaró oficialmente neutral ante el conflicto de Secesión, pero la amenaza expansionista de los sureños y la esperanza de obtener un préstamo hicieron que la administración liberal se acercara y apoyara desde el principio a la Unión. A través de su representante en Washington, Matías Romero, manifestó sus simpatías y satisfacción por el triunfo de los republicanos y expresó su repudio hacia las administraciones demócratas que habían despojado a México de gran parte de su territorio.⁶³ Prueba de esto es la autorización que dio el Congreso mexicano⁶⁴ para que las tropas unionistas cruzaran de Guaymas a Arizona.

Esta posición varió poco a lo largo de la contienda. Ideológica y moralmente el presidente Juárez se sentía afín a la causa de la Unión, pero mantuvo su política neutral, que ratificó cuando vio agotada cualquier posibilidad de obtener un préstamo. En contraparte, era lógico que no tuviera interés en acercarse a los confederados; además de considerarlos como los promotores del expansionismo norteamericano, su proyecto económico basado en la mano de obra esclava era totalmente contrario a su causa.⁶⁵

voluntarios últimamente alistados para México. Cosío, *Historia General de México, op. cit.*, p. 628 y 629 *passim*.

⁶³ *Vid. Galeana México y el Mundo, op. cit.*

⁶⁴ Sesión del Congreso del 29 de junio de 1861

⁶⁵ *Vid. Gurza Lavalle, Una vecindad efímera, op. cit.*

CAPÍTULO II

RACISMO, SUPERIORIDAD RACIAL Y ANGLO-SAJONISMO

No hay duda de que la parte del documento que más llama la atención es aquella que trata sobre las diferencias entre mexicanos y norteamericanos que el *Americano* describe -muy de acuerdo con la época- desde una perspectiva cultural y racial:

Pero en los grandes centros populosos de México no hay más afinidad entre mexicanos y norteamericanos que entre el aceite y el agua. Los mexicanos de nacimiento nos odian y nos temen, y nosotros los despreciamos y los desdeñamos. Las dos razas son física y moralmente antagónicas. Si existe algún principio del pueblo mexicano que lo abarque todo, es su aversión por el amenazante y rudo hombre del norte, y su tradicional temor porque eventualmente los inundaremos, destruiremos su nacionalidad y que los despojaremos de sus honrosas y antiguas costumbres y su religión. El patriotismo que aún existe en ellos reviviría y unificaría al país entero en contra de cualquier intento para absorberlos.

Este párrafo es sólo un extracto de toda la gama de ideas y de doctrinas morales propuestas como justificación de la expansión territorial a expensas de otros pueblos, generalmente más débiles. A lo largo de este capítulo se hará una revisión precisamente del origen y desarrollo de estas propuestas que sin duda marcaron la visión del hombre del siglo XIX, tanto de sí mismo como del “otro” y el papel que cada uno debía desempeñar en

el mundo, y a partir de esta visión, analizar el proceso de expansión del hombre blanco y el papel que tenía asignado en este proceso.

A lo largo de la historia, el expansionismo ha estado normalmente asociado con cruzadas ideológicas o religiosas: en el caso árabe fue el Islam; en la expansión española, el catolicismo; en la napoleónica, el liberalismo revolucionario. El equivalente de esas ideologías en los Estados Unidos fue el Destino Manifiesto, mezcla de republicanism, democracia, libertad de culto, orgullo anglo-sajón y otros ingredientes,¹ que justificó en amplios sectores de la sociedad las intenciones -y en su caso las acciones- de aquellos que apoyaron e impulsaron el expansionismo territorial, siempre amparado y protegido de posibles intromisiones externas por la Doctrina Monroe. ¿Cuáles eran estas ideas que apuntalaban los argumentos que a su vez justificaban al Destino Manifiesto? Es aquí precisamente en donde entran corrientes científicas, literarias y de pensamiento que dominaron la segunda mitad del siglo XIX y que nos ayudan a interpretar el Documento en su contexto histórico. El racismo, el anglo-sajonismo y el Romanticismo son sin duda los movimientos que marcaron la consmovisión durante ese periodo y también, obviamente, la visión del mundo del *Americano*, y que revisaremos a lo largo de este capítulo.

El racismo² se entiende normalmente como la expresión del sentimiento de aquellos que creen estar constantemente amenazados -en su cultura, sus tradiciones, su religión o cualquier otro ámbito-, por aquellos que visten de manera diferente, profesan otra religión y

¹ Frederick Merk, *Manifest Destiny and mission in American history*, p. ix.

² Racismo.- m. ANTR. Y SOC. Discriminación social o legal practicada contra un individuo o grupo minoritario en razón del color de su piel o de su origen cultural, étnico o religioso, basada en los prejuicios hacia el otro y el miedo a la diferencia. //ANTR. y SOC. Exacerbación del sentido racial de un grupo étnico, especialmente cuando convive con otro u otros. // ANTR. Teoría antropológica y doctrina política que sostiene la superioridad de un grupo racial sobre los demás, y que ha motivado en ocasiones la persecución de un grupo étnico considerado como inferior. *Cfr. Summa Diccionario. Lengua Española.*

hablan otro idioma. Su forma más extrema es aquella que coloca a la propia “raza” en un lugar superior a todas las demás.³ El sentimiento contra las personas consideradas de otra raza puede adoptar varias formas, desde un desprecio pasivo hasta la violencia extrema y el genocidio.

Las diferencias raciales, étnicas, lingüísticas, religiosas, culturales y sociales son fenómenos y datos objetivables; pero el problema es cómo cada sociedad, clase, cultura, nación o grupo étnico, socializa y enseña a sus miembros a percibirlos, categorizarlos, interpretarlos y valorarlos⁴. Así, seleccionamos e interpretamos *culturalmente* nuestras impresiones del mundo y sobre todo a los “otros”, a los extraños y diferentes. Hacemos esquematizaciones del complejo espectro del mundo encerrándolo en categorías, conceptos, clasificaciones y generalizaciones; creamos prejuicios y estereotipos al juzgar previamente en forma negativa a un grupo, o al adjudicar indiscriminadamente a toda una etnia unos atributos que son comportamiento aislado de algunos miembros; también categorizamos en función de un sistema de valores específicos que nos predispone a adoptar percepciones y prejuicios⁵ según los individuos pertenezcan a tal o cual grupo.

Dicho de otra forma, las diferencias biológicas son un hecho incuestionable y natural entre los seres humanos, pero *jerarquizar y discriminar* socialmente a los individuos en función de su sexo, su altura o su color *es siempre un hecho social y cultural*. Por tanto, la explotación, marginación o discriminación por raza o etnia, así como por clase,

³ Frank Bealey, *Diccionario de Ciencia Política*.

⁴ Javier B3squez-Ruiz, *10 palabras clave sobre racismo y xenofobia*, p. 57.

⁵ Entendiendo por prejuicio una idea preconcebida que se tiene sobre alg3n objeto o persona; esta idea puede ser tanto positiva como negativa, aunque la acepci3n mas utilizada de prejuicio es una evaluaci3n *negativa* de un objeto o persona. *Ibidem*, p. 320.

es siempre un fenómeno histórico sociológico.⁶ Siguiendo esta línea de ideas, podemos afirmar que el racismo occidental es un fenómeno histórico característico de una época, que se convirtió en una ideología bien definida en el pensamiento occidental del siglo XIX cuando se desarrolló como justificadora de la expansión europea y norteamericana basada en suposiciones de destinos raciales. Nuevas ideas de razas superiores y razas inferiores imbuyeron el pensamiento occidental. El racismo llegó a su mayoría de edad alrededor de la tercera ó cuarta década de dicho siglo alcanzando su plenitud aproximadamente entre 1880 y 1920.⁷ En este periodo sirvió como sistema ideológico que legitimó la subordinación, explotación y rechazo del exogrupo proclamando que es esencialmente (biológica, genética o culturalmente) inferior. Si bien no se puede decir que el racismo sea una invención exclusiva de la Europa occidental, su expresión más severa la encontró sin duda en dicha cultura pues a través del colonialismo europeo este fenómeno se extendió por todo el mundo.⁸

Como parte de la cultura occidental también se incluye al racismo en los Estados Unidos cuya historia dio cierta cualidad particularmente fervorosa y única a los argumentos de un destino racial exclusivo. Explicar sus orígenes y desarrollo nos permitirá entender la influencia que tuvieron en el pensamiento político norteamericano, y en la manera que, a partir de este pensamiento, se relacionaron con los “otros”, particularmente con sus vecinos mexicanos. Veremos como esta influencia fue especialmente profunda en las corrientes de pensamiento que constituyeron los pilares de la política exterior de ese país; me refiero a la

⁶ *Ibidem*, pp. 58-59.

⁷ *Ibidem*, p. 327.

⁸ Melvin Steinfeld, *Cracks in the Meeting Pot*, pp.16-18.

Doctrina Monroe y al Destino Manifiesto, temas fundamentales para entender el contenido del documento que nos ocupa –escrito por un “Americano” típico hombre de su tiempo – utilizándolo como un microcosmos de las relaciones de los Estados Unidos con México y de la visión que tenían de los mexicanos y de sí mismos.

Los orígenes del racismo se remontan al siglo XVII cuando el intento de explicar al universo en términos de leyes naturales había hecho posible el desarrollo de las ciencias de la física y la química, pero no de la biología. Los científicos más brillantes estaban concentrados en los problemas de las leyes del movimiento y los efectos de la gravedad y no infirieron leyes comparables en lo concerniente a los fenómenos orgánicos. El resultado fue que la biología permaneció como un tema generalmente fuera de las propuestas mecánicas que se aplicaban en las otras dos ciencias. Los científicos durante este siglo y parte del siguiente asumieron que el Creador personalmente había participado en la fabricación de cada animal y cada planta sobre la tierra.⁹

En el siglo XVIII la antropología hizo la distinción entre *especies* y *variedades*. Las especies eran vistas como prototipos inmutables: las variedades, en contraste, las formaban miembros de una misma especie que por factores como el clima y la geografía habían cambiado su apariencia de una manera o de otra. La idea de fijación de las especies es la base del sistema de clasificación de todos los organismos vivientes que diseñó Carlos

⁹ Probablemente el primer intento en la historia por clasificar todas las razas de la especie humana fue el que en 1684 publicó Francois Bernier en un artículo de un periódico de París con el tema de las diferencias humanas. En éste explica cómo los geógrafos, hasta ese momento, habían dividido al mundo a partir de las diferentes regiones y países; pero sus múltiples viajes le habían sugerido un nuevo método de clasificación que hoy llamaríamos razas: los europeos, los del lejano oriente, los negros y los lapones. *Vid.* Thomas F. Gossett, *Race. The History of an idea*, pp. 33-34.

Linneo, quien consideró las razas como variedades del hombre y no como especies diferentes: *Homo Europaeus*, *Homo Asiaticus*, *Homo Afer*, y *Homo Americanus*.¹⁰

Otra de las autoridades en historia natural más influyente del siglo XVIII fue George Johann Friedrich Blumenbach,¹¹ cofundador de la ciencia de la antropología y padre de la craneología. Pensaba que cualquier sistema de clasificación era arbitrario y sujeto a muchas excepciones y creyó posible dividir a la especie humana en cinco variedades: caucásica, mongola, etíope, americana y malaya, aunque es más común que las razas sean llamadas por colores equivalentes: blanco, amarillo, negro, rojo y café. El creía que las diferencias en el color entre las razas podían haber sido creadas no precisamente por el clima, sino por una combinación de éste con otros factores.¹² También fue Blumenbach quien acuñó la palabra *caucásico* para describir a la raza blanca.¹³

Si bien Blumenbach no creyó que hubiera razas superiores e inferiores, Voltaire llegó a otra conclusión. Desafiando a lo establecido por la Iglesia, el francés ridiculizó a aquellos que tenían tanta imaginación como para pensar que las razas humanas, tan diferentes como son, podrían haber descendido de Adán y Eva. Para Voltaire los indios y los negros eran especies diferentes de los europeos. No sólo fue su apariencia sino su estado

¹⁰ *Ibidem*, p. 35.

¹¹ Louis Leclerc Bufón fue el otro científico cofundador de la antropología. Su trabajo concerniente a la variedad de las razas humanas apareció entre 1749 y 1804. Para Bufón, la raza blanca era la norma. Debido a ello debemos buscar “el color verdadero y natural del hombre”. Las demás razas son variaciones exóticas, pero sería un error pensar en ellas como diferentes especies. Afirmaba que la estupidez entre los negros desaparecería, como el color oscuro de su piel, en un clima más frío. *Vid. Ibidem*.

¹² Por ejemplo, el color oscuro de los negros puede deberse a la tendencia en el trópico de que el carbón se implante en la piel; el carbón, al contacto con el oxígeno, oscurece la piel. Cabe resaltar que para Blumenbach este tipo de respuestas eran meramente especulativas, por lo cual no tuvo una solución a la pregunta de la causa de las diferencias entre las razas. *Ibidem*, p. 38.

¹³ Es curioso que el origen de esta palabra, que todavía se utiliza mucho, se encuentre en un cráneo de la colección del científico que provenía de la región de las montañas del Cáucaso en Rusia. Blumenbach encontró muchas semejanzas entre este cráneo y el de los germanos. De ahí la conjetura de que posiblemente las regiones del Cáucaso pudieron haber sido el hogar original de los europeos. *Idem*.

de civilización e inteligencia lo que condujo a Voltaire a rechazar su parentesco con los hombres blancos.¹⁴ Pero la idea de que los negros fueran una especie diferente era todavía una curiosidad en el siglo XVIII. El gran impedimento con el que se topó la teoría del origen separado fue el hecho de que arrojó dudas sobre la narración bíblica, o al menos demostró que se requería de una nueva interpretación de esta.¹⁵

Aunque los pensadores de la Ilustración subrayaron la unidad y capacidad humana para mejorar, paradójicamente también aceleraron el proceso de secularización del pensamiento que separaría a la ciencia de la teología, allanando así el camino para que la ciencia llegara a respuestas totalmente distintas de la ortodoxia.¹⁶

El optimismo de la Ilustración en el tema de las razas se ensombreció rápidamente durante el siglo XIX. Los exponentes de ambas escuelas de pensamiento -la monogenista y la poligenista-,¹⁷ se inclinaron a pensar más y más que las razas de color son inferiores por su naturaleza y que ni la educación ni el medio ambiente podían hacer mucho para mejorarlo.

La aparición de la teoría de la evolución de Charles Darwin le puso fin a la controversia entre poligenistas y monogenistas. Darwin no dejaba lugar a dudas en torno a que todas las razas humanas pertenecían a una misma especie. Si bien el científico inglés cambió todas las bases de la teoría racial, no cambió los argumentos de que algunas razas

¹⁴ Fleming, *apud, Ibidem*, pp. 44-45.

¹⁵ *Ibidem*, p. 51.

¹⁶ Reginald Horsman, *La raza y el destino manifiesto. Orígenes del anglo-sajonismo racial norteamericano*, pp. 71-72.

¹⁷ Los que sostenían las ideas de la teoría poligenista frecuentemente rechazaron que las razas de color fueran personas del todo, por lo que cualquier esfuerzo hacia ellos era una pérdida. *Vid.* Gossett, *Race: The history of...op. cit.*

son superiores a otras, aunque no intentó colocar a cada una de ellas en una u otra posición dentro de la escala evolutiva.¹⁸

Darwin sacudió con la publicación de su libro *El Origen de las Especies* (1859) todas las tradiciones, la mística y las visiones teológicas concernientes al origen del hombre y de la naturaleza. A pesar de que destruyó las bases del viejo racismo, Darwin proveyó de nuevas teorías, dentro de las cuales casi todas las viejas convicciones de superioridad e inferioridad racial podrían encontrar lugar. La influencia de Darwin sobre la teoría racial no se debe a algo específico que él mismo haya dicho respecto al tema, sino a ciertas analogías que sus seguidores establecieron entre las relaciones al interior de las especies inferiores en el mundo animal por una parte, y entre los hombres en las sociedades humanas por la otra. Este conflicto, lejos de ser un producto del mal, era un método indispensable para producir hombres superiores, naciones superiores y razas superiores.¹⁹

Éstas eran precisamente las ideas fundamentales del darwinismo social. El hombre que les dio más forma y sustancia fue Herbert Spencer (1820-1903) quien acuñó dos de los términos que comúnmente se asocian con la idea de evolución: “la lucha por la existencia” y “la supervivencia del más fuerte”.²⁰ Asimismo estableció una analogía que se convirtió en la idea básica de su sociología, entre organismos biológicos individuales por una parte, y sociedad por la otra. Vista así, la sociedad tenía muchos puntos en común con los organismos vivientes y los principios de la evolución biológica eran generalmente aplicables a ella. Según Spencer la sociedad se perfecciona muy lentamente a través del

¹⁸ *Ibidem*, p. 67.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 144-145.

²⁰ *Enciclopedia Americana, apud, Ibidem*, p. 146.

proceso de evolución, pero no puede ser cambiada para mejorar por otros medios. En su condición primitiva, argumentaba, el hombre recurre necesariamente a la violencia y la lucha. Esta lucha tiene un efecto eugenésico al desaparecer a las razas inferiores.²¹ Así, en una sociedad ideal no habría legislación social, ni regulaciones en la industria, ni programas asistenciales, ni nada que interfiriera con las leyes de la selección natural.

Socialmente, la teoría de Spencer tuvo repercusiones tremendas. La idea ilustrada de la primitiva igualdad de los hombres resultaba absurda e inconsistente con la doctrina de la evolución. Muy poco o nada podía hacerse por los pueblos primitivos porque sus civilizaciones eran un mero reflejo del grado de su evolución biológica.²²

Por otra parte, la teoría de la evolución estimuló un movimiento que fue el principal interés de muchos antropólogos del siglo XIX, el de la medición de las diferencias raciales. Estas diferencias podrían indicar la dirección en la cual había avanzado la evolución. Así, el siglo XIX se convirtió en un período de búsqueda exhaustiva de un criterio que definiera y describiera las diferencias raciales. La manera más obvia –y popular- de hacerlo fue, por supuesto, el color. Sin embargo hubo otras formas más “científicas” de clasificar las razas. Probablemente la más ambiciosa fue la clasificación a partir del estudio del cráneo. Los estudiantes de las razas estuvieron muy ocupados en medir y comparar cráneos. La frenología²³ se desarrolló bajo los auspicios de los científicos más respetados de la época, tanto de Europa como de los Estados Unidos.²⁴

²¹ *Encyclopedia of the Social Sciences, apud, Ibidem*, pp.145-147.

²² *Ibidem*, p. 148.

²³ Este término fue acuñado por el científico alemán Johan Gaspar Spurzheim. *Ibidem*, p. 72.

²⁴ Los frenólogos norteamericanos fueron particularmente severos con los indios. Científicos como Combe concluyeron que los indios no sólo eran inferiores en su inteligencia, sino también salvajes sin remedio dada la peculiar organización de las facultades en su cerebro. Morton, otro de los científicos norteamericanos más

Paralelamente a los avances “científicos” respecto al tema de los orígenes raciales, surgieron movimientos literarios en la Europa del siglo XVIII que se basaron en la teoría racial para defender los reclamos de distinción de una clase particular o de una nación.²⁵ Este es precisamente el caso de los teutones. La fuente mas temprana e importante del racismo teutón fue la *Germania* de Tácito (55-120 a. C.) Su nombre fue invocado en Francia, Alemania, Inglaterra y eventualmente en los Estados Unidos durante los siguientes siglos para defender la idea de los germanos como raza noble y amante de la libertad. Tácito admiraba a los bárbaros del norte, por eso probablemente trató de convencer a los romanos, en un tiempo de decadencia y corrupción, de la necesidad de retomar sus antiguas virtudes.²⁶

Entre los historiadores ingleses del siglo XVIII, las tribus anglosajonas fueron reconocidas como una rama del pueblo germano; creían que las ideas modernas de gobierno habían venido de sus ancestros anglosajones y teutones. Hacer hincapié en los anglosajones como germanos particularmente bien dotados llegó a ser lugar común en los escritos de la época sobre historia de Inglaterra.²⁷

influyentes de la época, “demostró” que mientras mayor fuera el tamaño del cráneo, mayor el promedio de la inteligencia. Con base en estos estudios llegó a la conclusión de que los ingleses, con cráneos más grandes, eran los mas inteligentes, seguidos muy de cerca por los alemanes y los norteamericanos. Al final de la lista estaban los negros, seguidos de los chinos y por último los indios. Morton, *apud, Ibidem*, p. 74.

²⁵ En Francia por ejemplo, el conde de Boulainvilliers (1658-1722) desarrolló una teoría racista para explicar los privilegios especiales de los nobles. Los francos, según él, habían sido la tribu más antigua de Francia; eran los *Germani*, un pueblo rubio, valiente y virtuoso que en la conquista de Galia se habían ganado los derechos sobre los galorromanos. De ahí que la nobleza de Francia fuera descendiente de los *Germani*, mientras que los plebeyos descendían de los galorromanos. Jacques Barzun, *apud, Ibidem*, p. 84.

²⁶ Tácito escribió: “En los pueblos de Germania el mundo vio una raza no contaminada por mezcla con otras razas, un pueblo peculiar y puro, distinto de todos.” Esta raza “pura”, según Tácito, tenía un elevado código moral y un profundo amor a la libertad y a los derechos individuales; la comunidad entera tomaba las decisiones importantes. La cita es de Tácito, *apud. Horsman, La raza y el...op. cit.* pp. 25-26.

²⁷ *Ibidem*, p. 25.

Por su parte, la filología²⁸ se dio a la tarea de igualar raza y lengua para determinar las afinidades raciales básicas entre los pueblos. Así, los filólogos de principios del siglo XIX darían un nuevo giro racial a la fascinación por las raíces de la humanidad. La base lingüística de esta teoría tuvo su origen en los escritos de finales del siglo XVIII del distinguido orientalista y filólogo británico Sir William Jones, quien estableció que algunos pueblos europeos tenían una lengua ancestral en común que ya había desaparecido, permaneciendo el sánscrito como su pariente más cercano sobreviviente. En la literatura sánscrita había leyendas acerca de un pueblo alto, rubio y musculoso que había dominado a los pueblos de piel oscura de India y Persia. El nombre de este pueblo era Ario. Este pueblo se extendió por toda Europa, aunque en algunos lugares fueron una pequeña minoría, introdujeron la civilización y se convirtieron en líderes políticos e intelectuales. Como los europeos del norte tienden a ser más rubios, el corolario de la teoría fue que eran ellos sus más puros descendientes. Así nació el culto Ario.

La inspiración de vincular el pasado anglo-sajón con sus más distantes raíces teutónicas y arias se desarrolló en Inglaterra y de ahí se transmitió a los Estados Unidos. El proceso por el que la fe en la superioridad de las instituciones políticas anglosajonas se convirtió en una fe en la superioridad innata de la rama anglosajona de la raza caucásica estuvo directamente relacionado con el nuevo interés científico en la clasificación racial.

²⁸ La filología (del griego *philología*) es la ciencia que estudia una cultura a través de su lengua y literatura, recurriendo sobre todo a la crítica de los textos escritos. *Cfr. Summa Diccionario Lengua Española, op. cit.*

Pero en un sentido más general, también estuvo relacionado con todo el naciente interés del romanticismo²⁹ en la unicidad, en el lenguaje y en los orígenes nacionales y raciales.³⁰

Elementos como la singularidad, las cualidades peculiares tanto de individuos como de pueblos llegaron a ser el punto focal del pensamiento romántico alemán en los últimos decenios del siglo XVIII. La idea de que una nación poseyera su propio espíritu nacional cayó en campo fértil entre los pueblos angloparlantes, quienes desde hacía tiempo habían seguido la huella de sus instituciones hasta un glorioso pasado anglo-sajón tratando de explicar sus triunfos en la época moderna. Asimismo, el interés de los románticos en la emoción, la imaginación y el sentimiento, antes que en un análisis desapasionado y frío, ayudó a crear, con el tiempo, cierta nebulosidad de pensamiento que resultó útil para las manifestaciones más desafortunadas del anglo-sajonismo racial.³¹

Los románticos de comienzos del siglo XIX buscaron las formas en que diferían individuos y pueblos en lugar de buscar cualidades comunes a todos los seres humanos. Individuos, naciones y razas fueron dotados con un espíritu personal que los distinguía de todos los demás. Este hincapié en lo distinto de los seres humanos terminó por presentar un reto, tanto a la religión que consideraba a la humanidad como descendiente de antepasados comunes, como a la ciencia que clasificaba a los seres humanos como pertenecientes a una especie, con un conjunto de características innatas. Cuando historiadores, filósofos, novelistas, y poetas cantaron las loas de la realización individual –de hombres, naciones y

²⁹ Movimiento cultural iniciado por Jean-Jacques Rousseau que buscaba expresar el espíritu de su tiempo basándose en la idea de la naturaleza como fuente de poder y sabiduría; como respuesta crítica a la modernidad racional y civilizada. Sus raíces se encuentran en la Europa del siglo XVIII, pero fue especialmente influyente durante el siglo XIX. Vid. Eric P. Kaufmann, *The Rise and Fall of Anglo-America*.

³⁰ Horsman, *La raza y el...op. cit.*, p. 15.

³¹ *Ibidem*, p. 44.

razas individuales-, la ciencia misma les ofreció razones de las grandes diferencias del progreso humano con vastos testimonios para explicar tanto el fracaso como el triunfo individual y nacional.³²

Los hombres de ciencia habían ya aportado para entonces abundantes “pruebas” que explicaban el poder, el progreso, la estabilidad gubernamental y la libertad de los anglosajones ingleses y norteamericanos. Muchos autores de los que escribieron en el siglo XIX acerca de la raza, estaban respondiendo a aquel interés en la identidad nacional, la singularidad y la separación, que llegaría a dominar el pensamiento occidental.³³

En un plazo aproximado de cincuenta años, la idea sobre orígenes raciales se había transformado por completo. A partir de la segunda mitad del siglo XIX se dio ya por sentada la identidad de raza e idioma, exaltando a la primera como base de una nación.³⁴

Lo que estaba sucediendo en Europa en el siglo XIX tuvo particular fuerza y significado en los Estados Unidos. La transformación de una economía agrícola comercial a una economía industrializada, junto con la tecnología, la ideología y el desarrollo económico tuvieron un enorme impacto en la concepción de la cultura y la raza en Norteamérica: sirvió como metáfora y base material del dominio de la mente sobre el cuerpo, del capital sobre el trabajo, y de los blancos sobre los indios, negros, mexicanos y asiáticos.³⁵ A partir de la segunda mitad del siglo XIX, la expansión norteamericana fue considerada en los Estados Unidos menos como una victoria de los principios del

³² *Ibidem*, p. 67.

³³ Como ejemplos podemos mencionar a Sir Francis Palgrave con su libro *Rise and Progress of the English Commonwealth* (1832); John Mitchell Kemble con su libro *The Saxons in England* (1849); y Robert Knox con su libro *The Races of Men: A Fragment* (Philadelphia, 1850).

³⁴ Horsman, *La raza y el...op. cit.*, p. 59.

³⁵ Ronald Takaki. *Iron Cages, Race and Culture in 19th Century*, p. 148.

republicanismo democrático y libre, que como una prueba de la superioridad de la rama anglosajona americana de la raza caucásica.³⁶ Un sentido de destino racial imbuyó las discusiones sobre el progreso norteamericano y el futuro mundial de los Estados Unidos. En esta época se muestra a los anglosajones americanos como pueblo separado e innatamente superior, destinado a llevar el buen gobierno y la prosperidad comercial al resto del continente. Se trata de una raza superior ante la cual las otras razas estaban condenadas a una condición subordinada o a la extinción.³⁷

A lo largo de este siglo, las virtudes de los anglosajones hicieron tan deseable como necesario el aumento de sus dominios. Superioridad racial y anglo-sajonismo se unen al concepto de expansionismo. Desde los tiempos de la Revolución norteamericana, la fe en que la grandeza territorial era parte integral de su destino había imbuido el pensamiento de los norteamericanos.³⁸ Así, la expansión continental fue considerada inevitable por ser un decreto de la Providencia.³⁹ Se forjó la idea de poblar el continente norteamericano con un pueblo homogéneo; de este modo surgiría una vasta nación, o repúblicas hermanas pobladas por norteamericanos blancos con un idioma, una cultura e idénticas instituciones políticas. Se manifestaba en ello una perturbadora tendencia a pensar en el continente como totalmente desierto; los indios, para muchos norteamericanos, no eran pobladores.

³⁶ Cuando en el siglo XIX los ingleses empezaron a escribir “anglo-sajón” en sentido racial, solieron utilizarlo para describir al pueblo que vivía dentro de las fronteras de Inglaterra; pero a veces también lo emplearon para describir una vaga fraternidad de los pueblos de habla inglesa en las islas británicas y en todo el mundo. En los Estados Unidos este término se volvió aún menos preciso. Con frecuencia fue empleado, alrededor del año 1840, para describir a la gente blanca de los Estados Unidos, en contraste con los negros, indios, mexicanos, españoles o asiáticos, aunque a menudo se reconoció que los Estados Unidos ya contenían toda una variedad de linajes europeos. *Vid. Horsman, La raza y el...op. cit.*

³⁷ *Ibidem*, p. 11.

³⁸ *Ibidem*, p. 123.

³⁹ Esta fe la demuestra John Quincy Adams al escribir, en 1811, que “Todo el continente de Norteamérica parece destinado por la Divina Providencia a ser poblado por una nación, a hablar un idioma, a profesar un sistema general de principios religiosos y políticas...” Bemis, *apud. Ibidem*, p. 124.

En la década de 1840 el norteamericano presenció el florecimiento integral del amor propio nacional; la filosofía del nacionalismo norteamericano concibió una concepción que no armonizaba con el igualitarismo de la democracia: la creencia de que aunque los hombres pudiesen ser iguales al nacer, los norteamericanos se habían convertido posteriormente en un superpueblo.⁴⁰ El poeta Walt Whitman lo manifestaba de esta manera: “somos los más bellos para nosotros mismos y en nosotros mismos” y “haré la más espléndida raza que el sol haya iluminado jamás”.⁴¹

Los años decisivos en la creación de una nueva ideología política anglosajona fueron sin duda los que van de mediados del decenio de 1830 a mediados de 1840. En estos años los políticos norteamericanos y la población en general recibieron una variedad de influencias que inspiraron una fe en que los anglosajones americanos estaban destinados a penetrar los continentes americanos y a dominarlos. El catalizador en la adopción abierta de un anglo-sajonismo racial fue el encuentro de norteamericanos y mexicanos, primero en el conflicto de Texas y luego en la guerra contra México.

Al enfrentarse con los mexicanos, los norteamericanos se definieron a sí mismos como la raza anglosajona. El empleo del término *anglo-sajón* en sentido racial, aumentó rápidamente en los treinta y llegó a ser lugar común en los cuarenta.⁴² Este pensamiento sirvió para defender la esclavitud, la subordinación y aún el exterminio de pueblos de “color”, así como la ocupación de sus territorios.

⁴⁰ Weinberg, *Destino Manifiesto. El... op. cit.* p. 128.

⁴¹ Whitman, *apud, Ibidem*, p. 128.

⁴² Horsman, *La raza y el...op. cit.*, p. 286.

Como los norteamericanos blancos se identificaron con la tecnología y aumentaron en sus mentes la distancia entre “civilización” y “salvajismo”, también vieron la expansión en términos de progreso tecnológico. Los Estados Unidos debían dominar las rutas a Asia – aprovechando sus propios recursos y su posición geográfica- para que este comercio los independizara completamente de Europa y sus intrigas y les permitiera establecer su propia identidad nacional.⁴³ Así, el progreso tecnológico, el dominio de la civilización sobre la naturaleza, la expansión norteamericana y la destrucción de los indios y los mexicanos hacían parecer manifiesto el destino de los blancos norteamericanos.⁴⁴

Cuando se hizo obvio que los intereses de México y de los Estados Unidos eran incompatibles, muchos norteamericanos blancos estuvieron más tranquilos al saber que los sufrimientos de los mexicanos eran producto de su flaqueza racial y no de la búsqueda de riqueza y poder de los blancos. Los mexicanos tenían debilidades innatas y si habían perdido sus territorios septentrionales se debía a que, tanto ellos como los indios, eran incapaces de dar el uso adecuado a la tierra. Eran una raza mixta, inferior, con considerable sangre india y un poco de sangre negra. El mundo se beneficiaría si una raza superior moldeara el futuro de esos territorios.⁴⁵

En estos años también se empezaron a forjar ciertas imágenes de “el mexicano” entre los norteamericanos. En ello jugaron un papel importante los relatos de los viajeros que se publicaron en estos mismos años, los cuales se complacieron en presentar a los mexicanos como una raza incapaz de mejorar, y se mostraron particularmente mordaces al

⁴³ Takaki, *Iron Cages .Race...op. cit.*, pp. 154-155.

⁴⁴ *Ibidem*, p.156.

⁴⁵ Horsman, *La raza y el...op. cit.* p. 288.

hablar de los habitantes de las provincias septentrionales de México.⁴⁶ Parece haber sido especialmente influyente el libro *Two Years Before de Mast* publicado en 1840, seis años antes de que estallara la guerra contra México. Este libro es el diario de Richard Henry Dana, un miembro de la aristocracia de Nueva Inglaterra, durante su estancia como marinero en un buque mercante. La narración es rica en descripciones de los lugares que conoce y de sus habitantes. Dana anotó: “Los hombres parecen ser los más perezosos de los mortales; y efectivamente, tan lejos como mis observaciones puede ir, no hay pueblo al que la recién inventada palabra yanqui “haragán”⁴⁷ sea mas pertinente que para los españoles de América.” Agrega que tienen la “habitual ocupación de no hacer nada.”⁴⁸ Describe a la gente como racialmente mezclados y en su mayoría oscuros y sucios, ociosos y manirroto; carecen de la mentalidad emprendedora y calculadora que caracteriza a los yanquis. Se desgastan en actividades placenteras como las fiestas llamadas fandangos. Según este autor, lo que distinguía a los angloamericanos de los habitantes de California era su pureza racial blanca y su “*yankeenness*” esto es, su laboriosidad, frugalidad, sobriedad y calidad de emprendedores.⁴⁹

La cuestión de Texas, en la década mencionada, representó el primer caso en el que la homogeneidad racial fue mirada con general simpatía. Aunque muchos eran aventureros y de moral muy cuestionable, los texanos poseían por lo menos el mérito de ser norteamericanos pura sangre. Los expansionistas se regocijaron por esta adquisición que

⁴⁶ Entre estos autores viajeros el autor menciona a T. J. Farnham, Lansford Hastings y Richard Dana. *Vid. Ibidem*, pp. 288-289.

⁴⁷ Se refiere a la palabra “loafer” *Cfr.* Takaki, *Iron cages. Race...op. cit.*, p. 157.

⁴⁸ Dana, *apud.*, *Ibidem*, p. 157.

⁴⁹ *Idem.*

representaba “la cómoda y natural unión de dos naciones contiguas, ambas fundadas por la raza anglosajona”. Desde el punto de vista de afinidad racial, la anexión de Texas fue la única unión completamente armoniosa de la historia norteamericana y su admisión se consideró un modelo a seguir en el futuro.⁵⁰

Posteriormente, durante la guerra contra México, el expansionismo estuvo sincronizado con el racismo. Los Estados Unidos habían colocado claramente a los mexicanos dentro de su jerarquía de razas como inferiores. Mientras los anglosajones eran presentados como la crema de la crema, los mexicanos eran vistos como una raza mixta, adulterada por innumerables matrimonios con una inferior raza india.⁵¹ Los científicos⁵² norteamericanos aportaron una masa de materiales que defendieron las diferencias innatas sobre la raza las cuales arrasaron los Estados Unidos en la década de 1840.⁵³ Para los comienzos del decenio de 1850, la desigualdad inherente a las razas era ya un hecho científico. La idea de una jerarquía de razas, en que los caucásicos estaban clara y permanentemente en la cumbre, era generalmente aceptada. La ciencia dio a los norteamericanos una explicación de por qué los negros estaban esclavizados, por qué los indios serían exterminados y por qué los norteamericanos blancos estaban extendiéndose sobre tierras adyacentes.

⁵⁰ Como aparece en el *New York Morning News*, apud, Merk, *Manifest Destiny and...op. cit.*, p. 25.

⁵¹ Horsman, *La raza y el...op. cit.* p. 288.

⁵² El Dr. Samuel George Morton, en su estudio *Crania Americana*, subrayó las diferencias básicas entre las razas y llegó a la conclusión de que blancos y negros pertenecían a especies completamente diferentes. Sus discípulos Josiah Clark Nott y George Robin Gliddon con su estudio *Types of Mankind* publicado en 1854, difundieron la idea poligenista del origen de las razas entre un público popular mucho más amplio. La primera edición se agotó inmediatamente, y antes del final del siglo el tiraje del libro había alcanzado al menos nueve ediciones. Gossett *Race: The history of...op. cit.*, pp. 58-65.

⁵³ Horsman, *La raza y el...op. cit.*, p. 165.

A mediados de siglo, las diferencias raciales eran un problema práctico, no abstracto y los norteamericanos leían ávidamente los análisis populares de las nuevas teorías científicas.⁵⁴ Y no había que leer libros oscuros para saber que los caucásicos eran innatamente superiores y que eran los responsables de la civilización en el mundo, o que las razas inferiores estaban destinadas a ser abrumadas e incluso a desaparecer. Estas ideas imbuyeron los principales periódicos norteamericanos, y en la segunda parte del siglo formaron parte de la verdad aceptada de los libros de texto de los Estados Unidos.⁵⁵

Paralelamente al desarrollo y la aceptación del nuevo racismo científico, corría el crecimiento y la aceptación del movimiento romántico en la literatura norteamericana. El Romanticismo, al igual que su equivalente europeo, jugó un papel en los temas del particularismo y el nacionalismo en los Estados Unidos. Los autores de este país pedían una cultura distintamente americana y terminar con la imitación de los modelos europeos, aunque también subrayaban el pasado común anglo-sajón, las virtudes de la lengua inglesa y un orgullo de raza que parecía estar imponiéndose en gran parte del mundo. Novelistas, poetas e historiadores empezaron a escribir sobre los norteamericanos como una fuerza dinámica en la historia universal. Como raza encontraron sus raíces caucásicas, germánicas y anglosajones y fueron descritos a menudo como la rama más vigorosa de esos pueblos. La raza era un ingrediente vital de las realizaciones nacionales.⁵⁶

Cuando, en la década de los 60 la posibilidad de expansión resucitó la discusión del tema que había resultado más controvertido y preocupante veinte años atrás, esto es, el de

⁵⁴ *Ibidem*, pp. 190-195.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 219.

⁵⁶ *Ibidem*, pp. 221-229.

la absorción de la población mexicana y sus consecuencias para los Estados Unidos, los periódicos en 1866 plantearon prácticamente los mismos cuestionamientos de hacía dos décadas: ocupación o conquista; adquisición o no, de más territorio y, en dado caso, de cuánto; pero más importante aún, las consecuencias que acarrearía la absorción de esa población. Para la mayor parte del público estadounidense blanco –como para el *Americano*- la posibilidad de anexarse México y elevar a su pueblo de color a la categoría de ciudadanos norteamericanos resultaba espeluznante:

Por esto es peligroso incorporar en nuestro cuerpo político un elemento degradado y decadente que eventualmente tendremos que admitir en nuestra igualdad política, o bien mantenerlo como conquista, lo cual estaría generando violencia perpetua hacia nuestros principios republicanos. También resultaría costoso porque México jamás consentirá en convertirse en nuestra presa sin una lucha sangrienta para salvarse. Pensar de otra forma sería el colmo de la imprudencia. Estaríamos obligados a pelear por conquistar México, y aunque al final, por supuesto, podríamos invadir y someter al país, sería bueno primero calcular el costo de mantener un ejército permanente de ocupación en esa vasta región y calcular también por cuánto tiempo estarán dispuestos los contribuyentes del Norte a someterse a esta locura improductiva, iniciada por una legislación corrupta y a la que dieron continuidad unos cuantos políticos especuladores para su engrandecimiento.

Estados Unidos era, para los norteamericanos de esa época, racialmente superior a México y esa superioridad quedaba demostrada en los ámbitos político, económico y social. Esta situación constituía un argumento en sí mismo para los antiintervencionistas: ¿Qué

tenía México que no tuvieran ya los Estados Unidos? ¿Valía la pena arriesgarse para anexar un territorio tan conflictivo? La respuesta era obvia y veían claramente lo inútil y peligroso de adjudicarse una nación tan problemática y que no tenía nada nuevo que ofrecer.⁵⁷ México era, al fin y al cabo, un “cuerpo podrido”⁵⁸ y sus políticos, a pesar de ser republicanos y tener relaciones estrechas con los Estados Unidos, eran “demagogos, ansiosos por robar, ajenos al interés público, listos para luchar entre sí y contra cualquiera e incapaces de cooperar entre ellos excepto para robar a la nación impunemente.”⁵⁹ Esta era una opinión generalizada; era común encontrar artículos en los diarios advirtiendo de los peligros de anexar al pueblo mexicano. En términos generales, eran considerados inferiores pues esta raza había demostrado ser incapaz de gobernarse a sí misma sin rivalidad, discordia y anarquía.⁶⁰ México resultaba una adquisición inútil y costosa, difícil de gobernar; una provincia habitada por una “población latina desmoralizada”, de la que Estados Unidos tendría que hacerse responsable incluyendo a los criminales, a los estafadores del país y a sus deudas; tendría que educar a una población “encerrada en la ignorancia y la superstición...oscura mentalmente y físicamente muy afectada más parecida

⁵⁷ “The United States and México”. *Mexican Times*. 30 de septiembre de 1865.

⁵⁸ Llama la atención que en un artículo del *New York Times* se haga referencia a otro publicado en el *Commercial Advertiser*, el cual criticaba los planes de intervención con argumentos peyorativos hacia México y su gente, alegando que “por años hemos estado junto a un cuerpo podrido, lo mismo que con la nación que debería estar viva y está en decadencia...no debe importarnos si México es una república o un imperio o si su gente vive en armonía o peleándose...aunque el escenario sea triste y nuestros asuntos comerciales sean interrumpidos, no debemos hacer intervenir sólo esperar que todo se arregle”. “The Mexican Question again”. *New York Times*, martes 9 de octubre de 1866. p.4. Por otra parte, es común encontrar artículos de esta época utilizando calificativos propios de la biología ya que las sociedades eran vistas como cuerpos vivos. México era visto como una nación enferma que lejos de sanar, se pudría y amenazaba con contagiar a los Estados Unidos; un artículo publicado en el *Commercial Advertiser* y retomado en el *New York Times* utiliza este término *vid. Ibidem.*; asimismo aparece en “Notes from the people- Mexican Question”. *New York Times*. Viernes 19 de octubre de 1866. p. 2, y en ese mismo diario en “The United States ...” *op. cit.*

⁵⁹ “The Mexican Question...” *op. cit.*

⁶⁰ “Notes from the people...” *op. cit.*

a bestias divinas que se esconden en el bosque, antes que criaturas de Dios”.⁶¹ Sugerir la igualdad entre desiguales no era una propuesta sensata. La ciencia se había encargado de comprobar la inferioridad de pueblos como el mexicano, ¿por qué habrían entonces los norteamericanos de querer convertirlos en ciudadanos y darles los derechos propios de los sajones, de los blancos?

Con todo lo visto hasta ahora no resulta extraño que Maximiliano, hombre blanco, sea el único personaje a la altura de las circunstancias en los conflictos de México, el héroe del *Americano*, ejemplo digno del hombre germano-sajón que encarna todas las virtudes de su raza, más adecuado como protagonista de una novela romántica que de una guerra civil; es una figura emblemática que antepone los sentimientos sobre la razón, aunque esto implique un final trágico. El orgullo y la dignidad propia de su rango –y de su raza- le dictó a Maximiliano la respuesta que le dio al aliado que le abandonaba: escribió a Napoleón III que no deseaba poner en peligro la posición del trono francés ni la dinastía Bonaparte; él estaba dispuesto a probar su suerte en el nuevo país como un verdadero Habsburgo.⁶² Ésta sin duda fue una declaración propia de su linaje a los ojos del *Americano*:

Francia solicitó urgentemente al príncipe austriaco asumir la postura de responsable en México, la cual aceptó de buena fe y con las intenciones más humanas y provechosas hacia el pueblo de ese país, dedicándose sinceramente al bienestar y desarrollo de todas las ramas de la industria nacional. ¿No dictaría la justicia por naturaleza que, mientras Maximiliano consideró que él tenía el poder para restablecer la

⁶¹ “Mexico”. *Mexican Times*. 25 de noviembre de 1865.

⁶² Cfr. Maximiliano a Napoleón III, *apud, Ibidem*, p. 232.

paz y el orden en México, los franceses no deberían reconocer a ninguna otra autoridad más que la suya?

El inicio del desenlace de la tragedia inició cuando Napoleón se dirigió al Cuerpo Legislativo francés el 2 de enero de 1866 y anunció que Francia, habiendo cumplido una noble tarea en favor de la civilización, se preparaba para regresar sus tropas del Nuevo Mundo ya que el Imperio mexicano podría sostenerse sin su ayuda.⁶³ El día 15 de enero de 1866, Napoleón III le comunicó al emperador mexicano que abandonaba el proyecto de regeneración de sus gobernados por motivos financieros. No era posible pedir nuevos subsidios y Maximiliano ya había declarado que no podía pagar nada.⁶⁴

Así, se hizo evidente que Maximiliano no era más que una víctima inocente de los franceses, una pieza desechable en la aventura mexicana:

Para un espectador desinteresado parecería que la única parte que sale con las manos limpias de esta transacción es Maximiliano, quien ha cumplido su parte del contrato con hombría y nobleza, mientras que los que se dicen sus “aliados” lo han abandonado. Cualquiera que haya sido el interés, bueno o malo, que pudiera estar envuelto en el asunto mexicano, sin duda el joven emperador ha ganado una reputación y eclat a los ojos del mundo, aún si renunciara con repugnancia al asunto y regresara a Europa. Sin embargo no tiene intención de hacer esto. Aun cuando ha recibido el consejo de Napoleón de

⁶³ En mi opinión este era simplemente un razonamiento para justificar la retirada pues muy pocos creían que Maximiliano pudiera consolidar su gobierno.

⁶⁴ Alfred Jackson Hanna y Kathryn Abbey Hanna, *Napoleón III y México*, p. 232

retirarse, Maximiliano esta hecho de un material muy diferente y en su reciente declaración hecha en el aniversario de la Independencia de México, lejos de alardear, expresó de corazón la solemne determinación de este hombre.

La integridad y nobleza de las intenciones de Maximiliano en México se manifiestan, según el *Americano*, en todas las acciones del emperador y una prueba fehaciente de ello fueron sus esfuerzos por mantener íntegro el territorio nacional:

Si el mundo es llamado a juzgar entre la posición que hoy asume Maximiliano y la de cualquier otro grupo involucrado en el asunto mexicano, ¿se vería qué tan honorable es su historial y qué tan fielmente se ha adherido a su compromiso original con el pueblo de México! Su más temprana promesa para con éste fue mantener intacta la integridad del Imperio, y fiel a dicha promesa, se rehusó a la enajenación de cualquier porción del territorio nacional [...]

El *Americano* utiliza este elemento para defender al emperador de México. En efecto, el austriaco fue el impedimento mayor para que el “Plan Gwin”⁶⁵ se pusiera en marcha ya que siempre se negó a perder, provisional o definitivamente, la soberanía de una región de su futuro imperio. Si bien hizo a Francia una serie de generosas concesiones y se comprometió a ratificar las medidas tomadas por la Regencia y por el general en jefe del ejército francés, se negó terminantemente a aceptar la cláusula que se basaba en el tratado

⁶⁵ Me refiero al proyecto de desarrollo minero y colonización en el norte de México, particularmente en el área de Sonora, que explicaré más adelante.

firmado en México entre el marqués de Montholon⁶⁶ y la Regencia respecto a los territorios de Sonora. Maximiliano aseguró al gobierno francés “que dejaría más bien de venir a México que firmar tal estipulación [...]”⁶⁷ Fue tan firme en este asunto que a los pocos días de haber llegado a la Ciudad de México destituyó a José Miguel Arrollo, ministro de Relaciones Exteriores de la Regencia, por haberse prestado a firmar el tratado relativo a Sonora.⁶⁸

A pesar de que el gobierno francés continuó presionando al gobierno mexicano –y a Maximiliano- a fin de convencerlo sobre la conveniencia de conceder a Francia la explotación de las minas de Sonora, Maximiliano se negó terminantemente a hacerlo. Veía en estos planes una amenaza a la integridad territorial de su país y deseaba evitar también que las ricas minas fuesen explotadas en beneficio de intereses extranjeros.⁶⁹ Maximiliano, además, desconfiaba de William McKendree Gwin, la cabeza del proyecto; tenía la certeza de que aunque inicialmente actuara de buena fe, a la postre él y sus socios no resistirían la tentación de encabezar un movimiento separatista de las provincias del norte, donde los colonos anglosajones, sólidamente establecidos, con un sentimiento de superioridad ante la población nativa y de cansancio por el dominio mexicano, terminarían por proclamar su independencia.⁷⁰

⁶⁶ El embajador de Francia en México.

⁶⁷ “Defensa del archiduque de Austria por los CC. Lics. Jesús María Vázquez y Eulalio María Ortega en el proceso que se le formó en la ciudad de Querétaro”, Mariano Riva Palacio y Rafael de la Torre, *apud*, Ana Rosa Suárez Argüello. *Un duque norteamericano en Sonora*, p. 124.

⁶⁷ Egon Caesar Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, p. 284.

⁶⁸ *Idem*.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 303.

⁷⁰ A fines de noviembre de 1864 Drouyn de Lhuys, ministro de Asuntos Extranjeros, informó a Montholon que se había decidido olvidar la explotación y colonización del norte de México. Suárez Argüello, *Un duque norteamericano... op. cit.*, p. 146.

Ante los rumores del supuesto regreso de Gwin y del reinicio del plan de colonización en el norte de México, *El Diario del Imperio*, órgano oficial del régimen, publicó un artículo el 26 de junio de 1865 que impugnaba las noticias de la prensa norteamericana en ese sentido y las calificaba de totalmente falsas. Señalaba que el emperador, fiel a su juramento de conservar y defender la integridad del territorio nacional, no había “comprometido, ni menos enajenado el departamento de Sonora”.⁷¹

Por otra parte, los hechos parecían contradecir lo dicho por el autor del documento sobre la confianza que pudo haber tenido el emperador mexicano respecto a su permanencia en el poder sin la ayuda francesa ya que poco antes de que se editara el documento, en agosto de 1866, Carlota había llegado a París a pedirle a Napoleón III una desesperada petición de fondos, sin éxito alguno. El día 29 de ese mismo mes el emperador escribió un último y brusco mensaje a Maximiliano para convencerlo de que la ayuda francesa había terminado. Si deseaba abdicar, Napoleón le aconsejaba que lanzara una proclama exponiendo sus razones. A esto seguiría la convocación de una asamblea general para elegir un nuevo gobierno antes de que se marcharan los franceses.⁷² Ante este panorama Maximiliano tenía dos posibilidades, ambas desagradables: una era entregar su corona a una asamblea nacional con el corolario de su abdicación; la otra, tratar de sostener su imperio con la ayuda de los conservadores, comprendiendo que esta última lo podría conducir frente a un pelotón de fusilamiento.

Como hemos comprobado, el *Americano* es un hombre muy bien informado de la situación de México; resulta entonces ingenuo pensar que verdaderamente creía que fuera

⁷¹*Ibidem*, p. 181.

⁷²Ollivier, *apud* Hanna y Hanna, *Napoleón III y México*, *op. cit.*, p. 240.

[...] una tarea más fácil apelar a la emprendedora personalidad de Maximiliano, y su simpatía por la regeneración de México, que, como probará ser, sacarlo indignamente del país al que ha empeñado su palabra de dedicar su máxima energía para el bienestar duradero de ese país. Maximiliano no puede darse el lujo de sacrificar su honor por la conveniencia de Francia; ni ser convertido en el instrumento para ajustarse a experimentos políticos. Maximiliano fue a México bajo ciertas garantías, y no será sorprendido faltando a su deber para consigo mismo y con su patria por adopción en el momento en que las dificultades y peligros se tornan más grandes a su alrededor.

Con estas afirmaciones exonera de toda culpa a Maximiliano, quien en realidad no representa ningún peligro para los Estados Unidos –y menos ante su inminente derrota- y responsabiliza a Francia de haber utilizado al austriaco en beneficio de sus propios intereses. Cuando estos intereses no tienen ninguna posibilidad de realizarse, Maximiliano resulta entonces una ficha prescindible. Los hilos los mueve Francia y es esta potencia europea la que representa un peligro para los norteamericanos:

Reuniendo sus recursos a su alrededor y sabiendo que puede depender del apoyo de un poderoso , grande e influyente grupo en México, Maximiliano, lejos de estar descorazonado y a menos que sea derrocado por una intervención armada de los Estados Unidos, mostrará al mundo que puede gobernar México por el deseo y elección de los propios mexicanos.

En una lectura menos romántica Maximiliano, aunque hubiera aceptado “de buena fe y con las intenciones más humanas y provechosas hacia el pueblo de ese país [México], dedicándose sinceramente al bienestar y desarrollo de todas las ramas de la industria nacional” -como lo asegura el autor-, era a los ojos de la Doctrina Monroe un impostor que, apoyado por Francia, había derrocado a una república legítimamente elegida según el modelo político norteamericano. ¿Quién le había cedido el poder al austriaco? ¿Qué pueblo le había concedido la facultad de gobernar en su nombre? ¿Debía ser Maximiliano una excepción para la Doctrina Monroe dados sus buenos propósitos y su condición de hombre blanco?

A diferencia de la posición del gobierno de Johnson, el *Americano* responde que sí:

[...] Sin embargo en esta propuesta de colocar a la venta el dominio nacional de México a un poder extranjero, no nos sugiere por sí misma que Maximiliano haya sido consultado. Aunque el imperio está cerca de ser evacuado por los franceses, no ha sido ni será abandonado por Maximiliano. Maximiliano sigue siendo una fuerza y su autoridad se extiende por la región central de México, donde se localizan las tres cuartas partes de la población y la riqueza del país. Maximiliano también es una fuerza política. Es reconocido formalmente y de buena fe por todas las naciones europeas, ha intercambiado ministros con todas ellas; y mantiene relaciones amistosas con el mundo entero exceptuando a los Estados Unidos. Un intento de nuestra parte por atacar y derrocar un gobierno cordialmente avalado por Rusia, Inglaterra, España, Prusia y, de hecho, toda Europa, necesariamente apelaría a la comprensión de estas potencias cuyo honor esta comprometido a hacer de su reconocimiento algo mas que un simple pedazo de palabrería.

No resulta plausible que el *Americano*, sabedor de lo que estaba sucediendo en México, creyera sinceramente en la fortaleza de la posición de Maximiliano, pero salir en defensa de Juárez hubiera debilitado su argumento y apoyado indirectamente a los que exigían una intervención armada que, además, podría arrastrar a los Estados Unidos a una guerra con Francia. Los hechos anteriores y posteriores a noviembre de 1866 demostraron que el secretario de Estado Seward se esforzó por mantener una política prudente para evitar a toda costa cualquier intervención en México y cualquier enfrentamiento con Francia. Estaba convencido de que la República Mexicana podría ser restaurada y los franceses eliminados sin la intervención militar de Estados Unidos; para ello contaba con los múltiples compromisos de Napoleón III en Europa, y con la ineptitud de Maximiliano. El tiempo le daría la razón y aunque fue acusado de vacilante y débil, el secretario de Estado no cambió de parecer y negó a Juárez ayuda oficial en armas, hombres o dinero, pero lo apoyó con su política exterior⁷³ cada vez más severa con Francia. Por otra parte, las demostraciones de Maximiliano de ser un devoto prosélito de la Doctrina Monroe⁷⁴ no convencieron al gobierno de Washington. Así, la esperanza del posible reconocimiento de Maximiliano por el gobierno norteamericano fue mantenida hábilmente por Seward mes

⁷³ Un ejemplo de esta ayuda fue cuando, ante las noticias del alistamiento de voluntarios austriacos, Seward envió una serie de comunicados a Viena en los que expresaba, de forma cada vez más tajante, que cualquier acto en apoyo de Maximiliano pondría a Austria en guerra contra la República de México y en ese caso los Estados Unidos no podrían prometer neutralidad. Como consecuencia, la salida de los voluntarios se detuvo. Según el autor, “Este acto de Seward constituyó acaso su aplicación más clara de la Doctrina Monroe por inferencia, aunque no de palabra”. *Ibidem*, p. 236.

⁷⁴ Para ello Maximiliano se sirvió de la prensa organizada por Charles F. Looney, cónsul general de Austria en Nueva York, que se encargó de difundir supuestas virtudes del Imperio mexicano, como la aceptación de la voluntad popular, y el apego que el emperador le tenía a los conceptos del presidente Monroe. *Vid. Ibidem*, p. 219.

tras mes durante todo el tiempo que duró la ocupación francesa en México y, al final, nunca llegó.

¿Es acaso posible que el *Americano* no se diera cuenta del evidente desmoronamiento del imperio de Maximiliano? Yo creo que es más atinado pensar que era tan conciente de esta situación que no tenía sentido atizarle más. Mejor utilizarlo como peón en sus argumentos porque de cualquier manera el final era cosa anunciada. Incluso el mariscal Bazaine había escrito al Ministro de Guerra que la existencia del Imperio mexicano no era cuestión de años, sino “de días y horas”. El talante de los mexicanos no era monárquico; con la retirada francesa, los liberales, temporalmente inactivos, se levantarían “como un solo hombre frente a un emperador carente de prestigio”.⁷⁵

En contraste con la figura de Maximiliano, el *Americano* no se detiene en otorgarle adjetivos negativos a Juárez:

El cabecilla que será seleccionado es aparentemente Juárez; y se sostiene que en pago por esta supuesta asistencia, cedería a los Estados Unidos otra considerable porción de territorio mexicano, en añadidura al territorio ya “adquirido” de nuestro desafortunado vecino en los últimos treinta años. [...] Sin embargo, un supuesto presidente, que ilegalmente detenta el poder en una pequeña porción de México, no titubea en vender su país natal a cambio de la promesa de apoyo a sus pretensiones políticas. [...] Es desde este punto de vista que debemos considerar el supuesto acuerdo de Juárez para vender la región norte de México a los Estados Unidos como prueba, no sólo de su traición a

⁷⁵ De Bezaube a Randon, *apud Ibidem*, p. 239.

México, sino también prueba de su debilidad ya que dada la situación actual en ese país, el pueblo de México hará fracasar a cualquier gobierno que intente sostenerse mediante el trueque de su territorio nacional. Ninguna constitución en México incluyó jamás alguna autorización por la cual algún funcionario o institución pudiera despojar a la nación.

A pesar de ser el presidente legítimo cuyo gobierno republicano fue derrocado y reemplazado por una monarquía sostenida por armas extranjeras, lo califica de cabecilla de guerrilla y lo acusa de traidor y vende patrias, comparable a Antonio López de Santa Anna, cuyo desprestigio para entonces era conocido en el Nuevo y en el Viejo continente:

La compra de Gadsden, con cuyas ganancias se enriqueció el tirano de Santa Anna, y por esta infamia fue desterrado de su país en medio de la abominación popular, fue completamente ilegal y contraria a los deseos de todo México. Por el contrario, la posición de Maximiliano presenta la posibilidad más segura de preservar la integridad de su imperio por su ya conocida determinación.

Juárez no es más que un indio zapoteca con todos los defectos propios de su raza. Es el antihéroe romántico, feo y racional y aunque sea conocido como liberal y republicano, más determinante es su condición de hombre de color. Ahora bien, ¿había elementos para afirmar que Benito Juárez estaba dispuesto a comprometer territorio mexicano a cambio de ayuda norteamericana? Para desgracia de los norteamericanos expansionistas, no había en los hechos –aunque probablemente sí en su percepción– nada que probara que Juárez “cedería a los Estados Unidos otra considerable porción de territorio mexicano”.

Llama la atención, sin embargo, que a pesar de ser tan severo en sus juicios contra Juárez, no cuestione, ¡ni mencione! el hecho de que haya sido reconocido como presidente legítimo por el gobierno de los Estados Unidos. Si su aversión hacia el líder liberal mexicano era tanta, ¿por qué no critica la política de reconocimiento de Seward? La respuesta podría ser porque precisamente es la política de Seward la que está apoyando este *Americano*.

CAPÍTULO III

DOCTRINA MONROE: LA ADVERTENCIA

La Doctrina Monroe es sin duda uno de los grandes temas de la historia de las Relaciones Internacionales del continente americano. Originalmente fue parte del mensaje anual del presidente norteamericano James Monroe al Congreso de los Estados Unidos del 2 de diciembre de 1823. Con el tiempo se convirtió en parte fundamental de la política exterior de ese país. Mucho de su significado descansa en el hecho de que su esencia fue por más de cien años una parte integral del pensamiento norteamericano y de su expansionismo en el continente.¹ El mensaje articuló ideas ya bien establecidas en la política exterior de los Estados Unidos, como la separación geográfica, política, económica y social del Nuevo Mundo con respecto al Viejo.²

La forma en que se trata este tema en el documento que estamos analizando es especialmente interesante porque demuestra su flexibilidad y capacidad de adaptación a las diferentes situaciones. En este sentido es una verdadera “muestra” de historia en tanto que nos permite observar cómo funcionó la aplicación de los principios de Monroe durante gran parte del siglo XIX. El supuesto proyecto intervencionista y expansionista que denuncia el *Americano* está amparado precisamente en dicha doctrina y a la vez –y esto es lo interesante–, el *Americano* lo combate con el mismo argumento: la Doctrina Monroe. Pero antes de llegar a este punto, es necesario hacer un repaso de los motivos de su génesis y su posterior desempeño.

¹ Vid. Robert A. Goldwin, *Reading in American Foreign Policy*.

² Vid. Joel Krieger, *The Oxford Companion to Politics of the World*.

El origen de la declaración del presidente Monroe lo encontramos en 1815 cuando Napoleón Bonaparte fue definitivamente derrotado por una alianza de potencias europeas entre las que destacó Inglaterra, Rusia, Prusia y Austria. A consecuencia de estos eventos, se reunieron los vencedores en un congreso, en la capital del imperio austriaco, para restaurar la Europa prerrevolucionaria y firmar la Paz de Viena. Es a partir de entonces que los Estados Unidos decidieron volver la espalda al Atlántico, manifestando abiertamente su rechazo hacia las políticas europeas.³

Por su parte, los europeos establecieron un nuevo sistema de congresos que garantizara la paz en su continente; se trató de un procedimiento colectivo para resolver problemas y asegurar la aplicación de acuerdos.⁴ Este Sistema de Congresos empezó a funcionar en 1818. En el cuarto de ellos, celebrado en Verona -de octubre a noviembre de 1822- España fue el tema prioritario por haber triunfado en este país un gobierno liberal,⁵ la mayor amenaza a los ojos de los líderes de la Restauración; Francia, decidida a intervenir para derrocarlo, obtuvo el apoyo de las demás potencias, a excepción de la Gran Bretaña que se opuso radicalmente. En el acta final del Congreso de Verona se aprobó la intervención armada de Francia en nombre de la Alianza y como resultado de estas acciones, el 7 de abril de 1823 Fernando VII fue restituido como monarca absoluto.

Inglaterra vio con temor estos acontecimientos porque las potencias de la Santa Alianza podrían apoyar a España en la recuperación de sus colonias en América, envueltas por entonces en guerras de independencia. Esto perjudicaría el rentable comercio que los

³ Vid. Morrison, *Breve Historia de...op. cit.*

⁴ Vid. Juan Carlos Pereira, *Historia de las Relaciones Internacionales Contemporáneas.*

⁵ Me refiero a la sublevación liberal del 1º de enero de 1820 dirigida por el comandante Riego en contra del absolutismo de Fernando VII. Vid. *Idem.*

británicos habían establecido con ellas desde el inicio del proceso independentista.⁶ Por ello ofrecieron a Estados Unidos la elaboración de una declaración conjunta en contra de la intervención europea.

Por su parte Rusia había movido unos años antes sus puestos comerciales desde Alaska hacia el Sur hasta la bahía de San Francisco.⁷ En septiembre de 1821, el zar Alejandro I emitió un *úcase* por el cual extendía Alaska hasta la latitud 51° N, muy adentro de la zona de Oregón, y declaraba *mare clausum* desde ahí hasta el estrecho de Bering.⁸ El zar, como propietario de dichas costas, prohibía a los extranjeros comerciar o pescar dentro del área señalada. Tanto británicos como norteamericanos protestaron.⁹

Habiendo rechazado la invitación de Inglaterra de hacer una declaración conjunta, el día 2 de diciembre de 1823 James Monroe, presidente de los Estados Unidos, presenta en su discurso anual algunos pasajes sobre relaciones exteriores que dejaron clara la posición de los Estados Unidos en política exterior:

Los continentes americanos... no podrán considerarse ya como campo de futura colonización por ninguna potencia europea.

⁶ *Idem.*

⁷ La compañía ruso-americana, fundada en 1799 y con sede en Sitka, estaba efectivamente expandiendo sus actividades. Estableció en Fort Ross un puesto de intercambio (1816), en el área de Bodega Bay, la California española justo al norte de San Francisco. Bemis, *A diplomatic history...op. cit.*, p. 205.

⁸ *Vid. Morrison, Breve historia de...op. cit.*

⁹ Como consecuencia, John Quincy Adams, ministro norteamericano en la corte de San Petesburgo, se rehusó a cooperar con Rusia para la regulación del comercio de armas de fuego con los indios de las costas noroccidentales por no reconocer la soberanía del zar en esa zona (1809-1810). Las guerras napoleónicas obligaron al gobierno del zar a aplazar este asunto. En 1824 Rusia y los Estados Unidos acordaron establecer las fronteras al sur de Alaska en 54° 40". Gran Bretaña hizo un trato similar con Rusia en 1825 aceptando la misma frontera sur. Bemis, *A diplomatic history...op. cit.*, p. 206.

El sistema político de las potencias aliadas es esencialmente distinto... del de los Estados Unidos de América. Considerando todo intento de su parte por extender su sistema a cualquier porción de este hemisferio como peligroso para nuestra paz y seguridad.

No nos hemos entrometido ni hemos de entrometernos con las actuales colonias o dependencias de ninguna potencia europea.

Nunca hemos intervenido en las guerras de las potencias europeas sobre cuestiones concernientes a ellas, ni se aviene a nuestra política hacerlo.¹⁰

“América para los americanos” es el lema que para muchos resume los principios de Monroe.

Los motivos por los cuales los Estados Unidos rechazaron la propuesta británica de una declaración conjunta dejan claro su significado: si bien esta negativa se debió en parte a que los norteamericanos querían evitar echar todo el peso de los Estados Unidos en la balanza del poder británico (que era precisamente lo que buscaban los ingleses), mucho más importante fue que Canning, ministro inglés, propusiera que ambos bandos se comprometieran a no adquirir ninguna parte de la América española.¹¹ En otras palabras,

¹⁰ Morrison, *Breve historia de...op. cit.*, p. 239.

¹¹ Por otra parte, Bemis nos dice que otro factor que contribuyó al rechazo de la oferta de la declaración conjunta fue la negativa de los ingleses de incluir en ella el inmediato reconocimiento de los nuevos estados hispanoamericanos. El ministro Canning se mostró decepcionado; no esperaba una acción condicionada de los norteamericanos. Al mismo tiempo, aunque Inglaterra no había declarado su total reconocimiento hasta entonces, no quería que pareciera que lo hacía presionada por los Estados Unidos. Bemis, *A diplomatic history...op. cit.*, p. 204.

Inglaterra podría pretender frenar el expansionismo norteamericano siendo este uno de los objetivos fundamentales desde su independencia.¹²

La expansión territorial a través de la América del norte, particularmente su avance hacia el oeste, era considerada un asunto exclusivamente interno. Era el “Destino Manifiesto”.¹³ Como consecuencia, durante el siglo XIX, la política interna de Estados Unidos consistió básicamente en realizar el Destino Manifiesto del país, para lo cual su política exterior debía de concentrarse en mantenerse libre de compromisos en ultramar.¹⁴ Ante la amenaza de una posible incursión de la Santa Alianza en América, era prioritario convertir al océano Atlántico en un foso protector, lo cual hizo Monroe con su declaración. Si hasta entonces no se habían dejado enredar en las luchas europeas por el poder, el presidente norteamericano dio el siguiente paso al declarar que Europa no debía inmiscuirse en los asuntos de América. “Y la idea de Monroe de lo que constituía los asuntos americanos –de todo el hemisferio occidental- era realmente expansiva.”¹⁵ Esta doctrina anunciaba audazmente que estarían incluso dispuestos a ir a la guerra para sostener la inviolabilidad del continente americano porque considerarían toda extensión del poder europeo en cualquier parte del hemisferio una amenaza para la paz y la seguridad.

¹² Incluso antes de terminar el siglo XVIII habían firmado una serie de tratados para fijar los límites con Canadá y la Florida a su favor; habían abierto el río Misisipi al comercio norteamericano y empezaron a establecer intereses comerciales en las Indias Occidentales británicas. Esta primera etapa culminó en 1803 con la compra a Francia de la Luisiana, que dio a la joven nación un inmenso territorio sin fronteras definidas al oeste del Misisipi. Napoleón Bonaparte buscaba, con esta venta unilateral, afirmar el poder de los Estados Unidos y darle con ello a Inglaterra un rival marítimo que abatiera su orgullo. *Vid. Kissinger, La Diplomacia, op. cit.*

¹³ *Vid. Morrison, Breve historia de...op. cit.*

¹⁴ *Ibidem.*

¹⁵ *Vid. Kissinger, La Diplomacia, op. cit.*

De esta manera los Estados Unidos daban la espalda a Europa y se otorgaban la libertad de expandirse por el continente. Así, la nueva nación, al amparo de la Doctrina Monroe, podía aplicar políticas muy cercanas a las de los monarcas europeos de su tiempo: extender su comercio y su influencia, anexarse territorios y, en suma, convertirse en una gran potencia. Es también de notar que “Nunca chocaron el afán de expansión de los Estados Unidos y su creencia de que constituían un país más puro y de mejores principios que ninguno de Europa. Como no consideraban política exterior su expansión, los Estados Unidos pudieron valerse de su fuerza para imponerse –sobre los indios, sobre México, en Texas- y hacerlo con la conciencia tranquila.”¹⁶ Al fin y al cabo era el Destino Manifiesto.

No obstante el carácter unilateral de las declaraciones del entonces presidente Monroe, los ingleses ofrecieron su apoyo a la doctrina con los cañones de la Marina Real.¹⁷ A pesar de que era una clara advertencia a las potencias europeas para que se mantuviesen fuera de América, el mensaje no era para los británicos por lo que su respuesta fue apoyar una causa que también les beneficiaba. De hecho fue la Armada británica la que protegió a los Estados Unidos contra ataques de potencias europeas. De ahí la tolerancia que demostraron respecto a las acciones inglesas en el continente; como ejemplos podemos mencionar cuando Gran Bretaña extendió sus posesiones en Belice e islas de la Bahía (1830, 1840-41 y 1852); cuando ocupó las islas Malvinas (1833); y cuando consolidó su protectorado en Mosquitia, el río San Juan y la isla del Tigre en Nicaragua (1835-1849).¹⁸

¹⁶ *Ibidem*, p. 30.

¹⁷ *Idem*.

¹⁸ *Vid. Renouvin, Historia de las...op. cit.*

La primera aplicación clara y directa de la Doctrina Monroe la encontramos en la anexión de Texas a los Estados Unidos. James K. Polk fue el primer presidente norteamericano que apeló a los principios de Monroe para justificar los hechos utilizando como argumento el peligro que significaba el que el estado independiente de Texas se aliara o se convirtiera en la dependencia de una nación extranjera más poderosa, convirtiéndose así en una amenaza para la seguridad norteamericana. La posición de los Estados Unidos en este tema fue anunciada a Europa en diciembre de 1845 cuando Polk añadió en su mensaje al Congreso un corolario a la Doctrina Monroe:

Si una parte de un pueblo de este continente, constituido en Estado independiente, propone la unión a nuestra Federación, es un asunto que debe ser tratado exclusivamente entre él y nosotros, sin intervención extranjera alguna. No consentiremos nunca que potencias europeas intervengan para tratar de evitar tal unión bajo el pretexto de una destrucción del equilibrio que quieren mantener en este continente.¹⁹

Durante la guerra con México, el presidente y su secretario de Estado, James Buchanan, temieron también el traslado de California a la Gran Bretaña o a cualquier otra potencia europea. Debían impedir la colonización de América del Norte por las monarquías europeas²⁰ Al sur, decían, Texas estaba en grave peligro de convertirse en protectorado inglés. Se imaginaban a México dominado por los ingleses y a Yucatán amagado por

¹⁹ *Ibidem*, p. 194.

²⁰ Debemos recordar que la Gran Bretaña seguía ocupando los territorios de Oregón, lo que inquietaba a muchos norteamericanos que percibían a los ingleses como la encarnación de la agresión. Su simple presencia era un desafío al derecho incuestionable de los Estados Unidos sobre dicha región.

Honduras Británica. El Reino Unido de la Gran Bretaña parecía sitiar a los Estados Unidos y Polk y su partido sufrieron de verdadera paranoia.²¹ No sorprende entonces que el ministro norteamericano John Slidell llevara instrucciones para el desempeño de su misión en México basadas en el temor de que tanto la Gran Bretaña como Francia dirigirían sus miras sobre California. Se le pedía, entre otras cosas, investigar si existía un proyecto de cesión de California a alguna de las dos potencias, en cuyo caso debía impedir que se realizara.²²

La paranoia de la administración norteamericana también fue alimentada desde México. Mientras que para el gobierno de los Estados Unidos el mayor peligro de la guerra era una posible intervención europea –particularmente de Francia y Gran Bretaña–,²³ para los diplomáticos mexicanos en Europa parecía la salvación. Los conservadores iniciaron un cabildeo para que intervinieran a su favor en la guerra y prestaran su cooperación en la defensa de California.²⁴ Los monarquistas, encabezados por José María Gutiérrez de Estrada,²⁵ ya habían advertido sobre la amenaza de los Estados Unidos y su Destino Manifiesto expansionista, y realizaban una labor diplomática en Europa a favor de la

²¹ Crook-Castan, *Los movimientos monárquicos mexicanos*, op. cit., p. 82.

²² *Ibidem*, pp. 87-88.

²³ En medio de la guerra y del caos interno, el 1º de junio de 1846, Lord Aberdeen escribía a Bankhead ministro de S.M.B. en México, una respuesta a las peticiones de ayuda del gobierno de Paredes explicando las razones por las cuales Gran Bretaña no saldría en defensa de México contra Estados Unidos. Gran Bretaña no intervendría en una disputa en la que se comprometería a la guerra como protagonista principal y en la cual se hallaría complicada con una nación con la que podría no tener motivos personales de contienda, en nombre de una nación y de un gobierno a los que había advertido reiteradamente del peligro que corrían. Aberdeen a Bankhead, *apud*. Merk, *Manifest Destiny and... op. cit.*, p. 165.; y Crook-Castan, *Los movimientos monárquicos mexicanos*, op. cit., p. 95.

²⁴ *Vid.* Crook-Castan, *Los movimientos monárquicos mexicanos*, op. cit.

²⁵ El monárquico mexicano también escribe el folleto *Le Mexique et l'Europe* para convencer a los países europeos que en interés propio les convenía ayudar a México en su guerra contra los Estados Unidos del Norte. Gutiérrez de Estrada también mantuvo correspondencia con el príncipe Metternich acerca de la situación de sus proyectos monárquicos y de cómo los intereses de Europa estaban íntimamente ligados al destino de México y de Hispanoamérica en contra del expansionismo norteamericano. *Vid. Ibidem*, pp. 14-46.

instauración de la monarquía en México apoyada por una potencia europea, idealmente Francia.²⁶ Pero para desgracia de los conservadores mexicanos, al mediodía del jueves 24 de febrero de 1848, Luis Felipe, rey de los franceses, abdicó a favor de su nieto el Conde de París. Algunas horas más tarde surgió un gobierno provisional que iba a proclamar la Segunda República Francesa. Con el resurgimiento del republicanismo en Francia, mucha gente pensó que el movimiento monárquico en México –con el respectivo apoyo de una potencia europea- había muerto.²⁷

El presidente Polk, defensor rabioso de la Doctrina Monroe en Texas, adoptó una actitud muy diferente cuando dicha doctrina se vio amenazada al sur del continente con los sucesos en la desembocadura del río de la Plata, en donde Francia y Gran Bretaña participaron en intervenciones armadas entre 1838 y 1850. El origen de estos conflictos lo encontramos en la lucha entre la preponderancia británica en la zona y la búsqueda de espacios por parte de Francia desafiando las restricciones impuestas por el memorando Polignac.²⁸ Y si bien estas incursiones fueron una violación directa a la Doctrina Monroe, fue la diplomacia británica la encargada de bloquear sistemáticamente las pretensiones territoriales francesas en Sudamérica. De hecho, para los Estados Unidos resultó ventajoso que la Gran Bretaña estuviera enredada en la distante Argentina que, además, estaba demasiado lejos como para ser de interés vital. Polk informó a los aliados que no se

²⁶*Vid. Idem.*

²⁷*Ibidem*, p. 115.

²⁸ Me refiero al ultimátum inglés dirigido a Francia y a Europa para que se alejaran de América Latina. El informe se dio a conocer el 9 de octubre de 1823 al embajador francés en Londres, Polignac. Después de esto no hubo peligro sustancial de una intervención europea para comprometer la independencia de los nuevos estados del Nuevo Mundo, tan rápidamente reconocidos por los Estados Unidos. Aunque la Gran Bretaña todavía no reconocía a los nuevos estados, no significaba que no hubiera intenciones británicas de dominio de la zona. Bemis, *A diplomatic history...op. cit.*, pp. 204-205 y 386 *passim*.

opondría a la intervención al tiempo que anunciaba en sus mensajes al Congreso²⁹ la reafirmación de la Doctrina Monroe en relación a Oregón, California, Yucatán y el Istmo³⁰ y limitaba el campo de su aplicación a las regiones en donde la Unión poseía *intereses vitales*.³¹ Esto explica por qué los Estados Unidos no reaccionaron ante la preponderancia británica en las zonas lejanas del continente.

Al inicio de la década de 1860 la Guerra de Secesión dio la vuelta a la situación. No sólo amenazó con poner en peligro la existencia de los Estados Unidos sino que también ofreció a Europa la posibilidad de volver a desempeñar un papel activo en el continente americano, particularmente en aquellas zonas de interés norteamericano. Por esta razón a partir del estallido de la Guerra Civil, la principal tarea de la diplomacia americana fue suplementar el esfuerzo militar para salvar a la Unión y a la nación, esto es, prevenir la intervención de potencias extranjeras en su territorio nacional. Las políticas hasta entonces desarrolladas debían dejarse a un lado. ¿Cuáles eran estas políticas? la expansión continental, la libertad de los mares y, por supuesto, la Doctrina Monroe.³² Así, el proceso expansionista fue interrumpido temporalmente; la defensa de la libertad de los mares se dejaba también para después; y la Doctrina Monroe era pisoteada por España en Santo Domingo con la ocupación en el año de 1861 y Francia en México con la imposición de Maximiliano como emperador para favorecer el establecimiento de una *zona de influencia* en dicho territorio.³³ En efecto, la intervención de Napoleón III en territorio mexicano, entre

²⁹ Específicamente los mensajes de los años 1845, 1847 y 1848.

³⁰ Bemis, *A diplomatic history...op. cit.*, p. 388.

³¹ Vid. Renouvin, *Historia de las...op. cit.*

³² Bemis, *A diplomatic history...op. cit.*, p. 384.

³³ Vid. Renouvin, *A diplomatic history*.

1861 y 1867, fue el clímax de las ambiciones francesas en América que habían sido incubadas desde el período de las guerras de independencia de las colonias españolas y que habían inspirado las advertencias del presidente Monroe.

Pero cuando los Estados Unidos dejaron las armas en 1865, retomaron los asuntos que habían quedado pendientes durante la guerra y entre ellos, de manera particular, la restitución del respeto a la Doctrina Monroe. Como consecuencia, las protestas al interior del país ante la intervención francesa aumentaron. Si bien el secretario de Estado William Seward se había visto obligado a adoptar una política de neutralidad entre los contendientes por la soberanía de México y de profesar confianza en la buena voluntad de Francia,³⁴ la derrota del general Lee en el Appomattox y el fin de la Guerra de Secesión permitieron un cambio de postura; la Doctrina Monroe volvería a ocupar nuevamente su lugar. Al asumir la presidencia en 1865, Andrew Johnson declaró su firme resolución de no consentir nunca en que la voluntad del pueblo mexicano, opuesta a la intervención francesa fuera sofocada por las bayonetas de ese país.³⁵ Seward cambió en consecuencia su posición; a los intentos de Maximiliano por obtener del gobierno de Washington el reconocimiento de su imperio - que le habían hecho pensar que era posible- se negó incluso a conceder una entrevista al cónsul mexicano Luis Arroyo, respondiendo ser “un hábito fijo del gobierno americano no entrar en relaciones oficiales con agentes de partidos, en cualquier país, que estén en actitud de revolución contra la autoridad soberana del mismo, con la que los Estados Unidos se encuentran en amistosa relación diplomática”.³⁶ A su vez, los despachos del secretario

³⁴ Vid. James Morton Callahan, *American Foreign Policy in Mexican Relations*.

³⁵ Cosío, *Historia General de México*, op. cit., p. 627.

³⁶ *Idem*.

enviados al ministro norteamericano en París, diseñados para ser leídos por los consejeros del emperador, fueron sucesivamente más enfáticos. El 6 de noviembre de ese año, Seward declaró que “la presencia y operaciones de un ejército francés en México, y el mantenimiento de su autoridad ahí, descansan sobre la fuerza y no la voluntad libre del pueblo de México”, lo cual era causa de preocupación para los Estados Unidos.³⁷ Un mes después, el 4 de diciembre, el presidente Johnson en su mensaje anual declaró que “veríamos como una gran calamidad para nosotros, para la causa del buen gobierno, y para la paz del mundo que cualquier potencia europea rete al pueblo americano, como así fue, en la defensa del republicanismo en contra de intervenciones extranjeras.”³⁸ El secretario de Estado agregó que “Estados Unidos considera el esfuerzo de establecer permanentemente un gobierno extranjero e imperial en México, indebido e impracticable, y no está dispuesto a reconocer en lo sucesivo ninguna institución política en México que esté en oposición con el gobierno republicano, con el que por tanto tiempo y tan constantemente hemos conservado relaciones cordiales y amistosas”.³⁹ Con ello dejaba claro que el propósito de los franceses de establecer una monarquía sobre las ruinas de un gobierno republicano en América ponía inevitablemente en peligro las relaciones amistosas entre Francia y los Estados Unidos.

También el Congreso norteamericano, que durante la Guerra Civil hizo varios llamados para sostener una política más activa hacia México, renovó sus reclamos y exigió

³⁷ Bemis, *A diplomatic history...op. cit.*, p. 393.

³⁸ *Idem.*

³⁹ *Mexico, Dispatches*, (No. 12); *17 France, Instructions*, pp. 432-37, No. 259; *Works of Seward, apud. Callahan, American Foreign Policy...op. cit.*, p. 311-312 y también Cosío, *Historia General de México, op. cit.*, p. 627.

la relación de la ocupación de México por las tropas francesas y el establecimiento de la monarquía en ese país.⁴⁰ La solicitud de información hecha por el Congreso en diciembre de 1865,⁴¹ a diferencia de las anteriores, trastornó los nervios de los franceses ya que para entonces la desintegración del imperio de Maximiliano y la amenaza de hostilidades por parte de los Estados Unidos eran sombrías realidades.

Simultáneamente Francia, convencida de que debía desembarazarse del problema mexicano, empezó a maniobrar para que las condiciones de retirada fueran lo menos onerosas posible.⁴² París intentó hacer de la necesidad virtud: el Quai d'Orsay describió la nobleza de la postura de Francia en México y explicó que la divergencia de puntos de vista entre este país y Estados Unidos era el resultado de una apreciación equivocada de sus intenciones. Si Napoleón III apoyó a Maximiliano fue sólo por intentar salvar a un pueblo exhausto de los desórdenes permitidos por Juárez.

El regreso a una política de defensa de la Doctrina Monroe significó forzosamente la exigencia norteamericana del retiro del ejército francés y el apoyo al gobierno

⁴⁰ *Vid. Cit.* 18. Como un ejemplo esta la petición que hizo el Senado de información con relación al “bárbaro decreto del así llamado emperador de México ordenando que todos los mexicanos que defienden valientemente la sagrada causa de su independencia sean fusilados sin un juicio formal”. Se refiere al decreto del 3 de octubre de 1865. . Otros ejemplos son los de Van Horn, representante de Misuri, que ofreció a la Cámara el siguiente acuerdo que fue dirigido al Comité de Relaciones Exteriores: “Resolvió que el Comité de Relaciones Exteriores sea instituido para indagar y reportar qué medidas y recursos serían necesarios por parte de los Estados Unidos para devolver al pueblo mexicano el libre irrestricto derecho a elegir su propia forma de gobierno, y para darle significado a la voz unánime de la gente de esa nación de que ningún poder extranjero impondrá gobierno despótico sobre ninguna nación o pueblo de este continente”. El Sr. Orth, por consentimiento unánime, también ofreció una resolución pidiendo al presidente proporcionar correspondencia que muestre los “pasos tomados en cualquier momento por el así llamado emperador de México” para obtener de los Estados Unidos el reconocimiento del “así llamado Imperio de México” y la acción de la administración al respecto.

⁴¹ 11 de diciembre de 1865, durante la primera sesión del 39°. *Congressional Globe*, 39th congress, 1st session p. 1067. Recurso en red: <http://memory.loc.gov/ammem/amlaw/lwcglink.html#anchor39>, consultado el 16 de enero de 2007.

⁴² Hanna y Hanna, *Napoleón III y México*, *op. cit.*, p. 228.

republicano, esto es, al presidente Juárez,⁴³ quien había sido reconocido en enero de 1866 por el gobierno de los Estados Unidos.⁴⁴ El 12 de febrero de ese mismo año Seward exigió que se estableciera un tiempo límite para la evacuación de los franceses. Esta era la respuesta a la nota que Drouyn de Lhuys, secretario de Estado francés, había dirigido a Montholon manifestándole que la salida de las tropas francesas, que deseaban fuese cuanto antes, dependía en gran parte de los Estados Unidos; deseaba obtener la seguridad de que este país no intentaría impedir la consolidación del nuevo orden de cosas establecido en México, y la mejor garantía de ello sería el reconocimiento del emperador Maximiliano, por lo que anunciaba que se celebraría un arreglo para la retirada de las tropas si Washington abría relaciones diplomáticas con la corte de México.⁴⁵ Las condiciones para el retiro que los Estados Unidos debían cumplir eran las siguientes: 1) asegurar el pago del equivalente de la deuda de México con Francia; 2) permitir a Francia mantener Sonora y venderla a los Estados Unidos como indemnización; 3) aceptar no intervenir en los asuntos mexicanos.⁴⁶ Seward declaró impracticable esas condiciones, además de sostener que la causa principal del descontento de Estados Unidos estribaba no en la existencia de un ejército extranjero en México, sino en que hubiera invadido el territorio gobernado por un gobierno republicano y nacional establecido por el pueblo mexicano y con el que Estados

⁴³ Un ejemplo de las múltiples señales en este sentido fue la consideración con que se trató a doña Margarita, esposa del presidente Juárez, de visita en Washington. El presidente Johnson dio una recepción en su honor, la primera desde la muerte de Lincoln y Seward la honró con una cena en la que anunció con elocuencia que los franceses estarían lejos de México antes de fines de 1866. El general Grant ofreció un baile en su honor al que asistió el presidente Johnson que rompió todos los precedentes para manifestar su amistad al México republicano. Ralph Roeder, *Juárez y su México*, pp. 924-925.

⁴⁴ Es de notar que en el 39º Congreso en la sesión del 28 de febrero de 1866, ya se refieren a Juárez como “El presidente de la república de México.” *Congressional Globe*, *op. cit.*

⁴⁵ Montholon, *Apud. Ibidem*, p. 317.

⁴⁶ *France Despatches*, *Apud. Ibidem*, pp. 320-332.

Unidos simpatizaba profundamente,⁴⁷ por lo tanto no reconocería a Maximiliano.⁴⁸ Napoleón III anunció entonces el plan de evacuación de las tropas en tres grandes grupos en un plazo de año y medio; esperaba que en ese plazo fueran reemplazadas por las austriacas que el emperador Francisco José había consentido en reclutar. Pero cuando Seward tuvo noticias del enganche de voluntarios austriacos, hizo saber a ese gobierno que los Estados Unidos no podían ver con indiferencia semejante propósito. El mensaje surtió efecto y Austria –que se preparaba para una inminente guerra con Prusia- detuvo la salida de voluntarios para México.⁴⁹

La nueva posición de Seward se encontró con la aprobación popular de los norteamericanos. A pesar de que había reafirmado su propósito de que los Estados Unidos se adhirieran estrictamente a los principios de no intervención y neutralidad, había un gran sentimiento a favor de algunas expresiones más efectivas de simpatía por el gobierno republicano de Juárez, que temían podía ser aplastado por el imperio de Maximiliano mientras ellos esperaban. La opinión pública fue en parte satisfecha el 4 de mayo por el nombramiento de L. D. Campbell como ministro ante el gobierno de Juárez para llenar el sitio que había permanecido vacante desde el retiro de Corwin. En las instrucciones de Campbell del 25 de octubre de 1866, Seward, deseando favorecer a México para recobrar el control de sus propios asuntos y desautorizando cualquier proyecto territorial, sugirió que el gobierno norteamericano, si así lo deseaba el gobierno de Juárez, podría favorecer y adelantar la pacificación del país con algunas órdenes a sus fuerzas terrestres y navales con

⁴⁷ 5 *Works of Seward*, *Apud. Ibidem*, pp. 317-318.

⁴⁸ Cosío, *Historia General de México*, *op. cit.*, p. 628.

⁴⁹ *Apud. Callahan, American Foreign Policy...op. cit.*, pp. 324-325. También en Cosío, *Historia general de México*, *op. cit.*, pp. 628-629.

el objetivo de servir en la restauración de la ley y el orden y el gobierno republicano sin interferir en la jurisdicción de México. Y es que Seward observaba ansioso la situación en el país vecino donde nuevas amenazas surgían con los intentos del general Santa Anna para organizar una expedición armada en los Estados Unidos y derrocar al gobierno nacional de la república de México con el pretexto de haber concluido ya el período constitucional de Juárez como presidente.⁵⁰

Así, la política de Seward respecto a los sucesos de México pasó de una actitud de prudencia extrema durante la Guerra Civil⁵¹ a otra que manifestaba preocupación,⁵² hasta llegar, a partir de 1865, a las presiones y exigencias explícitas para que las tropas francesas abandonaran este territorio.⁵³ Este viraje fue apoyado y presionado no sólo por la opinión pública,⁵⁴ sino también por los militares, los intelectuales y algunos congresistas, que exigieron cada vez con más vehemencia el retiro de tropas de Francia en México.⁵⁵

⁵⁰ En efecto, el período constitucional había terminado en diciembre de 1865.

⁵¹ Como prueba de ello podemos mencionar el hecho de que el presidente Lincoln no discutiera la aplicación de la Doctrina Monroe en su mensaje anual de diciembre de 1863 cuando las tropas francesas ya ocupaban gran parte del territorio mexicano.

⁵² El 6 de noviembre de 1865 el secretario de Estado Seward declaró que “la presencia y operaciones de un ejército francés en México, y el mantenimiento de su autoridad ahí, descansan sobre la fuerza y no la voluntad libre del pueblo de México” y esto era causa de preocupación para los Estados Unidos. *Vid.* Bemis, *A diplomatic history...op. cit.*

⁵³ El 12 de febrero de 1866 Seward exigió que se estableciera un tiempo límite para la evacuación de las tropas francesas de suelo mexicano. *Vid.* Callahan, *American foreign policy...op. cit.*

⁵⁴ El mismo Maximiliano sostenía que el gobierno de los Estados Unidos dependía casi exclusivamente de la opinión pública. Creía que, para conservar el apoyo del electorado, el gobierno de Washington parecía esperar un cambio de la opinión pública a su favor, antes de iniciar relaciones amistosas entre ambos países. Este cambio se daría, según él, demostrándoles que sus intereses estaban identificados con los del Imperio mexicano, para lo cual encargó a Charles Frederick Looney, cónsul general de Austria en Nueva York, establecer una agencia de prensa en esa ciudad. Hanna y Hanna, *Napoleón III y México, op. cit.*, pp. 218-219.

⁵⁵ El *Daily National Intelligencer* presenta algunos artículos que reflejan esta exigencia, como el publicado el 5 de noviembre de 1866 en el que el general Dix aboga por la salida de las tropas francesas. “National Intelligence, Our Paris Correspondence”. *Daily National Intelligencer*. Lunes 5 de noviembre de 1866. p. 1; también algunos de los miembros del congreso manifestaron abiertamente su apoyo para exigir el retiro de tropas, entre ellos el Senador por Oregón, Mesmith; el diputado de Illinois, Baker; el general Garfield, diputado por Ohio; el senador de California, Conness; el diputado de Misuri, Van Horn; el Sr. Orase

Pero algunos miembros de sectores influyentes, entre ellos muchos generales desmovilizados y hombres de negocios, aprovecharon la oportunidad para ir mucho más lejos y exigir la aprobación de una intervención armada a favor del gobierno republicano de Juárez con el pretexto del respeto a la Doctrina Monroe, la cual había sido doblemente violada en ese país: primero por la interferencia de Francia y la presencia de sus tropas; y segundo, por la imposición de un gobierno monárquico.⁵⁶

Es precisamente este contexto el que rodea a la publicación del Documento y la razón por la cual su propósito fundamental es alertar a los miembros del Congreso sobre las consecuencias que tendría la intromisión de los Estados Unidos en los asuntos de México, especialmente por aquellos que enarbolaron en nombre de la Doctrina Monroe la bandera expansionista ya que con esta interferencia buscaban –según el *Americano*- el establecimiento de un protectorado y la eventual incorporación de México a los Estados Unidos:

Maynard, de Tennesse. Matías Romero, *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington*, p. 14. Como otra manifestación importante de la opinión pública podemos también mencionar la reunión organizada por el Instituto Cooper, en enero de 1866 en la que varios personajes destacados de la política norteamericana manifestaron, tanto personalmente como por carta, sus simpatías por dicha doctrina. En la resolución final de la reunión quedó explícito que cualquier intento europeo de intervenir en el continente sería considerado un peligro para la estabilidad, la paz y la seguridad de los Estados Unidos, y que cualquiera que se opusiera sería considerado como enemigo. Se criticó y se rechazó abiertamente la intervención de Francia en México y se advirtió que se recurriría incluso a las armas para hacer cumplir la Doctrina Monroe, la cual obliga a Norteamérica a velar por las demás repúblicas del continente. *New York Times*, 8 de enero de 1866. No está demás recalcar que se debe distinguir entre el apoyo a la defensa de la Doctrina Monroe y el apoyo a la intervención armada en México. Los norteamericanos que defendían la primera causa no necesariamente estuvieron a favor de lo segundo.

⁵⁶ La Doctrina Monroe fue utilizada como tapadera de intereses económicos más o menos legítimos de grupos muy poderosos -entre los que destacan los militares- para presionar por una intervención en México.

Uno de los mas perversos, si no ruinosos, esquemas jamás llevado a cabo por un partido político es ese que recién fue descubierto, y que tiene como objeto la apropiación de territorio mexicano, y posiblemente la eventual absorción de la totalidad de este pueblo volcánico por los Estados Unidos.*

Es por esto que el *Americano*, temeroso de que se hiciera realidad la intervención en México, exige al Congreso la restitución de la política de neutralidad:

Pero, si las declaraciones del Sr. Seward durante los dos últimos años tuvieron algún significado, cuando fue anunciada la absoluta neutralidad como la política de nuestro gobierno para los asuntos de México, la administración no puede adherirse demasiado rígidamente a dicha resolución y habiendo visto la Doctrina Monroe justificada en la práctica con la retirada de los ejércitos franceses, bien podría dejar que México resuelva su propio destino y que pruebe su suerte con los otros Estados de este Continente. Si como afirman los grandes conocedores, nuestra misión es preservar intactas las distintas nacionalidades de América de toda agresión extranjera, no podemos, sin dejar de ser consistentes, dar el primer paso para la extinción de México.

El autor se coloca bajo la bandera de la Doctrina Monroe no para apoyar la intervención de Norteamérica en México sino precisamente para lo contrario: evitarla a toda costa. Es por esto que afirma que la salida de las tropas francesas es condición

* Se refiere sin duda al Partido Republicano.

suficiente para ver compensados los agravios a la doctrina, lo cual era una verdad a medias. La omisión de una condena al establecimiento de la monarquía, es notoria cuando el resto de sus compatriotas reclamaban la restitución de la república mexicana para reponer a la Doctrina Monroe. Incluso el mismísimo ministro francés Montholon, escribió a Drouyn de Lhuys el 22 de agosto de 1866, que Seward, si bien se oponía enérgicamente a la intervención de este país en México, nunca accedería a la petición de apoyar a Maximiliano, incluso si este apoyo pudiera evitar el caos: “La presencia de nuestra bandera es cuestión secundaria. Para los Estados Unidos la forma de gobierno lo es todo”.⁵⁷ Esta omisión coincide con la política de prudencia del secretario de Estado quien, como ya vimos, nunca mencionó al emperador mexicano la condición segunda de la Doctrina Monroe para reconocerlo como legítimo gobernante, dejando con ello abierta la posibilidad de que así lo hicieran si comprobaba estar apoyado por el pueblo mexicano. Nunca se dijo que una condición para ello era un gobierno republicano, o bien, que el gobierno monárquico podía ser un impedimento.

Es evidente que el *Americano* le teme a la posibilidad de una intervención armada justificada por la Doctrina Monroe y apoyada por una opinión pública sensibilizada por la prensa respecto a la necesidad de defender la causa republicana en México, de ahí que defiende el mantenimiento de la política de Seward, usando sus mismos argumentos y cuidándose –como Seward lo hizo- de no mencionar el sistema de gobierno propio del hemisferio occidental según lo había establecido Monroe. Es por eso también que insiste en el éxito seguro del imperio mexicano, con o sin el apoyo de las armas francesas:

⁵⁷ De Montholon a Drouyn de Lhuys, *apud* Hanna y Hanna, *Napoleón III y México, op. cit.*, p. 237.

Con todo y nuestras lágrimas de cocodrilo y nuestra divertida ansiedad respecto a cómo México saldrá adelante una vez que los franceses se hayan marchado, éste continuará firmemente su marcha progresista bajo el Imperio, y encontrará en Maximiliano a un hombre capaz de mantener su dignidad y asegurar su prosperidad sin solicitar la protección de su entrometido vecino del norte.

El *Americano* excluye de sus argumentos la ilegitimidad e ilegalidad de Maximiliano y su monarquía. Esto coincide también con la política seguida por el secretario de Estado William Seward quien, deliberadamente, había hecho pensar al monarca austriaco y a los franceses que el reconocimiento del gobierno monárquico sí era posible. La estrategia fue un éxito en tanto Maximiliano y sus protectores mantuvieron hasta el final esta esperanza y con ella la buena disposición hacia la Unión.

El *Americano* también advierte a los miembros del Congreso de las intenciones de Francia para traspasar sus responsabilidades -tanto económicas como morales-, a los Estados Unidos. En efecto, para ese entonces el problema más urgente para Napoleón III era la cuestión de los gastos. El gobierno francés había iniciado desde los últimos días de 1865 acercamientos diplomáticos con los Estados Unidos para que éste se hiciera cargo de las deudas de México. A principios de 1866 John Bigelow, el ministro norteamericano en

París, recibió una propuesta del gobierno francés en el sentido de que repatriaría sus tropas en cuanto los Estados Unidos se comprometiesen a asumir la deuda exterior de este país:⁵⁸

No sería extraño que Francia estuviera lista para llegar a un acuerdo con nuestro gobierno para este propósito, por el cual, con la adquisición de México, asumimos moralmente todas sus obligaciones y deudas, prefiriendo Francia tener a los Estados Unidos como deudores en lugar de México. En cada señal ha habido al menos propuestas hechas por Francia de dejar a México en manos de Juárez al momento de su salida este invierno, a cambio de que éste reconozca la deuda con Francia, de la que nosotros, al hacer de Juárez nuestro “protegé” virtualmente asumimos y nos convertimos en responsables.

El orgullo francés estaba ya muy abollado y lo único que Napoleón quería era salir del berenjenal mexicano y, por supuesto, cobrar las deudas de alguna manera. En la primavera de 1866, en efecto, el emperador francés había enviado instrucciones a Alphonse Dano, enviado en México, para iniciar la negociación de un tratado que diera facultades a Francia para administrar la aduana de Veracruz, Tampico y otros puertos y aplicar las recaudaciones al pago de los gastos exorbitantes de la expedición. También le instruyó para que el general Bazaine, antes de regresar a Francia, convocara una asamblea que organizara

⁵⁸ En una respuesta del 9 de enero de 1866 a la comunicación de Seward del 6 de diciembre anterior. *Vid. Ibidem.*

un gobierno provisional, nombrara a un presidente y arreglara las relaciones francesas con el nuevo gobierno.⁵⁹ A esto se refiere sin duda el *Americano* cuando escribe que:

Sin embargo parece que Napoleón está negociando fríamente con los Estados Unidos para mantener un presidente ilegal, e informa descaradamente a Maximiliano ¡que no puede proporcionarle más ayuda y que su consejo para él es que regrese a Europa con las tropas francesas!

Mientras lo redacta y lo publica en el mes de noviembre de 1866, Seward daba nuevas instrucciones a Campbell en las que manifestaba que los Estados Unidos no deseaban ninguna futura conquista de México, sino sólo verlo aliviado de la interferencia extranjera; para ello debía ir a Chihuahua o a cualquier otro lugar, no ocupado por los franceses, donde pudiera encontrar a Juárez para comunicarle, de un modo u otro, la última voluntad de los buenos oficios de los Estados Unidos en pro de la restauración del orden y para reenviarle todas las noticias que pudiera obtener.⁶⁰

Juárez por su parte seguía en pie de lucha y para entonces dominaba los estados del norte, incluyendo las ciudades de Monterrey, Saltillo y Matamoros. Desde julio, tras el retiro de las tropas francesas para su concentración en Veracruz, las tropas republicanas habían ocupado también Nuevo León y Tamaulipas. Al sur del país, los republicanos tenían

⁵⁹ Hombres hostiles a los intereses franceses, como Santa Anna y sobre todo Juárez, serían excluidos de ese régimen. De Drouyn de Lhuys a Dano, *apud Ibidem*, pp. 234-240.

⁶⁰ Sus intentos para encontrar a Juárez o a su gobierno fueron infructuosos hasta el 21 de abril de 1867 cuando un mensajero enviado por Campbell alcanzó en San Luis Potosí a Lerdo de Tejada, el secretario de Relaciones Exteriores del gobierno republicano. *House Exec. Doc.; 59 France, Despatches; 18 France, Instructions, 5 Works of Seward, Apud. Callahan, American Foreign Policy...op. cit.*, p. 328.

el istmo de Tehuantepec y partes de Yucatán. Desde septiembre, el Imperio solo existía en los puntos ocupados por los soldados franceses. Ni siquiera las cercanías de la capital estaban libres de juaristas.⁶¹

El *affair Maximiliano* forzó tremendamente el aguante de la Doctrina Monroe y le dio una enorme aprobación popular porque la salida de los franceses de México pareció haber sido en respuesta a las exigencias de los Estados Unidos. La nación cobró conciencia, por experiencia, de que las potencias europeas estaban ansiosas de tomar ventaja en cualquier oportunidad para pisotear las prohibiciones del presidente Monroe.⁶²

⁶¹ Vid. Cosío, *Historia de México*, op. cit.

⁶² Bemis, *A diplomatic history...op. cit.*, p. 395.

CAPÍTULO IV

DESTINO MANIFIESTO: LA JUSTIFICACIÓN

Los problemas que giran alrededor de la motivación de la acción nacional sin duda desconciertan a los internacionalistas. El papel de las ideas y las actitudes en la determinación de la conducta de las naciones es un factor omnipresente en todas las situaciones internacionales, y sin embargo resulta sumamente difícil abordar estas cuestiones. Comúnmente se le asigna a la actitud de un pueblo o una nación un nombre que supuestamente explica una compleja serie de variables como ideas, sentimientos, dogmas, impulsos emocionales, actitudes morales y otros muchos factores. Así, tenemos explicaciones desde el punto de vista del nacionalismo, del imperialismo, del militarismo, del aislacionismo o de cualquier otra ideología a la que se les atribuye carácter de determinante de la acción nacional, sin que en realidad explique a cabalidad las mencionadas variables.¹ Este es el caso sin duda del expansionismo norteamericano: la ideología del expansionismo no aclara en su totalidad los factores que determinan las actitudes y las conductas nacionales, pero es una herramienta sumamente útil que ayuda a explicar el funcionamiento de las ideas morales en relación con la acción nacional de los Estados Unidos que se conoce con el nombre de Destino Manifiesto, esto es, de toda la gama de ideas y de doctrinas morales propuestas como justificación de la expansión territorial a expensas de otros pueblos y que ocupa un lugar central en la historia de los Estados Unidos como lema expansionista que expresaba un dogma de autoconfianza y

¹ Albert K. Weinberg, *Destino Manifiesto. El expansionismo nacionalista en la historia norteamericana*, p. 11

ambición supremas: la idea de que la incorporación a Estados Unidos de todas las regiones adyacentes constituía la realización virtualmente inevitable de una misión moral asignada a la nación por la Providencia misma.²

En el documento que estamos analizando, el tema del Destino Manifiesto, de la mano del tema del expansionismo, es también fundamental, de hecho es el tema central para el *Americano*. Lo que escribe este ciudadano de los Estados Unidos resulta revelador respecto a la política expansionista porque el documento muestra el punto de quiebre entre una política cuyo objetivo era la expansión territorial y que estaba agotándose, y otra que busca también la expansión, pero en el ámbito económico y comercial y que terminaría sustituyendo a la anterior. Así, el *Americano* nos revela lo que probablemente fue uno de los últimos proyectos para apoderarse de suelo mexicano. Pero primero, para entender el contenido de nuestro documento en su contexto, explicaré más detalladamente los orígenes del Destino Manifiesto y los argumentos que justifican la expansión que apadrina.

La aparición de la doctrina del Destino Manifiesto como una corriente ideológica que se debe tomar en cuenta en la política norteamericana y un tema recurrente en los periódicos de la época, se ubica alrededor de 1844. La proclamación en coro de la doctrina como un buen prospecto político vendría después de la anexión de Texas.³ Texas será el referente obligado en otras regiones del continente por ser el ejemplo perfecto del Destino Manifiesto: un territorio desértico, rico en recursos “mal utilizados”, que los colonos americanos convirtieron en una sociedad próspera de hogares para formar un estado que pudiera ser admitido a la Unión. He aquí un plan favorecido por Dios para América del

² Weinberg, *Destino Manifiesto. El.....op. cit.*, p. 16.

³ Vid. Merk, *Manifest Destiny and...op. cit.*

Norte.⁴ En esos tiempos, bien podría también aplicarse a California, Nuevo México, Oregón, Canadá e incluso Yucatán. No faltó tampoco quien hablara de todo el territorio mexicano.

Pero para explicar sus orígenes, tenemos que remontarnos hasta el siglo XVIII, cuando los Estados Unidos surgen como nación independiente, en los años en que se vive el desarrollo del nacionalismo en Europa, que abrirá el camino a la idea del surgimiento de Estados basados en la voluntad popular y los deseos de independencia política. Estas ideas estarán fundamentadas en el pensamiento de los filósofos del siglo XVIII, quienes colocaron el concepto del derecho natural en el centro del pensamiento político, eligiendo así como instrumento de emancipación a dicho término. El derecho natural fue realmente el punto de partida por lo menos de una nueva afirmación política: la trascendente pretensión a la cual posteriormente se denominaría nacionalismo.⁵

La primera doctrina que reflejaría la teología nacionalista norteamericana del “destino manifiesto” sería la idea de un decreto divino de independencia. La independencia de Estados Unidos encontró su justificación en los derechos derivados de una ley natural⁶ inmutable y eterna, fundado en la divinidad, de manera que la “causa de la libertad” gozaba de la protección del cielo. A su vez, del “cielo” se recibía el llamado a extender los valores

⁴ *Ibidem*, p. 47.

⁵ Weinberg, *Destino Manifiesto. El.....op. cit.*, p. 25.

⁶ Si bien la idea de “ley natural” se remonta a los griegos y a su concepción de que las cosas son justas “por naturaleza”, el cristianismo la adaptó a su propia teología, considerando a la ley natural expresión de la razón eterna de Dios. Las sucesivas escuelas del pensamiento político-jurídico utilizaron el concepto del derecho natural para justificar los derechos de propiedad, las libertades civiles, y con el ascenso del pensamiento democrático, los derechos de la soberanía popular. De esta manera, la democracia se presentó como la necesidad de defender la libertad, el orden y el liderazgo mundial, con el fin de poder “ayudar” a las demás naciones. *Ibidem*, p. 25.

democráticos y su “benigna influencia a las naciones salvajes, esclavizadas e ignorantes”⁷ para que de esa manera reinase universalmente.

A la idea del decreto divino de independencia le seguiría otra doctrina, la de una misión nacional cuya premisa fundamental se basaba en la idea de que los norteamericanos formaban el primer pueblo favorecido por la Providencia con la oportunidad de elegir racionalmente sus formas de gobierno, y por lo tanto de organizarlas sobre el respeto a los derechos naturales.⁸ El pueblo norteamericano se convirtió entonces en el pueblo elegido, encargado de llevar la buena nueva de la democracia al resto del mundo. Con el tiempo y por la necesidad de extender y defender las libertades individuales, se pasó del derecho natural al destino manifiesto; una minoría debía democratizar a la mayoría mundial.⁹ Así, la idea del derecho natural serviría como justificante moral del expansionismo norteamericano.¹⁰

Sus condiciones geográficas con relación a Europa y las guerras napoleónicas que la desgarraban, favorecieron a la nueva nación para lograr rápidamente la consolidación de su nacionalidad. Poco después, en 1812, con el triunfo de la segunda guerra contra Inglaterra, hizo realidad su independencia económica con el inicio de su propia revolución industrial y con mercados internos y externos balanceados. En estas condiciones, Estados Unidos enfrentó a América como hemisferio propio contra Europa por medio de la Doctrina Monroe. Apoyaron los procesos de independencia al sur de sus fronteras en principio sin

⁷ *El destino manifiesto en la historia de la nación norteamericana*, p. 166.

⁸ Weinberg, *Destino Manifiesto. El.....op. cit.*, p. 28.

⁹ En este sentido Jefferson decía respecto a los recién independizados países sudamericanos, que poco a poco había que irlos liberando de la ignorancia y superstición que encadenaba sus metas bajo el despotismo religioso y militar. *El destino manifiesto...op. cit.*, pp. 166-167.

¹⁰ Weinberg, *Destino Manifiesto. El.....op. cit.*, p. 26.

aspirar a adquirir, sino de evitar que estos nuevos países fueran transferidos a potencias europeas.¹¹

A partir de su independencia, Estados Unidos reveló la existencia de intenciones de engrandecimiento territorial.¹² Desde entonces iniciaron un proceso de expansión “justificada” en esos primeros tiempos por la seguridad: “La extensión territorial se relacionaba con la seguridad porque su amplitud menor o mayor permitiría o eliminaría respectivamente la adyacencia de un enemigo de los trece estados”.¹³ La seguridad también era concebida, obviamente, como un derecho natural.¹⁴

Posteriormente se invadieron tierras de indios como resultado del tratado de límites que firmaron con España en el año de 1819, y que se conoce como Adams-Onís; en este caso el argumento sería otro, aunque igualmente efectivo: el uso del suelo configuraba un mandato divino o moral por el cual la raza blanca tenía mayor derecho a la tierra porque la utilizaba según las intenciones del Creador. Así, los norteamericanos justificaron su deseo de anexar tierras ocupadas por una raza “inferior”¹⁵ -que vivía de la caza y de la pesca-,

¹¹ *El destino manifiesto...op. cit.*, p. 170.

¹² John Adams escribía en febrero de 1776 “La voz unánime del continente afirma que Canadá debe ser nuestra; debemos apoderarnos de Québec”. Weinberg, *Destino Manifiesto. El.....op. cit.*, p. 31.

¹³ *Ibidem*, p. 32.

¹⁴ La primera amenaza que suscitó una actitud expansionista fue la perspectiva de que Francia ocupase los territorios del sudoeste. Esta novedad planteó el problema de la seguridad en un punto que parecía la llave de entrada al oeste, pues la potencia que fuese dueña de Nueva Orleans ejercería el control del río que permitía el acceso de los productos del oeste al mar. La seguridad significaba eliminar la contigüidad, no de un enemigo, sino de un ex aliado temido ahora simplemente a causa de su poder. En caso del territorio de Florida, el peligro previsible no era la vecindad de España, débil e impotente, sino la posibilidad de que pasase a manos de otra potencia europea. En este caso y en otros similares era derecho de los norteamericanos -aunque la amenaza fuera hipotética y futura-, prevenir ese peligro mediante la adquisición o la conquista del territorio. *Ibidem*, p. 360.

¹⁵ *Ibidem*, p. 80.

todo esto sin violentar sus instintos morales por sentirse llamados a trabajar, mejorar y producir el suelo.¹⁶

El expansionismo siguió su curso, esta vez fundamentado en que la naturaleza o el orden natural de las cosas fijaban límites a las naciones en general y en particular a Estados Unidos, la nación signada por un destino especial. La idea de los límites naturales era convenientemente flexible ya que se acomodaba a las circunstancias. Cuando determinada extensión territorial no era deseable, se le asignaba a cierto accidente topográfico el carácter de barrera eficaz; pero si dicha región se antojaba valiosa, no se aceptaba la existencia de barreras naturales que estorbase el acceso.¹⁷

Al inicio de la década de 1840 cundió en toda su plenitud la idea del expansionismo. Las cuestiones pendientes de Texas y Oregón pusieron al rojo vivo la oratoria demócrata en la elección presidencial de 1844. Se exaltó la idea de la supuesta superioridad de las instituciones norteamericanas, guardianas de las libertades, no sólo nacionales sino de todo el mundo. Si bien hasta ese momento la difusión de la democracia no había sido la motivación esencial de los expansionistas, a partir de 1840 se convertiría en el principal eje de la ideología popular. Es entonces cuando se difunde la consigna “extensión del área de la

¹⁶ *El destino manifiesto...op. cit.*, p. 167.

¹⁷ Un ejemplo de esto lo encontramos en una editorial del *Nashville Republican and State Gazette* publicado en septiembre de 1829 en donde, después de señalar que aparentemente el río Grande había sido “designado por la mano del Cielo como frontera entre dos grandes naciones de objetivos distintos”, continuaba diciendo que “Otra razón por la cual este río parece destinado a cumplir la función de frontera es la siguiente: De este lado del río Grande el país es propicio, fértil, y muy deseable para el pueblo de Estados Unidos. Del otro lado las tierras son improductivas, los cultivos son imposibles sin irrigación; en suma, están concebidas absolutamente para un pueblo perezoso, pastoril y minero como los mexicanos”. Sin embargo, cuando las apetencias sobre las minas mexicanas aumentaron, el río Grande no pareció una frontera natural, ni tampoco las montañas que se alzaban en la ruta del istmo cuando quisieron controlar la ruta de esa vía fluvial. *Apud. Weinberg, Destino Manifiesto. El... ..op. cit.*, p. 65.

libertad”.¹⁸ En el proceso de expansión, la idea moral de la difusión de la democracia resultaba más importante que los criterios técnicos del derecho internacional.¹⁹

Fue precisamente en este contexto cuando una forma de expansionismo novedosa en el nombre y en la teoría hizo su aparición en los Estados Unidos: era el Destino Manifiesto. Si bien el término no era completamente nuevo, ya que frases como esas habían sido usadas con anterioridad, la combinación de palabras resultaba atractiva y atinada para el estado de ánimo imperante, al grado de que pasaría a formar parte del lenguaje norteamericano. Este concepto significó expansión, preparada de antemano por el Cielo, sobre un área que no estaba claramente definida. Para algunos el Destino Manifiesto significó la expansión sobre los territorios del oeste hasta el Pacífico; para otros sobre toda América del Norte; para otros más, sobre todo el hemisferio.²⁰ Las ideas que defendía resultaron tan seductoras para el público, que atrajo suficientes personas para conformar un movimiento.

Hubo determinados elementos que favorecieron el éxito de esta doctrina. No cabe duda que uno de ellos, fundamental, fue el de los cambios tecnológicos, particularmente aquellos que transformaron los transportes y las comunicaciones. La máquina de vapor transformaba las distancias y los tiempos de recorrido tanto en los ríos como en los océanos y las travesías terrestres. Hacia mediados de la década de los 40’ los proyectos para construir ferrocarriles transcontinentales hacia el Pacífico con rutas por el norte, centro y

¹⁸ *Ibidem*, p. 105.

¹⁹ *El destino manifiesto...op. cit.*, p. 168.

²⁰ Merk, *Manifest Destiny and...op. cit.*, p. 24.

sur, estaban en la boca de todos. Las ferrovías unirían en el futuro cercano al Pacífico con el valle del Misisipi y los Grandes Lagos.²¹

Otro de los factores impulsores fue la idea, en algunos sectores, de la falta de buenas tierras y la necesidad de obtenerlas más allá de los límites establecidos. También influyeron los proyectos de expansión comercial, pues para las industrias manufactureras y los comerciantes resultaba atractivo un continente sin fronteras.²²

Pero una doctrina necesita más que condiciones favorables para ser impulsada, necesita medios de difusión para mantenerse en el aire, y en este sentido el Destino Manifiesto estuvo bien servido. Fue difundido por agencias de propaganda en masa, de las cuales la prensa fue la más importante.²³ No es casualidad que fuera John L. O'Sullivan, el editor de la *Democratic Review* y del *New York Morning News*, quien acuñara la potente frase “Destino Manifiesto” en una editorial que se refería al asunto de Texas en julio y agosto de 1845.²⁴ Dicha editorial afirmaba que “el Dios de la naturaleza” había preestablecido la incorporación a Estados Unidos de Oregón y de todos los restantes territorios continentales;²⁵ proclamaba que “la realización de nuestro *Destino Manifiesto* consistía en extenderse por el continente asignado por la Providencia para el libre desarrollo de nuestros millones de habitantes, que se multiplicaban con los años”.²⁶ Así apareció por primera vez este concepto como tal.

²¹ *Ibidem*, pp. 50-51

²² *Ibidem*, p. 53.

²³ Esto se debió a varios factores, desde la aplicación de nuevas máquinas que hicieron posible la prensa de impresión rápida, el uso del telégrafo, el transporte express, el envío de paquetería por ferrocarril, hasta la introducción de nuevas formas de atracción del público, como las noticias sensacionalistas. *Ibidem*, p. 56.

²⁴ *Democratic Review*, apud. *Ibidem*, p. 27.

²⁵ Weinberg, *Destino Manifiesto. El.....op. cit.*, p. 69.

²⁶ *El destino manifiesto...op. cit.*, p. 164.

Esta propaganda tuvo un lenguaje característico en el que destacaron frases como “guerra de liberación”, “regeneración de los oprimidos”, “mejor uso de los dones de la Providencia”, “derechos superiores de los elegidos por Dios”, etc.²⁷ Estas frases y lemas sirvieron a los políticos en propósitos específicos. Estuvo también presente en esta propaganda el espíritu de Misión con su mensaje de dedicación a los valores perdurables de la civilización americana.

Precisamente en esos años el presidente Polk implementó como parte de su política expansionista el Destino Manifiesto. Las consignas ya mencionadas y otras como “raza anglo-sajona”, “Todo México” y “Principios de Monroe” le rindieron un valioso servicio en la promoción de la causa que encabezó para extender el territorio americano hasta el Pacífico, el mayor avance territorial alcanzado por una sola administración en la historia de la República. Los principales objetivos de esta política fueron Texas, Oregón y California.²⁸ Tan pronto como llegó a la Casa Blanca, Texas fue anexado a los Estados Unidos. Como respuesta a esta decisión, México declaró una guerra que había sido prevista por los expansionistas norteamericanos a través de la prensa y cuyo resultado, anticiparon, sería la adquisición de California.²⁹ La pareja de Texas y California fue uno de los temas favoritos de este círculo; incluso en Europa se predecía que a donde fuera un territorio, iría también el otro.³⁰

Para los estadounidenses, la adquisición de Texas no tenía nada que ver con las acciones de conquista e invasión de los europeos, ya que, según una editorial del *New York*

²⁷ Merk, *Manifest Destiny and ...op. cit.*, p. 226.

²⁸ *Ibidem.*, p. 81.

²⁹ *Idem.*

³⁰ *Ibidem*, p. 83.

Morning News, su camino pasaba no sobre naciones, sino sobre desiertos yermos en espera de la industria y la energía que rige el dominio del arte y la civilización, “Estamos contiguos a una vasta porción del globo, jamás pisada, salvo por los salvajes y las bestias, y somos conscientes de nuestro poder para rendirle con ella tributo al hombre”.³¹ Por otra parte se reclamó la anexión de California con el argumento de que los mexicanos habían fallado en el aprovechamiento de la “tierra del Edén”, atribuyendo las causas a una burocracia incompetente, un estado de anarquía degenerativo y una población perezosa. Si esas áreas formaran parte de la confederación norteamericana, el pueblo valoraría sus bendiciones y las desarrollaría en bien de la humanidad.³²

Así, la guerra contra México era legítima y justa; no sólo estuvo motivada por el expansionismo, sino también por la necesidad de castigar la arrogancia y la locura mexicanas.³³ El estallido del conflicto aumentó la antipatía norteamericana hacia México y la convirtió en apasionada hostilidad.³⁴ El mismo O’Sullivan quien inicialmente se mostró crítico³⁵ pronto viró hacia una política mucho más racional según la cual los Estados Unidos tendrían que cobrar de alguna manera los sufrimientos, las vidas y el gasto derramados en México. California, de valor inestimable, tenía una comunidad americana creciente; de una u otra forma, se convertiría en americana, y que mejor que obtenerla en forma de indemnización. Así, además, los costos pecuniarios de la guerra no se habrían gastado del todo.

³¹ *New York Morning News*, apud, *Ibidem*, p. 25.

³² *Hartford Times*, apud. *Ibidem*, p. 31.

³³ Weinberg, *Destino Manifiesto. El.....op. cit.*, p. 164.

³⁴ Whitman, apud, *Idem*.

³⁵ O’Sullivan criticó las decisiones de la administración respecto a la guerra y a los preparativos a gran escala porque sólo servían para “asustar a nuestro miserable y pequeño adversario.” *Ibidem*, p. 108.

Con la prolongación de la guerra y la negativa de los mexicanos a aceptar su derrota, los reclamos de indemnización territorial aumentaron hasta el extremo de sugerir una ocupación temporal de todo el territorio mexicano para garantizar el cumplimiento del tratado de paz. Es en este contexto cuando llega a su clímax el movimiento demócrata llamada Todo México, que buscaba la anexión de este país o de al menos muchas de sus provincias a los Estados Unidos.³⁶ Este proyecto tenía como misión enseñar que el hombre es capaz de gobernarse a sí mismo con los más elevados principios morales y políticos en beneficio de la especie humana utilizando como modelo el sistema norteamericano.³⁷ El prospecto de la obtención de la ciudadanía americana bien valía el sacrificio de la ocupación del territorio.³⁸ Este proyecto tuvo tanta influencia que incluso fue considerado y discutido por el gabinete.³⁹

Hacia diciembre de 1847, se puede decir sin exagerar, que casi todos los periódicos especulaban con la anexión del territorio íntegro de México. Un editorialista en Filadelfia explicaba de forma clara los motivos por los cuales se debía conquistar y anexar este país:

Para eliminar un vecino hostil; para prevenir que se convierta en un vecino hostil y peligroso en manos de los europeos; para que se nos permita dominar el Pacífico y el Golfo de México; ... para desarrollar en beneficio nuestro y del mundo los grandes recursos de México; para redimir al pueblo mexicano de la anarquía, la tiranía y la degradación; para recuperar la seguridad, la civilización y el progreso; para mantener a

³⁶ James McPherson, *Battle Cry of Freedom: The Civil War Era*, p. 50.

³⁷ Merk, *Manifest Destiny and...op. cit.*, pp. 262-263.

³⁸ *Ibidem*, pp. 264-265.

³⁹ *Ibidem*, p. 116.

*Cuba lejos de las manos de nuestros astutos, infatigables e inescrupulosos rivales, los británicos; para facilitar la eliminación de esos rivales en este continente; para abrir México como un gran mercado para nuestras manufacturas, un gran productor de ese material (plata) a través del cual dominamos las manufacturas de Europa; para prevenir que la monarquía gane terreno adicional en el continente americano, norte o sur, y así facilitar su completo retiro.*⁴⁰

Según los expansionistas norteamericanos los mejores elementos de la sociedad mexicana deseaban la incorporación de su nación a la Unión Americana.⁴¹ Esta suposición no carecía de bases ya que descansaba en la visión de algunos Puros, nombre que se le daba a un grupo político mexicano de radicales, bien conocido por su proyecto reformista, o purista, en cuanto a la administración y anticlerical en la relación Iglesia-Estado, por lo que admiraban la tradición norteamericana que separaba ambas instituciones. Algunos de ellos, por no poder llevar a cabo las reformas desde adentro, se prepararon para aceptarlas desde fuera con la incorporación del país a los Estados Unidos; con ello esperaban alcanzar el alto nivel de avance que esa unión haría posible para todos. “Ellos ven, en nuestro avance, amaneceres de días más brillantes para ellos y para sus niños, y con feliz anticipación

⁴⁰ *Public Ledger, apud, Ibidem*, pp. 124-125.

⁴¹ No deja de sorprender que esta opinión ha permanecido entre algunos autores como Weinberg, quien afirma en su libro que, si bien los Estados Unidos tenían más posibilidades que nunca de anexarse todo el territorio de México podría haberse obtenido la anexión luchando contra una oposición relativamente escasa del pueblo mexicano; pues si bien los expansionistas invariablemente declaran que el pueblo común de la región deseada se manifiesta a favor de sus conquistadores, en este caso, según el autor, ocurrió que en general tenían razón. Weinberg, *Destino Manifiesto...op. cit.*, p 176. Más adelante continúa diciendo que aunque en 1848 los pobres mexicanos en general deseaban y quizá necesitaban ingresar en la Unión se les abandonó a su suerte porque en el último momento los expansionistas norteamericanos prefirieron la regeneración de los territorios a la regeneración de pueblos por los cuales no sentían simpatía. *Ibidem*, p. 184.

perciben nuestro azul tachonado con sus estrellas. Ellos no ven refugio salvo en nuestras instituciones libres, y protección en nuestro poder, y no desean otra nacionalidad que aquella que, una unión con nosotros les daría [...]”⁴² No se puede saber cuántos Puros sostuvieron este punto de vista. Su líder, Gómez Farías, no estaba entre ellos. Para los expansionistas eran muy numerosos; para los no expansionistas eran muy pocos.⁴³ Lo que sí es claro es que, puros o no puros, a muchos mexicanos las instituciones norteamericanas les despertaron fascinación y admiración al grado de promover movimientos anexionistas. Pero tampoco hay duda de que hubo también grupos de antinorteamericanos, particularmente entre los conservadores monárquicos quienes, como Lucas Alamán, vieron en las instituciones imperiales francesas un ejemplo a seguir y en Napoleón III un garante de la independencia y contrapeso de los Estados Unidos.⁴⁴

Por otra parte, las perspectivas de absorber ocho millones de seres de raza mixta, de arrasar una república de idioma extraño y de mantener una provincia subyugada por tiempo indefinido, fueron rechazadas por el público norteamericano. Para contrarrestar esta tendencia, los expansionistas cubrieron la posible anexión con una envoltura agradable: la “regeneración”,⁴⁵ dando con ello un giro completo a la tradicional política expansionista que hasta ese momento se había interesado por la adquisición de regiones despobladas o bien, ocupadas por colonos norteamericanos o por poblaciones extranjeras demasiado

⁴² Esto lo dijo el demócrata Middle Westerner, Breese, de Illinois, y era una visión compartida por Buchanan. *Congressional Globe*, apud. Merk, *Manifest Destiny and...op. cit.*, p. 161.

⁴³ *Ibidem*, p. 224.

⁴⁴ André Levasseur, apud, Crook-Castan, *Los movimientos monárquicos mexicanos*, op. cit., p. 143. Me parece muy curioso que pretendieran salvar a la patria de la amenaza norteamericana echándola en los brazos de Francia.

⁴⁵ Esta campaña estuvo a cargo de los principales editores expansionistas con inclinaciones demócratas de la costa Noreste (Boston, Nueva York, Filadelfia y Baltimore) Merk, *Manifest Destiny and...op. cit.*, pp. 121-122.

pequeñas para crear un problema grave de asimilación.⁴⁶ Fue así como, durante la guerra contra México, el Destino Manifiesto cobró una connotación supuestamente altruista que permaneció visible en la mayor parte de la historia ulterior de la expansión norteamericana. Dicho en palabras de un expansionista, “la providencia nos llamó a regenerar una población decadente”.⁴⁷ Antes de eso, la regeneración no había sido parte del pensamiento del gobierno americano.⁴⁸

La posible anexión de todo el territorio mexicano estaba entonces en armonía con el designio de la providencia que pedía la salvación de un pueblo oprimido.⁴⁹ Se le da entonces una nueva explicación a la mala situación de México. Ya no se atribuía la responsabilidad de sus infortunios a los habitantes, sino que se concedía generosamente que la culpa era imputable a los gobernantes del país y que el propio pueblo mexicano constituía un adecuado objeto de simpatía.⁵⁰ Un buen gobierno curaría y regeneraría los males. El expansionismo de la guerra mexicana anticipó la ideología de la carga del hombre blanco, puesto que aceptó la existencia de una obligación frente a los pueblos de piel más oscura.⁵¹

⁴⁶ “... la política tradicional excluía la anexión de México porque la mayor parte de esa nación estaba habitada densamente por un pueblo cuyas dos terceras partes eran indias o negroides”. Weinberg, *Destino Manifiesto. El..... op. cit.*, p. 158.

⁴⁷ Justin H. Smith, *apud. Ibidem*, p. 159.

⁴⁸ The Herald de Nueva York publicaba por esos días: “La universal nación yanqui puede regenerar y liberar al pueblo de México en pocos años; y creemos que es parte de nuestro destino civilizar ese bello país y capacitar a sus habitantes para apreciar algunas de las numerosas ventajas y bendiciones de las cuales gozan” *apud. Ibidem*, p. 77.

⁴⁹ En palabras de un poblador de Pensilvania, era “la ejecución religiosa de la gloriosa misión de nuestro país, bajo la dirección de la Divina Providencia, para civilizar, cristianizar, y elevar de la anarquía y la degradación a un pueblo muy ignorante, muy indolente, perverso e infeliz.” *Washington Daily Union*, octubre 22, 1847.

⁵⁰ Weinberg, *Destino Manifiesto. El..... op. cit.*, pp. 172-173.

⁵¹ *Ibidem*, p. 176. Había sin embargo diferencias de opinión respecto a la supuesta misión regeneradora. Albert Gallatin, antiguo secretario del Tesoro durante el gobierno de Jefferson, declaraba con relación a la

Los reclamos de la oposición no se hicieron esperar en contra del proyecto Todo México. Uno de los temas más controvertidos fue el de la ciudadanía:⁵² si se absorbía todo México, ¿se les concedería la ciudadanía a personas de color? ¿Qué efectos podría traer esto en la Unión? Mantener a los negros en la esclavitud podría ser objetado por algunos nortños, pero incluso ellos estarían en contra de elevarlos a la categoría de ciudadanos. La idea de ceder este derecho a todos los habitantes de razas mixtas de México –lo que sería ineludible en caso de que se absorbiera este territorio- resultaba horroroso.⁵³ Según los opositores a dicho proyecto, la doctrina del Destino Manifiesto era optimista en cuanto al poder que tenía el hombre sobre la naturaleza, pero respecto a los hombres, muy poco se esperaba. En esta época se tenía claro que la capacidad del buen gobierno variaba entre las razas por lo que era un error pensar que las instituciones y privilegios de la constitución americana se podían ajustar a todos los pueblos. El tipo de gobierno americano era un asunto de hombres blancos y la Constitución, un producto del crecimiento histórico e incluso un regalo de la Providencia al pueblo americano.

En lo que concierne a las cuestiones que involucraban a las razas de colores, sus características y su admisibilidad como ciudadanos de la Unión, se puede afirmar que la opinión del Sur *whig* estaba más unificada que la del Norte.⁵⁴ De hecho, el sentimiento de los sureños era firme e independiente del partido, de acuerdo a la tendencia de fusionar en un conglomerado emocional posiciones respecto a mexicanos, negros libres y la ética de

afirmación de que el sometimiento de México sería un medio de “esclarecer” a los mexicanos, que no había sido “sino el vacío intento de disimular una codicia y una ambición ilimitadas.”

⁵² Este fue uno de los temas mas difundidos en la prensa antiexpansionista.

⁵³ Merk, *Manifest Destiny and ... op. cit.*, p. 192.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 161

esclavizar una raza.⁵⁵ En este tema coincidían con muchos demócratas tan destacados como el ex vicepresidente y vocero de la sección, John Calhoun, cuyos postulados raciales dirigidos al Congreso son incuestionables: sólo los caucásicos están invitados a incorporarse a la Unión.⁵⁶ Esta visión fue seguramente la que imperó en la toma de decisiones ya que, cuando terminó la guerra y se firmó el tratado de Guadalupe-Hidalgo por el cual los Estados Unidos se anexaban la Alta California y Nuevo México –muy escasamente poblados-, este país dejó a la gran masa de mexicanos fuera de la Unión, sin posibilidades de regeneración y al margen del “área de la libertad”. No cabe duda que la aceptación de dicho tratado tomó muy en cuenta la incorporación de una población mexicana excesivamente numerosa.⁵⁷ Los antiexpansionistas ya habían advertido enérgicamente que se opondrían –como en efecto lo hicieron- a la unión con ese “horrendo cuerpo muerto”.⁵⁸

Resulta curioso que alrededor de la posible regeneración de los mexicanos, se discutiera también el monto de tiempo necesario para ello. Este varió desde un rotundo “nunca”, hasta relativamente poco tiempo, pasando por los cien años propuestos por O’Sullivan. Mientras más intensa era la impaciencia por la anexión, menor era el período requerido para la regeneración.⁵⁹

⁵⁵ *Idem.*

⁵⁶ *Congressional Globe, apud, Ibidem*, pp. 162 -163.

⁵⁷ Weinberg, *Destino Manifiesto. El.....op. cit.*, p. 177.

⁵⁸ A pesar del ansia de tierra, la perspectiva de una fusión con pueblos presuntamente inferiores calmó el apetito y determinó que la ambición de dominio continental fuese pospuesta para un futuro distante. Antes, las regiones continentales ocupadas por pueblos inferiores debían ser fumigadas primero por los pioneros norteamericanos, quienes en definitiva “norteamericanizarían” el continente. *Ibidem*, pp. 160-177.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 164.

Si bien seguidores y detractores de la causa de Todo México son tendencias generales que no pretenden crear la idea de grupos limitados y bien definidos, autores como Merck afirman que es un mito que la agitación de Todo México fuera bipartidista. El Destino Manifiesto, al menos durante esos años, fue una doctrina esencialmente demócrata.⁶⁰

En la década de 1850 los grupos de apoyo al Destino Manifiesto dieron la vuelta. Mientras que en los años 40 el Sur no había mostrado mayor entusiasmo ni por la anexión de Oregón, ni por el proyecto Todo México –al que incluso atacaron-⁶¹ en los 50' la parte septentrional de México se convirtió en blanco principal de los proyectos sureños en un intento por salvar al sistema esclavista y al equilibrio de la representación entre Norte y Sur en el Congreso de los Estados Unidos. Sólo mediante la agregación de nuevos estados esclavistas sería factible restablecer el equilibrio y fortalecer la posición del Sur en la legislatura nacional.⁶² Esta motivación de carácter político es, sin duda, la más evidente para comprender el fervor expansionista que agitó al Sur a lo largo de esta década. Obviamente, la anexión de nuevos territorios también ofrecía atractivos importantes desde

⁶⁰ Vid. *Ibidem.* y McPherson.

⁶¹ Particularmente los *whigs* sureños, entre ellos Calhoun y Alexander H. Stephens. Merk, *Manifest Destiny and...op. cit.*, p. 210.

⁶² Para muestras, un botón: en los últimos años de la década de los cincuenta surgió también una curiosa organización que anunció un ambicioso programa expansionista, los “Caballeros del Círculo Dorado”, que proponía la creación de un imperio esclavista mediante la anexión de México, Cuba, las Antillas y Centroamérica; México serviría como un primer campo de prueba para la introducción de la mano de obra esclava. El objetivo principal era fortalecer la posición del Sur dentro de la Unión, o bien, en caso de ruptura con el Norte, fundar una confederación de estados sureños, en cuyo caso esta asociación consideraba más que deseable asegurar el dominio sobre México y sus recursos. El autor considera que, aunque es difícil evaluar el verdadero peso de esta especie de logia, su aparición y sus objetivos fueron saludados con entusiasmo por numerosos periódicos sureños, y al parecer reunía en sus filas a varios funcionarios estatales y federales de primer nivel. Gurza Lavalle, *Una vecindad efímera, op. cit.*, pp. 34-35.

el punto de vista económico.⁶³ Incorporar tierras mexicanas al “reino del algodón” tendría – según ellos- consecuencias parecidas a las que años antes había producido el avance hacia el oeste. Además, la mítica riqueza mineral de México y unas reservas de plata que parecían inagotables, constituían un objeto adicional de las ambiciones sureñas. El istmo de Tehuantepec ocupaba también un lugar importante en los anhelos regionales de riqueza y crecimiento económico de los sureños. La cercanía de éste a las costas de los estados meridionales del Golfo de México, así como la expectativa de construir en el futuro próximo un ferrocarril que uniera los dos océanos en esa angostura del continente, alimentaban la ilusión de convertir a Nueva Orleans en un punto obligado de escala para el comercio internacional dirigido a China y al Oriente. Esto ayudaría al Sur en la búsqueda de su independencia económica respecto al Norte, tema que fue ganando importancia conforme se intensificaba la rivalidad entre ellos. El Sur debía arreglárselas para procurar su propia expansión comercial en el exterior. De ahí que México y la ruta de Tehuantepec se convirtieran en un escenario de primer orden para dar los pasos iniciales hacia la deseada expansión mercantil.⁶⁴

El ascenso del demócrata Pierce a la presidencia de Estados Unidos (1853-1857) llevó a primer plano un expansionismo consciente, ambicioso y agresivo que en los hechos no pasó de ser una serie de tentativas frustradas de compra territorial.⁶⁵ La única excepción

⁶³ *Ibidem*, p. 16.

⁶⁴ El productor sureño necesitaba del naviero neoyorkino o novoinglés para exportar sus mercancías, mientras que el consumidor tenía que comprar a precios inflados todo artículo europeo debido a que en su mayoría estos pasaban por un intermediario norteamericano antes de llegar al Sur. México, con la cercanía de sus puertos en el Golfo, ponía al Sur en una situación ideal para asegurar una órbita comercial propia, con la posibilidad de exportar directamente sus productos y de ser el intermediario en la introducción de géneros europeos a ese país. *Ibidem*, p. 29.

⁶⁵ Entre las cuales destacaron sus ambiciones sobre la isla de Cuba.

fue la adquisición de La Mesilla, fundamental para la realización del proyecto del ferrocarril transcontinental, cuyo trazado pasaba por dicho territorio. Para ello consiguieron del gobierno de Santa Anna la cesión del territorio al sur del Gila y además el otorgamiento del derecho de tránsito a través del istmo de Tehuantepec a cambio de \$10 000 000.⁶⁶

Cuando la administración de Buchanan, -demócrata y expansionista como su antecesor- llegó al poder (1857-1861), México atravesaba por una situación caótica, particularmente en la frontera norte. El presidente utilizó el argumento de la seguridad, según el cual era esencial la anexión de parte de este turbulento territorio. En su mensaje de 1858 propuso la ocupación de Sonora y Chihuahua y al año siguiente la penetración militar para prevenir la violación de la “política establecida” de Estados Unidos⁶⁷ y proteger sus intereses económicos y comerciales en la zona. Fue la primera vez que se utilizaron los desórdenes políticos como pretexto para una intervención: el caos de los países adyacentes imponía un “manifiesto destino” de anexión con el fin de eliminar la molestia.⁶⁸ La propuesta del presidente Buchanan se basó en la premisa de que en su condición de “buen vecino” debían “dar una mano” al Partido Constitucional, amigo de Estados Unidos y presumiblemente bien dispuesto hacia una intervención dirigida contra otra posible intervención de una nación europea. Sin embargo el Congreso, controlado por los republicanos herederos de los *whigs*, rechazó dichas propuestas.⁶⁹ Durante la presidencia de

⁶⁶ Cabe mencionar que Pierce no pudo conseguir en este trato la península de Baja California. Merk, *Manifest Destiny and...op. cit.*, p. 208.

⁶⁷ Richardson, *Messages, apud*, Weinberg, *Destino Manifiesto. El.....op. cit.*, p. 363.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 407.

⁶⁹ *Vid.* Merk, *Manifest Destiny and...op. cit.*, pp. 208-209. Con esta misma lógica, el representante Cox propuso en 1859 el establecimiento de un protectorado sobre México y la anexión de ciertas provincias mexicanas, además formuló la ley “inexorable” de que “las naciones más débiles y desorganizadas deben ser

Buchanan, el senado también desechó el tratado McLane-Ocampo.⁷⁰ Los republicanos se negaron a poner en manos del presidente un instrumento que le proporcionaría facultades de injerencia tan extensas en los asuntos mexicanos. Además, la orientación regional del rechazo demuestra que los legisladores norteños temían que las ventajas del tratado beneficiaran exclusivamente al Sur.⁷¹

Otra forma de expansionismo que floreció durante esta década fueron las aventuras privadas que recibieron el nombre de “filibusterismo”: “México, Nicaragua y Cuba fueron objeto de las atenciones de impetuosos filibusteros norteamericanos, bandas de individuos ambiciosos y románticos que, a pesar de las leyes de neutralidad de su patria, intentaron audazmente derrocar a los atrasados gobiernos tropicales”.⁷² En efecto, al margen de las vías oficiales varios grupos de sureños exaltados, decepcionados por la lentitud e ineficacia de los medios legales y diplomáticos, se embarcaron en incursiones de esta naturaleza. El autor Gurza Lavalle nos dice que aunque sería exagerado reducir este fenómeno a un afán plenamente consciente de extender la esclavitud y lograr anexiones territoriales que fortalecieran la presencia del Sur en el gobierno nacional, es indiscutible que los objetivos

absorbidas por las más fuertes y organizadas”. *Congressional Globe*, 35° Cong., 2a. sesión, *apud*. Weinberg, *Destino Manifiesto. El.....op. cit.*, p. 205.

⁷⁰ El gobierno del presidente Buchanan aprovecha la oportunidad que el desorden en México ofrece; reconoce y apoya al régimen de Juárez por recomendación del agente confidencial norteamericano en México, William Churchwell, quien confiaba en poder firmar un tratado que asegurara a Estados Unidos la soberanía sobre Baja California y el tránsito por Tehuantepec a cambio de proteger a México de una intervención europea. El resultado fue el tratado McLane-Ocampo firmado el 1° de diciembre de 1859 y ratificado por el presidente Juárez por el cual, si bien no se cedía ningún territorio, México concedía a los norteamericanos, a cambio de 4 millones de pesos por el derecho de tránsito a perpetuidad por el istmo de Tehuantepec; el derecho de tránsito a través del noroeste del país; el derecho de proteger las concesiones de tránsito obtenidas con fuerzas militares norteamericanas, con previo consentimiento del gobierno mexicano, o, en casos de emergencia, sin él; y un convenio de libre intercambio comercial de ciertas mercancías. Cosío, *Historia General de México, op. cit.*, p. 599.

⁷¹ De los 27 votos en contra, 23 fueron emitidos por senadores pertenecientes a los estados septentrionales. Gurza Lavalle, *La vecindad efímera, op. cit.*, p. 27.

⁷² Weinberg, *Destino Manifiesto. El.....op. cit.*, p. 203.

regionales constituyeron un ingrediente importante en esa ola de expediciones filibusteras,⁷³ pues parte sustancial del apoyo que éstas recibieron tuvo origen en la convicción de que su forma de operar, aunque ilegal, podría proporcionar al Sur considerables ganancias políticas y materiales.⁷⁴ No pocos norteamericanos, incluyendo gobernadores y legisladores, vieron con aprobación los esfuerzos ilegales de sus compatriotas como parte de los esfuerzos del Destino Manifiesto, las leyes naturales, la lucha entre el fuerte y el débil y la difusión de la civilización norteamericana en regiones sumidas en la ignorancia.⁷⁵ Los tiempos habían cambiado. Había quedado atrás el ánimo altruista de regeneración. Por el contrario, estas ideas chocaron con más fuerza que nunca contra la repugnancia de otorgar la ciudadanía a millones de personas de razas mixtas.⁷⁶ El Destino Manifiesto fue menos incluyente de lo que había sido como concepto. Geográfica y

⁷³ Entre las expediciones filibusteras más notable por sus consecuencias está la que tuvo lugar a principios de 1857 dirigida por Henry Alexander Crabb, abogado originario de Tennessee, conocido por sus agresivas opiniones esclavistas. En ese año Crabb visitó Sonora con varios colaboradores; al ver que la guerra civil asolaba la región, regresó a California para preparar una verdadera expedición militar y propiciar la anexión de Sonora a los Estados Unidos. Para ello organizó la *Arizona Colonization Company* a la que se unieron muchos hombres, la mayoría de ellos inmigrantes de los estados sureños convencidos de la honorable misión de agrandar la esfera de los estados esclavistas al mismo tiempo que se ganaba fama y riqueza. Junto con más de cien partidarios, Crabb desembarcó en San Pedro, California, y de allí avanzó por tierra rumbo al desierto de Altar. Si bien no se puede decir que haya gozado de estímulos, sí lo hizo de la plena impunidad que le otorgaron las autoridades de su estado. Cuando llegó a Sonora se presentó como amigo, aunque amenazó a aquellos que se propusieran poner obstáculos a sus propósitos pues no vacilaría en usar las armas. El gobernador Ignacio Pesqueira organizó la resistencia contra los invasores. El filibustero fue conminado a abandonar el país, pero insistió con que sus refuerzos llegarían pronto y continuó su marcha. En Caborca el núcleo principal de sus colaboradores fue sitiado y, después de varios días de asedio, se rindieron los que aún quedaban vivos. Todos, excepto un niño de doce años, fueron pasados por las armas. La reacción en los Estados Unidos fue violenta. En sus mensajes al Congreso de 1859 y 1960 el presidente James Buchanan pidió autorización para entrar a México con fuerzas militares y evitar que continuasen los daños a ciudadanos y bienes norteamericanos; y la prensa estadounidense levantó entre sus lectores oleadas de indignación. Sin embargo, el castigo impuesto a Crabb fue tan efectivo que ya no hubo otra verdadera expedición filibustera contra México en el siglo XIX.

⁷⁴ Gurza Lavalle, *La vecindad efímera*, op. cit., p. 31.

⁷⁵ Weinberg, *Destino Manifiesto. El.....op. cit.*, p. 204.

⁷⁶ Merk, *Manifest Destiny and...op. cit.*, p. 209.

racialmente se convirtió en selectivo.⁷⁷ El espíritu predatorio se manifestó como un desarrollo natural, lo mismo que la idea de expansión.⁷⁸ Por lo que la concepción de una ley del crecimiento influenciada por la ciencia de la biología, pareció una versión nueva y científica de la idea del Destino Manifiesto.⁷⁹ Darwin, con su teoría de la evolución animal aplicada al hombre, apoyó la supervivencia y triunfo de los más aptos. El germen expansionista se daba como algo biológicamente vital, como una enredadera que se apodera inconteniblemente de las superficies. Con todo, permaneció la necesidad de justificar moralmente los hechos para recubrir las heridas causadas.⁸⁰ Cada hecho histórico – expansión, anexión, conquista- fue justificado a partir del núcleo interpretador del Destino Manifiesto.⁸¹

Paralelo a este proceso de expansión hacia el exterior de los Estados Unidos, se desarrollaba otro muy distinto en su interior. Si bien los motivos del conflicto y de las divergencias se habían gestado durante muchos años, en la década de 1850 las diferencias entre Norte y Sur dominaron sobre las similitudes y generaron un conflicto inevitable. Aunque ambas regiones compartían la misma lengua, la misma Constitución, el mismo sistema legal, el mismo compromiso hacia las instituciones republicanas y la misma religión protestante predominante, las bases de sus respectivos sistemas de producción habían creado con el tiempo dos sociedades cuyas diferencias se ensanchaban en todos los ámbitos. Para el inicio de la década de los 60, la proporción de la fuerza laboral dedicada a

⁷⁷ Por ejemplo, mientras que la Norteamérica británica les parecía a los expansionistas más que nunca una parte de los Estados Unidos por el designio del Cielo, México con su mezcla de razas no era atractivo. *Ibidem*, p. 210.

⁷⁸ Weinberg, *Destino Manifiesto. El.....op. cit.*, p. 186.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 194

⁸⁰ *El destino manifiesto...op. cit.*, p. 168.

⁸¹ *Ibidem*, p. 169.

la agricultura había caído de un 70 a un 40 por ciento en el Norte, mientras que en el Sur la proporción se había mantenido constante en un 80 por ciento; sólo el 10 por ciento de los sureños vivían en lo que el censo clasificaba como áreas urbanas, comparado con una cuarta parte de los nortños; siete octavos de los inmigrantes se asentaron en estados libres; los hombres más prominentes de la preguerra, los que habían seguido la carrera militar eran dos veces más en el Sur que en el Norte, mientras que dicha proporción se invertía en los hombres distinguidos en la literatura, las artes, la medicina y la educación; en negocios, la proporción de los yanquis era tres veces mayor, y entre ingenieros e inventores era seis veces mayor; casi el doble del porcentaje de jóvenes del norte asistía al colegio; cerca de la mitad de los sureños (incluidos los esclavos) eran analfabetas en comparación con el 6 por ciento de los que residían en los estados libres.⁸² Pero debajo de todas estas diferencias estaba la de la “peculiar institución”. En este tema, el Norte y el Sur no sólo eran dos pueblos distintos sino que eran dos pueblos rivales y hostiles. En tanto la controversia de la esclavitud se enfocó en la moralidad de la institución en donde ya existía, el sistema de dos partidos se las arregló para contener las pasiones que provocaba. Pero cuando a partir de la década de 1840 la controversia se empezó a enfocar en la expansión de la esclavitud en los nuevos territorios, el enfrentamiento se convirtió en irreprimible.⁸³

Hasta entonces había funcionado un sistema de dos partidos en el que dominaba el Partido Demócrata; desde 1828 ese partido había sido el instrumento perfecto para ganar elecciones. Lo único que hacía falta para que se eligiera un presidente de su gusto era mantener la unidad del Sur y asegurarse de obtener una porción razonable del Norte;

⁸² Vid. McPherson, *Battle cry of...op. cit.*

⁸³ *Ibidem*, pp. 39-41.

después, una vez que su hombre estuviera instalado en la Casa Blanca, debían conseguir que nombrara nuevos jueces en la Corte Suprema a fin de garantizar una interpretación sureña de la Constitución. En las elecciones de 1852 los demócratas lograron mantenerse unidos en torno a un programa de campaña que prometía “respetar y apoyar la fiel ejecución de los actos conocidos como Medidas de Compromiso”.⁸⁴ Sin embargo, en 1854 se aprobó la ley Kansas-Nebraska que permitía a la población decidir si querían o no que rigiera en su territorio el sistema esclavista. Al dejar la cuestión de la esclavitud sujeta al voto popular, esta legislación implicaba la posibilidad de que el sistema de servidumbre involuntaria se extendiese hacia un área que había estado vedada por el Compromiso de Misuri.⁸⁵ A raíz de estos acontecimientos -en mayo de 1856- se vivió ahí una guerra civil en miniatura cuando se enfrentaron abolicionistas contra esclavistas. Un conflicto general era sólo cuestión de tiempo.

Otra consecuencia de la ley Kansas-Nebraska fue la pulverización de lo que quedaba del Partido *Whig*. Los lazos entre las secciones sureña y norteña, ya de por sí frágiles, no resistieron la controversia interna desatada por la ley y terminaron por romperse. Ninguno de los *whigs* del Norte dio su voto a favor, mientras que prácticamente todos los miembros sureños le brindaron su apoyo.⁸⁶ De esta fragmentación surgiría un nuevo partido, con una militancia exclusivamente norteña y poco dispuesto a seguir

⁸⁴ Se refiere al Compromiso de Misuri (1819), transacción para dividir de manera equitativa el territorio de la compra de la Luisiana entre el Norte y el Sur. El compromiso estableció la línea de los 36° 30' latitud norte como límite del área de posible extensión de la esclavitud, con lo cual pudo asegurarse el equilibrio entre estados libres y esclavistas hasta 1850. Gurza Lavalle, *La vecindad efímera*, op. cit., p. 20.

⁸⁵ *Idem.*

⁸⁶ *Idem.*

contemporizando con los intereses del Sur: el Partido Republicano (1856)⁸⁷ del cual Abraham Lincoln no tardó en convertirse en paladín. Su primer candidato a la presidencia, John Charles Frémont, fue derrotado por el demócrata James Buchanan. Durante su administración, los sureños buscaron expandir la esclavitud a los nuevos territorios, para lo cual también se debía autorizar nuevamente el tráfico de esclavos (con esta medida el costo de éstos reduciría considerablemente). Pero los hechos demostraron la decadencia inexorable del poder político del Sur. En 1858 se incorporó a la Unión un nuevo estado no esclavista, Minesota, al que siguió Oregón en febrero de 1859, mientras que a Kansas, que era un territorio esclavista, se le negó la incorporación. En el Congreso el equilibrio quedó definitivamente roto, ahora el Sur era minoría en el Senado⁸⁸ y la brecha en la Cámara de Representantes era enorme: 147 del Norte contra 90 del Sur.⁸⁹ La expansión del Sur era urgente.

Pero la esclavitud no era la única cuestión que enfrentaba al Norte contra el Sur. Otro conflicto grave era que el Norte estaba a favor de los aranceles altos para proteger su industria, mientras que el Sur, dependiente del abastecimiento de productos ingleses fundamentalmente, los quería rebajar. También había profundas diferencias en lo tocante a la estrategia ferroviaria. Durante la década de 1850 los intereses ferroviarios del nordeste y el noroeste comenzaron a converger lentamente, lo que a su vez desembocó en una alianza entre los industriales del este que propiciaban los aranceles altos, y los granjeros del oeste

⁸⁷ El 29 de mayo, en Bloomington, se inauguró la sede del nuevo Partido Republicano en Illinois, en el que confluyeron miembros del grupo *Free Soil*, *whigs* y muchos elementos locales. Lincoln pronunció el discurso inaugural; había decidido contribuir a la creación del nuevo partido con la intención primordial de evitar la extensión de la esclavitud. Johnson, *Estados Unidos, op. cit.*, pp. 415-416.

⁸⁸ Tenían 30 senadores contra 36 del Norte. *Ibidem*, p. 407.

⁸⁹ *Ibidem*, pp. 397-407.

que pedían que se rebajara el precio de las tierras o se les entregaran gratuitamente. Esta fue la base del poder del nuevo Partido Republicano y el Sur vio en todo ello un complot que fue, por cierto, lo que precipitó su fin. Además el Sur era productor de materias primas, fundamentalmente algodón y dependía completamente de las variaciones de los precios en el mercado mundial, lo que los hacía dependientes de los banqueros de Nueva York o Londres quienes los “exprimían” cuando se derrumbaban los precios internacionales de este producto y las deudas se acumulaban.⁹⁰ El Sur carecía de un sistema financiero propio; dependía del capital norteño.⁹¹

En abril de 1860, en Charleston, la capital del extremismo sureño, los demócratas celebraron la convención en que habrían de elegir a su candidato presidencial donde acusaron a los demócratas norteños de traicionarlos pues pensaban que estos no se habían tomado el trabajo de convencer a sus conciudadanos del Norte de que la esclavitud era algo positivo. Cuando el Sur fracasó en su intento de imponer su programa, las delegaciones de los estados del Golfo, Carolina del Sur y Georgia, se retiraron. El Partido Demócrata quedó escindido e incapaz de presentar un candidato único a la presidencia. Esto le dio el triunfo al candidato republicano Abraham Lincoln en diciembre de 1860, aunque con apenas el 39.9 por ciento de los votos emitidos. Los Estados Unidos estaban inequívocamente divididos.⁹² La consecuencia más inmediata de la fractura del partido para los estados sureños sería la pérdida de su principal patrimonio, la presidencia. Pocos días después de

⁹⁰ Cuando el algodón producía ganancias considerables era común que se dilapidaran en frivolidades. *Ibidem*, p. 410.

⁹¹ *Ibidem*, pp. 402-410.

⁹² Los demócratas del Norte nombraron a Douglas su candidato sobre la base de un programa moderado; los sureños a John C. Breckinridge con un programa esclavista. *Ibidem*, pp. 423-424.

que se supieran los resultados de la elección, el 20 de diciembre, una convención en Carolina del Sur declaró que este estado ya no formaba parte de la Unión; el 9 de enero de 1861 se hizo lo propio en Misisipi. Georgia, Florida, Alabama, la Luisiana y Texas siguieron cuando la lucha armada ya había iniciado.⁹³ Aún antes de que Lincoln tomara posesión de su cargo –lo cual tendría lugar el 4 de marzo de 1861-, una asociación política alternativa entre los estados meridionales había empezado a cobrar forma, a la que se uniría en abril Virginia y en mayo Carolina del Norte, Arkansas y Tennessee.⁹⁴ Los Estados Unidos quedaron así divididos.

La nueva administración unionista se apresuró a demostrar que la llegada del Partido Republicano al poder implicaría una alteración en la conducta internacional. El botón de muestra fue el nombramiento, en marzo de 1861 de Thomas Corwin como encargado de la legación estadounidense en la Ciudad de México. Este político de Ohio era ampliamente conocido por su fervor antiesclavista y por haber sido uno de los opositores más conspicuos a la invasión de 1847. En las instrucciones que recibió del secretario de Estado, William H. Seward, se señalaba la necesidad de convencer a las autoridades mexicanas de que la independencia del Sur, de llegar a consumarse, plantearía una seria amenaza para la integridad territorial de su país; por la tanto, la preocupación por la

⁹³ Cuando Carolina del Sur declaró su independencia, exigió a los custodios de todas las propiedades federales que entregaran éstas. El mayor Robert Anderson, comandante federal de todas las fortificaciones situadas en el puerto de Charleston, concentró sus fuerzas en Fort Sumter y se negó a obedecer cualquier orden que no le fuera impartida desde Washington. Como consecuencia de ello, el general F. W. Pickens de Carolina del Sur, desplegó su artillería ante la fortificación. Lincoln, que recién había asumido el poder, decidió enviar una expedición de socorro por mar, que llevaría alimentos pero no armas ni municiones, y de informar al general Pickens acerca de lo que estaba haciendo; fue una muestra de su política tendiente a defender la Unión a cualquier precio. La respuesta de las fuerzas confederadas –abrir fuego sobre la fortificación y contra la bandera de la Unión- fue una decisión que demostró la intención de defender la secesión a cualquier precio. Así comenzó la guerra, el 12 de abril de 1861. *Ibidem*, p. 434.

⁹⁴ La región Oeste de Virginia, que no tenía esclavos, se separó y formó un estado aparte, reconocido en 1863 por el Congreso como estado de Virginia Occidental. *Idem*.

seguridad mutua y la afinidad institucional y de ideales políticos debían llevar a ambas naciones a superar las dificultades del pasado y entablar relaciones de auténtica fraternidad y cooperación: “Sea usted justo, liberal, franco y magnánimo con México –escribió Seward a Corwin-, (esta república) nunca podrá ser un enemigo. Debe convertirse en amiga de los Estados Unidos.”⁹⁵ El interés fundamental de Lincoln era evitar a toda costa que México otorgara el reconocimiento oficial a los estados rebeldes. Pero esto fue precisamente lo que quiso evitar la Confederación. El hombre clave para frustrar los designios de la administración republicana fue John T. Pickett, quien había ocupado el consulado estadounidense en el puerto de Veracruz durante varios años entre 1853 y 1861. El hecho de que Pickett hubiera sido un adepto muy entusiasta del expansionismo no pareció, a ojos de los sureños, ninguna traba en su relación con México. Cuando la perspectiva de una alianza entre el Norte y México se hizo más evidente, su actitud fue crecientemente agresiva y expansionista.⁹⁶ Pickett no se conformó con iniciar correspondencia con los líderes conservadores para sondear su actitud hacia la Confederación; su tono recriminatorio y amenazante le ganó el descrédito general,⁹⁷ y mantuvo presente el peligro de una invasión de los confederados. No tardó en caer en desgracia como consecuencia de

⁹⁵ William H. Seward a Thomas Corwin, *apud*. Gurza Lavalle, *La vecindad efímera, op. cit.*, p. 43.

⁹⁶ Las señales de esto fueron la aprobación por parte del congreso mexicano (20 de junio de 1861) de la concesión de un permiso de tránsito por territorio nacional al gobierno de la Unión, con el objeto de que un contingente de sus fuerzas armadas pudiera desembarcar en Guaymas y desplazarse por la ruta más corta hacia Arizona. El secretario Seward había pedido este permiso desde los primeros días de mayo de 1861. En caso de otorgarse el permiso, el Norte contraería una deuda que lo obligaría a velar por la seguridad de México, e incluso podría avanzarse hacia la negociación de una alianza ofensiva y defensiva. Seward sugirió la negociación de un tratado comercial en el que se estipulara, a cambio de una suma de 5 a 10 000 000 de dólares una rebaja del 50% en el arancel mexicano de importación aplicable a todos los productos estadounidenses. Así, las autoridades mexicanas habían empezado a regular su conducta con base en las expectativas de obtener un préstamo. *Ibidem*, pp. 52-53

⁹⁷ Llegó al extremo de asegurar que si la concesión de tránsito otorgada a la Unión no se anulaba México perdería el estado de Tamaulipas en 60 días. *Vid. Ibidem*.

sus desatinos diplomáticos pues resultó totalmente incapaz de convencer al gobierno mexicano de que el Sur independiente podría convertirse en un buen vecino. Los confederados nunca vieron en el trabajo de Picket un problema para cumplir las esperanzas depositadas en México para la obtención del reconocimiento diplomático francés que, según su perspectiva, tendría una influencia decisiva para poner término al conflicto norteamericano.

Por otra parte, desde que Maximiliano recibió la oferta del trono mexicano en octubre de 1863, Slidell, el agente del Sur en París y su colega en Londres, James M. Mason, enviaron a un agente para sondear la actitud del futuro emperador respecto a la Confederación. El archiduque expresó en términos inequívocos su deseo de que el Sur consumara su independencia y que “la causa del Sur y la de México eran una sola.”⁹⁸ Los confederados recibieron varios mensajes y señales de que, en cuanto Maximiliano se convirtiera en emperador de México, el reconocimiento a su causa sería extendido.⁹⁹ De esta manera, la Confederación reforzó su certeza de que el establecimiento de un satélite francés en el territorio vecino obligaría al gobierno de las Tullerías a dar el paso que con tanta obstinación había evitado. El recién nacido imperio mexicano requería para conservarse de la división permanente de Estados Unidos, y la previsible oposición de Washington al establecimiento de una monarquía no dejaría de convencer a Napoleón III de la necesidad de asegurar la amistad confederada con algo más que meras expresiones de simpatía.¹⁰⁰

⁹⁸ Hanna y Hanna, *Napoleón III y México*, *op. cit.* p. 105.

⁹⁹ Gurza Lavalle, *La vecindad efímera*, *op. cit.*, p. 123.

¹⁰⁰ *Idem.*

Pero la Confederación nunca fue capaz de prever que la fundación del imperio mexicano colocaba a Francia y a la Unión en la situación ideal para alcanzar una componenda muy equilibrada. Washington se olvidaría temporalmente de la Doctrina Monroe y se limitaría a expresar una protesta poco enérgica; por su parte París negaría todo tipo de apoyo a la Confederación y prescindiría del reconocimiento diplomático estadounidense para su satélite en México, ganando con ello tiempo para que Maximiliano consolidara su gobierno. Era obvio que ambas potencias deseaban ante todo evitar un enfrentamiento: la Unión ya tenía suficientes preocupaciones en el ámbito doméstico mientras que Francia tampoco estaba dispuesta a aumentar la carga de la expedición en México con un conflicto que le absorbería atención y recursos. Así, el secretario de Estado Seward siguió una política de tolerancia a pesar de las críticas del Congreso. Ante las expresiones de hostilidad, el secretario de Estado se apresuró a tranquilizar al ministro francés diciéndole que la política exterior era una atribución del poder ejecutivo, por lo que las resoluciones que pudiera aprobar la Cámara de Representantes en Washington no reflejaban necesariamente el sentir del gobierno.¹⁰¹ El ministro en París, William Dayton, siguió también una política de prudente silencio en lo referente a los acontecimientos mexicanos.¹⁰²

Maximiliano remató finalmente cualquier esperanza confederada cuando expidió una circular a todos los países con los que deseaba iniciar relaciones, entre los cuales se

¹⁰¹ Me refiero aquí a la resolución aprobada el 4 de abril de 1864 por unanimidad en la que el congreso de los Estados Unidos se manifestaba en desacuerdo con la política norteamericana respecto a México. *Ibidem*, p. 127.

¹⁰² *Vid Ibidem*, pp. 127-128 y Callahan, *American Foreign Policy...op. cit.*, p. 296.

incluía a la Unión y no al Sur.¹⁰³ William Preston, ministro plenipotenciario de la Confederación ante la corte imperial, languideció en la Habana esperando una señal –que nunca llegó- de que el imperio estaba dispuesto a brindarle una recepción oficial.

Los líderes sureños tampoco comprendieron que los acontecimientos europeos tenían prioridad en las preocupaciones del gabinete francés: la rebelión polaca contra el dominio ruso, al igual que el engrandecimiento territorial de Prusia a costa de Dinamarca (mediante la invasión de los ducados de Schleswig y Holstein) restaron importancia a los sucesos americanos e hicieron todavía más indeseable la perspectiva de un choque con la Unión desde el punto de vista francés.¹⁰⁴ Sin duda también sobreestimaron el alcance de los intereses franceses en México y la posible respuesta de Lincoln para sostener la Doctrina Monroe. Nunca consideraron la posibilidad de que Washington acallara el clamor popular a favor de la afirmación de los postulados monroístas y pudiese sostener una actitud tolerante hacia la presencia francesa en México. Estos elementos, además de la torpeza diplomática, aseguraron el fracaso de los objetivos internacionales de la Confederación.

En cuanto a México, si bien no estaba en condiciones para aprovechar la coyuntura y explotar las rivalidades entre el Norte y el Sur en su beneficio, el régimen liberal empezó a definir su postura. Dos elementos marcaron las simpatías por la Unión. El primero de ellos era la muy arraigada desconfianza que le inspiraba el Sur por ser los estados meridionales los principales promotores de la política expansionista más reciente. El segundo elemento era la existencia de cierta afinidad ideológica entre el gobierno liberal de

¹⁰³ Slidell fue quien dio aviso de que Maximiliano expediría dicha circular. Slidell a Benjamin, París, 2 de mayo de 1864, despacho núm. 60 en RCSA, vol. 3, rollo 3, citado por Gurza Lavalle, *La vecindad efímera*, *op. cit.*, p. 129.

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 126.

México y el de la Unión. Un elemento más que se puede agregar fue la posibilidad de obtener apoyo financiero por parte de la Unión.¹⁰⁵ Cuando los apuros económicos del gobierno liberal mexicano lo llevaron a expedir un decreto que prescribía la suspensión de pagos de la deuda externa e interna durante dos años -y como consecuencia se organizó una expedición armada entre Inglaterra, España y Francia-, los lazos de los liberales con la Unión se estrecharon. Corwin percibió con toda claridad los deseos de las potencias europeas de aprovecharse de los problemas internos en los Estados Unidos para debilitar su posición en el continente. Solicitó la autorización para negociar un préstamo, lo que para muchos mexicanos era la única posibilidad de salvación.¹⁰⁶ Pero esta esperanza pronto se desvanecería. Las cargas económicas de la Guerra Civil hicieron que los legisladores consideraran el préstamo a un gobierno extranjero como un gasto superfluo. Además, se deseaba evitar que Francia interpretara el empréstito como un gesto poco amistoso y tuviese así un pretexto para otorgar el reconocimiento diplomático a la Confederación.¹⁰⁷

Durante el primer lustro de la década de los 60, la Guerra de Secesión puso un paréntesis al tema del expansionismo. Pero acabado el conflicto se reabrieron nuevamente las discusiones del ámbito internacional que habían quedado pendientes, particularmente las relacionadas con el continente. Las ofensas que había recibido la Doctrina Monroe – pilar de la política exterior norteamericana- por España en el Caribe y Sudamérica y por Francia en México podían entonces responderse. La imposición de un gobierno monárquico en el vecino del Sur, encabezado por un austriaco y apoyado por tropas francesas ofendía al

¹⁰⁵ *Ibidem*, pp. 46-48.

¹⁰⁶ *Ibidem*, p. 62.

¹⁰⁷ Romero al ministro de Relaciones Exteriores, Washington, 8 de julio de 1862, despacho núm. 235, en Romero, *apud, Ibidem*, p. 71.

republicanismo norteamericano. Los Estados Unidos no podían permanecer indiferentes, debían intervenir ¿Qué clase de intervención? Esa era precisamente la discusión. Los expansionistas no dejaron pasar la oportunidad. No pasó mucho tiempo después del fin de la guerra para que se empezara nuevamente a apoyar proyectos de expansión.¹⁰⁸

El expansionismo se avivó y adquirió nuevo vigor, pero a diferencia de antes de la secesión, sus principales partidarios no eran ya los demócratas, sino los republicanos y los *exwhigs*. Precisamente aquellos que se habían opuesto anteriormente se convirtieron en partidarios entusiastas del Destino Manifiesto, algunos de ellos incluso recomendaron empresas de anexión como parte de un proceso natural de crecimiento de la nación.¹⁰⁹ El expansionismo y sus seguidores daban otra voltereta.

Aunque habían pasado casi veinte años de la guerra mexicano-americana, se revivieron los temas y las disertaciones de aquellos tiempos. Discusiones sobre conquistas, expansión, población de color, ciudadanía y Destino Manifiesto salieron nuevamente a flote entre los políticos norteamericanos. Los argumentos utilizados tanto a favor como en contra de una posible operación expansionista sobre territorio mexicano y sus consecuencias para la democracia fueron prácticamente los mismos que se usaron cuando, terminada la Guerra Civil y en el período en que inicia la normalización de la vida diplomática de los Estados

¹⁰⁸ Weinberg, *Destino Manifiesto. El.....op. cit.*, p. 210.

¹⁰⁹ En esta ocasión sería la ley de la gravitación de Newton el factor que con su imponente autoridad pareció justificar las esperanzas y la moral del expansionista. El principio formulado por Newton como ley universal de la materia se extendió a la esfera de la política y fue enunciado como ley de las naciones, bajo el título de “ley de la gravitación política”. Los expansionistas dedujeron de esta ley que las naciones situadas en el ámbito de atracción de Estados Unidos gravitarían hacia la Unión por un proceso tan inevitable como el que provoca la caída a tierra de la manzana madura. Esta idea excluyó todas las formas de engrandecimiento a través de la guerra; todos los territorios contiguos debían darse por la “atracción social de la gravitación”. Para algunos norteamericanos, entre ellos Sumner, el engrandecimiento territorial debía realizarse normalmente, no a través de un convenio de carácter pecuniario, sino a pedido de quienes se hallaban en “armonía preestablecida” con los propios norteamericanos. Esto implicaba la aprobación de condiciones tan severas a la expansión que parecerían mucho más propias de los antiexpansionistas. *Vid. Ibidem*, pp. 210-223.

Unidos, se presentó nuevamente la posibilidad de invadir, y por qué no, apoderarse de más territorio mexicano.¹¹⁰

Poner a los congresistas norteamericanos en guardia respecto a un posible proyecto expansionista -y de las desgracias que esta acción provocaría- es la espina dorsal del documento. No es extraño si recordamos que la situación de los Estados Unidos con respecto a sus vecinos era otra vez comparable a aquella que se vivió antes de la guerra del '46. Sectores muy influyentes de la política, los negocios y el ejército parecían estar a favor de aprovechar la oportunidad que la situación en México ofrecía para revivir y continuar el proceso de expansión territorial que se había iniciado tiempo atrás y que había quedado interrumpido por la Guerra Civil. Para los que estaban a favor de la expansión, “el destino inevitable de México” era ser auxiliado y anexado a Estados Unidos, siguiendo el exitoso ejemplo de aquellos territorios que ya habían sido anexados y formaban parte de la Unión Americana.¹¹¹ Otros expansionistas defendían una postura paternalista respecto al destino de México, suponiendo que al quedar desprotegido debían hacerse responsable de conducirlo hacia la estabilidad y el buen gobierno.¹¹² Lo anterior estuvo apoyado por la prensa expansionista que también hizo bien su trabajo.

Tomando en cuenta todo esto, parece pertinente y urgente la advertencia del *Americano*:

¹¹⁰ Esto se puede observar tanto en los discursos de los políticos como en los periódicos de la época.

¹¹¹ Inclusive, menciona que una intervención en México sería apoyada por los europeos liberales e ilustrados consideran que Estados Unidos tiene el deber de “actuar sobre nuestra hermana república...o asumir las consecuencias de nuestra negligencia teniendo a nuestro lado un cadáver podrido” “The United States in México – What will foreign Powers say?” *New York Times*. Miércoles 10 de octubre de 1866, p. 4.

¹¹² “The Mexican Question again”. *Op. cit.*

Bajo cualquier prisma que se vea este asunto mexicano, después de un análisis maduro, no presenta más que peligro y dificultades para el futuro. Abrirá una caja de Pandora de la cual surgirán innumerables males y complicaciones. El espíritu de las adquisiciones agresivas que antes surgió, nunca será aplacado hasta que emprendamos la tarea de tragarnos todo México. No necesitamos más territorio en ninguna dirección. Ya somos tan grandes como puede ser conveniente para administrar con seguridad y a satisfacción de todas las partes. Es totalmente inconsistente, por lo que hemos estado disputando con Francia durante estos tres años para mantener el principio de permitir que México se gobierne así mismo y a su manera.

La pregunta obvia que surge aquí es si había razones para pensar en un nuevo plan de expansión sobre México en noviembre de 1866. La respuesta, basada en esta investigación es sí, definitivamente sí las había.

Al terminar la Guerra Civil, cuando los Estados Unidos vuelven nuevamente su atención hacia los asuntos internacionales, la invasión francesa en México aparece como el problema más urgente por resolver. La Doctrina Monroe así lo reclamaba: los Estados Unidos no sólo tenía el derecho, sino la obligación de ayudar al gobierno legítimo.¹¹³ La exigencia de restituir las ofensas a dicha doctrina hizo posible y probable en la percepción de muchos norteamericanos una intervención en México. A fines de marzo de 1865 el encargado de Negocios francés en Washington, M. L. Geofroy, informó a París que en los Estados Unidos todo el mundo, incluso la gente prudente y pacífica, esperaba que

¹¹³ "The Mexican question", *New York Times*. 5 de octubre de 1866, p. 4.

Washington protegiese a México de la usurpación extranjera y que, una vez que se hubiera derramado sangre a través del río Grande, la guerra con Francia sería inevitable.¹¹⁴ No era difícil llegar a esa conclusión si además, en ese mismo año, se abrieron en los Estados Unidos oficinas de alistamiento para voluntarios¹¹⁵ armados que quisieran unirse a las fuerzas de Juárez.¹¹⁶

Ello, a su vez, ofrecía una nueva oportunidad al Destino Manifiesto y al expansionismo norteamericano. Las políticas expansionistas y agresivas seguidas por las administraciones demócratas anteriores a la Guerra Civil fueron la referencia obligada de los objetivos del Destino Manifiesto que podían, o debían, seguir los Estados Unidos. Los intereses económicos y comerciales en el país vecino parecían cada vez más atractivos. Así, la situación de 1866 pareció similar a la de 1846. La intervención, para una posterior expansión, resultaba todavía atractiva y el tema de la anexión de México –más específicamente de sus territorios del norte- se convirtió nuevamente en un evento previsible para muchos norteamericanos. El Destino Manifiesto, según amplios sectores de la opinión pública era también el destino de México en tanto que eventualmente formaría parte de Estados Unidos.¹¹⁷ Ante esta situación, el *Americano* advierte:

¹¹⁴ Hanna y Hanna, *Napoleón III y México*, *op. cit.*, pp. 212-213.

¹¹⁵ Aunque se sabe que durante los tres años del reinado de Maximiliano hombres de los Estados Unidos sirvieron a Juárez como mercenarios, no existe un registro exacto de su número, ni información fidedigna sobre ellos. Los cálculos oscilan desde una Legión de Honor de 25 hombres organizada en California (por Sam Brannan, Jefe de la Iglesia mormona) a la exagerada cifra de 3,000, incluyendo a los que fueron reclutados por el general Lew Wallace, en la costa este de los Estados Unidos. Robert B. Brown, *apud Ibidem*. p. 251.

¹¹⁶ Como consecuencia, la Legación francesa protestó y los funcionarios norteamericanos prometieron investigar las violaciones. *Ibidem*, p. 214.

¹¹⁷ Alrededor de la fecha en la que fue redactado el documento varios periódicos, como el New York Times, publicaron frecuentemente artículos que hablaban de la posibilidad de invadir México, entre ellos, el 5 de octubre de 1866 se publicó una nota que sugiere la intervención en México para auxiliar a los mexicanos y dar estabilidad en el continente; unos días después, el 9 de octubre otro artículo mencionaba que era necesaria la

*El error más grande que nuestros compatriotas pueden hacer, es suponer que los mexicanos como pueblo desean nuestra intervención bajo cualquier forma en los asuntos de su país. Aquellos que hayan viajado en ese país, saben que este es el caso. A lo largo del Río Grande, y probablemente en los mejores distritos mineros de Sinaloa, Chihuahua y Sonora contiguos a nuestra frontera, podrá haber pequeñas comunidades donde exista un sentimiento contrario al del resto, aunque el terrible destino de la “Crabb party” * en 1857 parecería opinar distintamente.*

Otro elemento que hizo pensar en la veracidad de un proyecto expansionista sobre territorio mexicano fue la introducción del tema de un préstamo para México a favor de Juárez y al que se refiere el *Americano* en el documento que nos ocupa:

Este programa que originalmente tuvo su inicio en el famoso “trabajo de Baja California” ¹¹⁸ fue organizado el invierno pasado, y adquirió consistencia en el igualmente malvado intento de ensillar a este país una deuda adicional de \$50 000 000 bajo la aparentemente plausible pretensión de brindar los recursos suficientes para apoyar a la

intervención de Estados Unidos en México para garantizar el cumplimiento de éste con sus obligaciones internacionales y para ayudarle a ese país a salir del caos (“The Mexican Question again”, *op. cit.*). Un día después se publicaba que el destino de México era unirse a Estados Unidos y para convencerse sólo debía mirar lo bien que estaban sus antiguos territorios ahora anexados a Estados Unidos (“The United States in...”, *op. cit.*); lo mismo encontramos en las ediciones del domingo 14 de octubre de 1866 y el viernes 19 de octubre de 1866, éste último utilizando también argumentos racistas para la intervención “los indios deben dejar de resistirse antes de que el flujo de población blanca domine miles de acres para producir riqueza y abundancia”. “Notes from the ...” *op. cit.*

* El *Americano* se refiere al trágico destino de Henry Alexander Crabb, el filibustero más notable que visitara Sonora. Ver cita de pie de página número 279.

¹¹⁸ “Lower California job” en el inglés original

causa liberal en México. Al cierre de la sesión del Congreso el verano pasado, los señores Banks y Sumner, presidentes de los Comités de Relaciones Exteriores de cada Cámara contuvieron el asunto entre los documentos horas previas al cierre de la legislación; y aunque el reporte del señor Banks contenía fuertes expresiones de aprecio por la República Mexicana, era evidente que su sentido común, y el de la mayoría de los congresistas, detectaron la corrupción que yacía en el fondo del “préstamo” propuesto.

A principios de 1866, Romero y *Corlies and Company*, agente financiero de México en los Estados Unidos, hicieron planes para que el congreso norteamericano otorgara una garantía a una emisión de bonos mexicanos que les facilitaría la entrada en el mercado de dinero de los Estados Unidos para recaudar fondos y adquirir armas. Romero consiguió el apoyo del representante Thaddeus Stevens de Pensilvania y de otros miembros del Congreso para discutir una resolución sobre un préstamo de garantía, y persuadió a Robert C. Schenck, miembro republicano por el estado de Ohio, para introducir la discusión en la 39ª sesión del Congreso.¹¹⁹ De marzo a junio de 1866 se votó para poner en la mesa la discusión sobre la emisión de 50 mil bonos de \$1 000 respaldados por el gobierno americano.¹²⁰ A falta de un acuerdo al respecto, se votó en varias ocasiones dando como resultado no pasar a la mesa de discusión la propuesta utilizando como argumento principal que los Estados Unidos no podían garantizar los bonos a México o a cualquier otro

¹¹⁹ Thomas Schoonover, *Dollars over Dominion: United States Economic Interests in Mexico, 1861-1867* p. 29.

¹²⁰ “Con cupones adjuntos por el interés, pagable en la Ciudad de Nueva York en moneda de oro, la principal después de treinta años, e intereses semestrales a una tasa de siete por ciento, por año, cada uno de dichos bonos estará soportado por la firma del registro designado por su Excelencia M. Romero, reconocido como el ministro en funciones de dicha República.” *Congressional Globe op. cit.* sesión, 6 de marzo de 1866, p. 1188.

gobierno sin dañar su propio crédito e imponer nuevas cargas a su pueblo, pero en el trasfondo se adivina que la negativa no es únicamente por los riesgos del empréstito sino por el proyecto del grupo que quiere aplicar con él la tradicional política del préstamo-gancho para la cesión de territorio en caso de incumplimiento, esto es, contra el expansionismo territorial.

Estas intenciones las podemos constatar en el discurso del día 16 de junio de 1866, del republicano radical Thaddeus Stevens en el que exige a sus compañeros del Congreso que la Doctrina Monroe sea una idea práctica y no sólo una bravata. Maximiliano era un usurpador y si Francia lo apoyó con el pago de los gastos de sus tropas, Estados Unidos podría ayudar a la república y hacer sentir su poder moral entre las naciones. Criticó de débiles e inútiles los ensayos diplomáticos y de macabra la política de la Secretaría de Relaciones con la república mexicana; era un crimen –según Stevens- contentarse con la promesa de retiro de tropas en un plazo de dieciocho meses, tiempo en el cual, en caso de no ayudar a México, este país y su republicanismo serían reducidos a átomos. Hizo un llamado a mantener la doctrina Monroe con toda la energía de la nación, dejando atrás las políticas tímidas. Sin ayuda del exterior el republicanismo mexicano sería aplastado por la monarquía. Advirtió que Juárez tenía casi agotados sus recursos. “A menos que un préstamo externo sea procurado, no veo como un ejército respetable pueda mantenerse en pie. Veinte millones de dólares pueden fácilmente ser adelantados por nosotros con la hipoteca de Baja California, Sonora, Sinaloa o Chihuahua, que la harían perfectamente segura.”¹²¹

¹²¹ Cfr. Discurso de Mr. Stevens, *Ibidem*, 16 de junio de 1866, p. 3217.

Esta política estaba justificada con el discurso de apoyar a México en su lucha contra los invasores, haciendo valer la Doctrina Monroe y solventando sus deudas.¹²² Pero de la mano iba también el propósito de adquirir más territorios de una forma probada.¹²³

Seward y otros miembros del Congreso temieron que Francia pudiera reaccionar adversamente en caso de que los Estados Unidos garantizaran un préstamo a México hasta el punto de rehusarse a poner en práctica el acuerdo sobre el retiro de tropas de ese país para 1867.¹²⁴ La combinación de Seward en la Secretaría de Estado y de Sumner en el senado, ambos partidarios de seguir una política que no provocara a Francia, resultó ser demasiado poderosa.¹²⁵ Después de mantener la propuesta en el comité durante siete meses, Sumner la remató pidiendo al comité de Relaciones Exteriores que la desechara después de haberla examinado con más detenimiento.¹²⁶

Otro tema que menciona el *Americano* es el del “trabajo de Baja California”.¹²⁷ Como ya vimos en los capítulos anteriores, fueron muchos los intentos norteamericanos - tanto de empresas privadas como del gobierno- para apropiarse de la Baja California.

¹²² *Idem.*

¹²³ No deja de sorprender que Romero hubiera estado de acuerdo, o al menos se hiciera de la vista gorda, con este tipo de apoyos ¿estaba el ministro mexicano dispuesto a pagar las posteriores consecuencias territoriales con tal de lograr la aprobación del préstamo de garantía?

¹²⁴ Schoonover, *Dollars over dominion...op. cit.*, p. 29.

¹²⁵ Romero informó a Juárez que hasta que Seward renunciara o fuera removido del gabinete, el préstamo no pasaría. Romero a MRE, feb. 14, 1866, en Romero, *Correspondencia*, VII, 156-158; Romero a Juárez, Marzo 3, 1866, AJ, 12-1784..

¹²⁶ Para la sesión 40 del Congreso, la intervención francesa había terminado, Romero había regresado a México y el gobierno liberal ya no persiguió de igual manera las garantías de un préstamo. *Ibidem*, pp. 31-32.

¹²⁷ El inmediatamente anterior a este documento fue el que, en 1850 hizo Edgard Lee Plumb -reconocido promotor de inversiones en México- quien ofreció a los liberales \$15, 000,000 por este territorio en el momento en que estaban más desesperados por conseguir un préstamo para financiar su lucha contra los conservadores. Lerdo, que en ese entonces ocupaba el cargo de secretario del Tesoro, bloqueó la venta exigiendo \$30, 000,000. El presidente Juárez utilizó hábilmente la oposición de Lerdo para rechazar la tentativa americana sin por ello ganarse la enemistad personal. John Mason Hart, *Empire and Revolution: the Americans in Mexico since the Civil War*, pp. 21-22.

Después de muchos esfuerzos infructuosos de compra, en marzo de 1863 la *Lower California Company* de Jacob Leese solicitó una concesión para asentamientos agrícolas y mineros en tierras baldías de este territorio. Cuando la concesión fue cedida en marzo 14 de 1864, México añadió derechos extras en minas y pesca gracias al pago en efectivo y por adelantado de \$100,000.¹²⁸ Durante la intervención francesa, aprovechándose de la debilidad de la república mexicana, dicha compañía ofreció pagos en efectivo a cambio del control total de todas las minas y las tierras de la concesión original en Baja California y en otras en Sonora y Sinaloa. Cuando el Documento de esta investigación sale a la luz, se estaba discutiendo una propuesta para incrementar la concesión que fue presentada a Romero a mediados del año 1866.¹²⁹ El *Americano* vio en estas negociaciones un nuevo intento expansionista sobre México y así lo denuncia:

Ese Congreso, que tiene el único poder bajo la Constitución para hacer un arreglo de esta naturaleza, sancionará cualquier proceso que esté llegando demasiado lejos, en la opinión de hombres pensantes; y es estimulante ver que tantos periódicos influyentes ya han sonado la alarma alertando al país de este insidioso esquema; que significa no menos que la eventual absorción de México por los Estados Unidos; porque esta interferencia, o más bien por el establecimiento de un “protectorado” sobre ese país, sólo podría tener un significado y un objetivo.

¹²⁸ Zorrilla, *apud* Schoonover, *Dollars over dominion*, p. 41.

¹²⁹ Romero recomendó negar las ampliaciones de la concesión, que sería finalmente cancelada en 1871. Hart, *Empire and Revolution...op. cit.*, p. 28.

El autor también toca un tema que en su momento levantó una ola de indignación entre la opinión pública por considerarlo una prueba de las intenciones imperialistas de Napoleón III; me refiero al llamado “Plan Gwin”:

Napoleón, en 1864, envió al ex senador Gwin a México para adquirir los estados mineros del norte del país para Francia con el objeto de ser colonizados y trabajados por inmigrantes confederados. Por la misma razón él (Maximiliano) rechazaría ahora cualquier acuerdo con los Estados Unidos en cuanto a dividir ese territorio.

En este párrafo el autor se refiere al exsenador estadounidense William McKendree Gwin,¹³⁰ quien fuera elegido por Napoleón III para dirigir un proyecto en el que estaban involucrados los territorios septentrionales de México.¹³¹ Este plan sugería la creación, por

¹³⁰ Nació en Sumner County, Tennessee, en 1805. Estudió primero Medicina y luego Leyes. En 1840 fue electo diputado ante el Congreso del estado. Se retiró cuatro años después y se trasladó a San Francisco, California, en donde no tardó en intervenir en política. Gwin representó al recién creado Estado en el Senado de los Estados Unidos hasta 1861. En los varios asuntos que trató sobre México, se manifestó como firme defensor del Destino Manifiesto y apoyó la expansión norteamericana hacia el sur. También tuvo oportunidad de investigar la historia de Sonora y de Chihuahua. Cuando estalló la guerra, después de estar un mes preso por favorecer la causa secesionista, partió con su familia a Francia, en donde concibió y se comprometió en el llamado proyecto de Sonora: un ambicioso plan de colonización para explotar las minas y el suelo del noroeste de México. Después del fracaso de este proyecto, Gwin regresó a los Estados Unidos en donde permaneció varios meses en prisión. Fue liberado cuando fue evidente el fracaso del Imperio y había dejado de ser un peligro. Su carrera política había terminado. Murió en un hotel en Nueva York en 1885 tratando de promocionar un ferrocarril a través de Nicaragua. Ana Rosa Suárez Argüello, *El interés expansionista norteamericano en Sonora (1848-1861)* pp. 101-111, 184-185 *passim*.

¹³¹ Sonora, a los ojos de Napoleón, era una región potencialmente productora de algodón; la industria algodonera francesa, dependiente en un 70 por ciento del algodón producido por los estados del sur de la Unión Americana sufría las consecuencias de la Guerra de Secesión. Francia necesitaba con urgencia que otro mercado surtiera de algodón su industria. Sonora podía ser la solución. Por otra parte, al emperador también le preocupó la formidable expansión de los Estados Unidos, por su situación como potencia mundial y por su gobierno republicano, en el que veía una amenaza para las monarquías y las tradiciones europeas. Esto contribuyó a su vez a su deseo de establecer en México una monarquía fuerte capaz de detener el avance republicano de los Estados Unidos. Sonora podía servir como avanzada para la empresa de detener a los norteamericanos. Parecía entonces que en esta región se podían llevar a cabo todos los proyectos de Napoleón

decreto imperial, del Departamento Minero del norte de México cuyo territorio debía extenderse por el este de Sonora y el oeste de Chihuahua y excluiría, en la medida de lo posible, las tierras ocupadas por población mexicana. La vigencia de la ley militar sería factor indispensable para mantener el orden entre los colonos.¹³² El norteamericano había convencido al emperador de las riquezas minerales de la zona y de la posibilidad de establecer en la región una población que crecería tan rápidamente como la de California.¹³³

El emperador francés, seguro de los múltiples beneficios que ofrecía la región – aunque la mayor parte de ellos fueran míticos-, consiguió firmar con la Regencia un tratado¹³⁴ por el que México –que continuaría siendo titular de los territorios sonorenses- permitiría que Sonora quedase bajo la “inmediata y soberana protección” de Francia durante un período de quince años en los cuales se le concederían todos los derechos de explotación de minas a cambio de lo cual el gobierno mexicano percibiría un impuesto del

III para México: ahí se hallaban los metales preciosos, el algodón necesario para la industria francesa y los compradores de sus productos; era campo fértil para los inmigrantes que renovarían la sociedad mexicana. Como si esto fuera poco, Sonora podría transformarse en el primer bastión que detuviera a los Estados Unidos. Pero en realidad el emperador francés estaba muy mal informado sobre Sonora, y sobre todo México. Suárez Argüello, *Un duque norteamericano...op. cit.*, pp. 74-76.

¹³² *Ibidem*, pp. 113-114

¹³³ Es curioso que Napoleón -que tenía como uno de los objetivos principales del proyecto mexicano levantar un dique a la expansión norteamericana- no viera ningún peligro al elegir precisamente a un exsenador expansionista confederado para encabezarlo. Probablemente para el emperador pesaron más sus conocimientos de la zona y sus relaciones políticas que le permitirían persuadir a sus partidarios de California para que viajaran al noroeste de México. *Ibidem*, p. 118.

¹³⁴ Ante los rumores de que Juárez había otorgado concesiones a varias compañías norteamericanas para explotar las minas, la Regencia decidió acceder a la petición francesa. La concesión formó parte del tratado que se firmó el 27 de febrero de 1864 entre José Miguel Arroyo, secretario de Relaciones Exteriores del gobierno mexicano, y el marqués de Montholon, representante de Napoleón III. Aunque el tratado establecía un protectorado francés sobre Sonora y Napoleón III obtenía el derecho para controlar económica y militarmente la región, Francia no podría ser acusada de llevar a cabo una política imperialista en México ya que no obtenía ninguna propiedad sino solo el derecho de explotación. Por otra parte, la Regencia, al dar a los franceses el derecho de explotar las minas sonorenses, repitió aquello de lo que acusaba al gobierno liberal: arriesgar la independencia e integridad del territorio mexicano. *Ibidem*, pp. 90-94.

diez por ciento.¹³⁵ Napoleón, sabiendo que el gobierno mexicano no tenía recursos ni capacidad para cubrir las deudas de guerra, quiso cobrarse con las riquezas mineras de la zona.¹³⁶ Para su organización se creó una compañía en París; el trabajo para desarrollar la zona se encomendaría a colonos europeos y posiblemente también a confederados resentidos que quisieran establecerse en Sonora. Estas acciones, además, impedirían el avance norteamericano sobre México.¹³⁷

Sin embargo Maximiliano se negó a reconocer cualquier tratado en el que se cediera territorio nacional mexicano por lo que el Plan Gwin fracasó a pesar de lo cual la prensa norteamericana siguió hablando del tema. El *New York World* aseguró, hacia junio de 1865, que Gwin consolidaría su proyecto en poco tiempo. Anunció también que el doctor Thomas Massey había establecido una oficina para reclutar colonos, pero advertía que se trataba de un negocio privado del que no se hacía responsable el gobierno de Maximiliano. El mismo mes, el *Times* de Nueva Orleans manifestó que los confederados se estaban congregando en México. El poderoso exsenador Gwin tendrían ocho mil tropas francesas y 10 000 sureños a su disposición, estos últimos armados y subvencionados por el gobierno imperial mexicano. Reveló también que los confederados, en su misión de salvar el imperio, se reunirían por millares y levantarían un baluarte intransitable contra la agresión americana.¹³⁸

Pero Maximiliano quería evitar a toda costa atraerse la enemistad de los Estados Unidos precisamente cuando la intervención del gobierno de Washington a favor de Juárez

¹³⁵ Corti, *Maximiliano y Carlota*, *op. cit.* pp. 240, 241

¹³⁶ Suárez Argüello, *Un duque norteamericano...op. cit.*, p. 83.

¹³⁷ Napoleón III a Bezaine, *apud, Ibidem*, p. 85.

¹³⁸ *Ibidem*, p. 206.

era más probable, sobre todo si había confederados involucrados. Tenía todavía la esperanza de obtener el reconocimiento norteamericano, y mientras existiese tal posibilidad estaba decidido a tratar con este país. Para evitar que se creyese que simpatizaba con la creación de centros de resistencia contra el gobierno de Washington en la frontera norte de México, decidió rechazar el proyecto de colonización de confederados en el noroeste.¹³⁹ Estaba dispuesto a admitir a todos aquellos que desearon establecerse en el interior del imperio -aunque no en un solo lugar-, pero no admitiría que se establecieran ni en la frontera norte ni en el istmo de Tehuantepec.¹⁴⁰ Maximiliano necesitaba a los exiliados adiestrados que estuvieran dispuestos a defender su imperio.¹⁴¹ Esta situación provocó que la oposición de la opinión pública norteamericana aumentara ante los rumores de que Sonora había sido cedida a Napoleón III y de que grupos de confederados se dirigían a aquellas provincias con la intención de participar en la creación de un protectorado francés dirigido por un estadounidense. Se acusó al exsenador Gwin de conspirar contra la Unión, de propiciar una guerra contra Francia y tratar de obtener, de esa manera, un aliado para el Sur.¹⁴²

Se temió que fuera más que un rumor ya que el secretario de Estado Seward, cada vez que se le presentó la oportunidad de hacerlo, insistió en que, tanto el establecimiento de una hipoteca sobre las minas de Sonora como la cesión de esta región, no sería bien acogida por el pueblo norteamericano. Por otra parte, el que Napoleón III pudiera patrocinar un

¹³⁹ En una serie de entrevistas con Alphonse Dano, el nuevo embajador francés, en junio de 1865 Maximiliano demostró que no tenía intenciones de cambiar de opinión respecto a los colonos confederados. *Ibidem*, pp. 177-179.

¹⁴⁰ Hanna y Hanna, *Napoleón III y México*, *op. cit.*, p. 192.

¹⁴¹ *Ibidem*, pp. 189-200; y Suárez Argüello, *Un duque norteamericano...op. cit.*, p. 186.

¹⁴² Corti, *Maximiliano y Carlota*, *op. cit.*, p. 343, Hanna y Hanna, *Napoleón III y México*, *op. cit.*, pp. 191, 212 *passim*; Suárez Argüello, *Un duque norteamericano...op. cit.*, p. 189.

movimiento de inmigración a través del río Bravo lo decidió a emplear mayor energía en las negociaciones que llevaron al fin de la ocupación francesa y la posibilidad de que Francia y México se aliaran con el Sur lo obligaron a proceder con extrema cautela.¹⁴³ Era un hecho que el temor existía ya que en enero de 1865 el gobierno del Norte prohibió la exportación de forraje desde cualquiera de sus puertos. Esta disposición afectaba especialmente a los cuerpos del ejército francés estacionados en los litorales del Pacífico, donde era difícil conseguirlo. Fue establecido además, con sentido estratégico, un nuevo departamento militar que comprendía Arizona y el sur de California para vigilar las zonas fronterizas y se tomaron medidas para obstruir la partida de emigrantes a México.¹⁴⁴

Ante la inquietud de Matías Romero, Seward, en entrevista extraoficial, le aclaró al funcionario que el reconocimiento de Maximiliano iba contra los intereses norteamericanos y que su gobierno no pretendía expandir sus fronteras a costa de México por lo que no debía temer de lo que sucediese después de la Guerra de Secesión. Parece que el temor de una posible enajenación de territorio era general. El mismo Juárez le recomendó a Matías Romero desconfiar de cualquier proposición que amenazara la integridad e independencia del territorio y que se abstuviese de vender o hipotecar el país o alguna de sus partes.¹⁴⁵

Quizás el factor de mayor peso en la discusión de la intervención fue el de los intereses económicos, tanto por la naturaleza y el enorme monto económico que había tras de ellos, como por el inmenso poder que tenía el grupo que los defendió, entre los que

¹⁴³ Suarez Argüello, *Un duque norteamericano... op. cit.*, pp. 196-212.

¹⁴⁴ El general McDowell dispuso, para detener la salida de los partidarios de Gwin hacia México, que nadie dejara los puertos de California sin haber obtenido un pasaporte firmado o enviado por él y probado, satisfactoriamente, un motivo pacífico para viajar. *Ibidem*, p. 195

¹⁴⁵ Parece que esto fue respuesta a una sugerencia que hizo Romero a Seward de la posibilidad de una nueva enajenación territorial. Juárez a Romero, Chihuahua, 22 de diciembre de 1864. Romero, *apud, Ibidem* p. 201.

estaban algunos de los hombres más poderosos de los Estados Unidos en las finanzas, la industria, el comercio, y el ejército. Desde 1861 los especuladores norteamericanos lanzaron una intensa campaña para conseguir concesiones y oportunidades de inversión en México. En los primeros años, aunque su éxito fuera limitado, estos promotores ganaron considerable experiencia e información en el medio de los negocios y la economía mexicana. Aunque no se sabe con certeza qué motivó el que precisamente en estos años se embarcaran en la búsqueda de oportunidades estos capitalistas, se cree que influyó la llegada al poder del partido republicano que, en contraste con la política expansionista de los demócratas, se esforzaron por aumentar la influencia política de los Estados Unidos a través del comercio y la inversión. Otro factor fue la elección de Benito Juárez a la cabeza del gobierno mexicano que si bien se oponía a la expansión territorial norteamericana, promocionó la inversión de ese país en México.¹⁴⁶ Estos intereses económicos, y la fuerza de su apoyo hicieron pensar en la posibilidad de una intervención armada en México:

En pocas semanas este asunto mexicano ha adquirido una nueva forma y parece que los políticos interesados en este proyecto confían en que se obtendrá el voto del próximo Congreso a favor de interferir activamente en los problemas de México, y sostener por la fuerza de las armas la causa de uno u otro de los cabecillas de la guerrilla, quienes han mantenido por años una situación de anarquía en el país.

¹⁴⁶ Esta situación también se vio reflejada en las actividades de los cónsules en México, que después de 1861 empezaron a persuadir al gobierno de los Estados Unidos para incrementar sus actividades comerciales al sur de la frontera. Schoonover, *Dollars over dominion...op. cit.*, pp. 24-25.

En efecto, después de la Guerra Civil, concientes de las oportunidades de riquezas y poder que su vecino del sur ofrecía, la elite norteamericana buscó extender sus intereses económicos en México, resultando particularmente atractivo el potencial de poder inherente a la construcción del ferrocarril, empresa respaldada por el gobierno de los Estados Unidos.¹⁴⁷ Este interés coincidió con la creciente necesidad de ayuda del gobierno liberal mexicano. Los líderes liberales necesitaban fondos desesperadamente, ya fueran públicos o privados. Se dieron cuenta que la victoria de la Unión les ofrecía una gran oportunidad para proveerse de suministros militares de Estados Unidos y enfocaron sus esfuerzos para adquirirlos a través de la venta de bonos mexicanos a los inversionistas norteamericanos.¹⁴⁸ Los agentes del presidente Juárez trabajaron en Boston, Hartford, Filadelfia, Nueva York, San Francisco, Washington D. C, y otras ciudades con la aprobación de autoridades de alto nivel del gobierno norteamericano.¹⁴⁹ Los agentes mexicanos desarrollaron una impresionante lista de inversionistas y abastecedores. Los comerciantes de armas y los financieros crearon una red enorme de elite americana envuelta en los asuntos mexicanos.¹⁵⁰

¹⁴⁷ Por ejemplo, en 1864 John Austin Stevens describió las posibilidades que ofrecía el norte de México con la construcción de vías férreas que cruzaran la frontera. Hart, *Empire and Revolution...op. cit.*, p 40.

¹⁴⁸ La venta inicial de bonos mexicanos, los vendidos entre 1865 y 1867, “totales in exceso of \$30,000,000 in face value”. *Ibidem*, p. 16.

¹⁴⁹ Entre ellos, Matías Romero fue el más importante de los que trabajó con líderes políticos y financieros norteamericanos. Hizo una labor ejemplar en conseguir la simpatía para la causa de la República Mexicana, no sólo con Lincoln y Johnson, sino también con la clase dirigente del Noreste, especialmente la elite comercial, los banqueros, y los industriales de la ciudad de Nueva York. Otro agente exitoso fue Juan Bustamante. José María Carvajal, gobernador de Tamaulipas y hombre muy bien relacionado, también fue enviado por Juárez a Nueva York para recaudar donaciones privadas y conseguir municiones. *Vid. Ibidem*, pp. 10-11.

¹⁵⁰ La influencia de estos poderosos comerciantes excedía con mucho la venta de armas. Marcellus Hartley, copropietario de Schuyler, Hartley, and Gram, ocupaba el puesto de presidente de la Union Metallic Cartridge Company y como director de Remington Arms; como director de Equitable Life Assurance Society of the United States también estaba conectado con los más altos niveles financieros. Con su capacidad de acceso a grandes cantidades de capital, eventualmente asumió el control de Remington y la fusionó con Union Cartridge. Era socio cercano de Stillman, Dodge, Beekman y Taylor. Todos ellos apoyaron ávidamente a Romero y a los liberales en contra de los franceses. *Ibidem*, pp. 14-15.

Algunos hombres de negocios y políticos anticiparon abiertamente las ventajas que podrían obtenerse de la gratitud del gobierno mexicano, para ese entonces en el exilio en el Paso del Norte.¹⁵¹ Además de jugosas ganancias, la ambición estaba emparejada con la simpatía hacia la lucha que libraban sus vecinos del sur en contra de los invasores europeos. Una victoria liberal restablecería una república potencialmente rica y subordinada como socio comercial. Este grupo de comerciantes capitalistas, armadores y manufactureros de Nueva York formaron un núcleo de americanos ricos que abastecieron de material a Juárez durante el final de la guerra. El respaldo de estos hombres¹⁵² dieron a los bonos mexicanos “vendibilidad” en el enrarecido ambiente del mercado financiero de Nueva York y en Washington, en donde muchos inversionistas estaban dispuestos a asumir altos riesgos.¹⁵³ Algunos bonos eran particularmente atractivos porque estaban garantizados por tierras y otras concesiones en caso de incumplimiento. Los agentes mexicanos usaron los fondos obtenidos para adquirir armas y suministros para la guerra. En algunas ocasiones usaron los bonos directamente para pagar las armas.¹⁵⁴

Muchos de los hombres clave en estas transacciones fueron militares; este es el caso del general Herman Sturm, contratado por los liberales para adquirir armas. Como

¹⁵¹ Hoy Ciudad Juárez.

¹⁵² El autor menciona al financiero James W. Beekman, al desarrollador de bienes raíces, banquero y comerciante William E. Dodge y Anson Phelps de la Phelps Dodge Corporation, John Jacob Astor del Nacional City Bank, y al secretario de Estado William Henry Seward entre los que tenían a Romero en alta estima y cuya influencia en el posicionamiento de los bonos en el mercado fue fundamental. *Vid Ibidem*, p. 10.

¹⁵³ En menos de dos años Jonathan N. Tiff, miembro de la compañía Corlies, vendió al menos \$3,000,000 en bonos mexicanos al 30 por ciento de descuento. *Ibidem*, p. 12

¹⁵⁴ Entre los inversionistas norteamericanos más destacados que trató Romero están Ed Morgan, primo y socio de J. P. Morgan, heredero del imperio bancario anglo americano de su padre Junius Morgan; John S. Kennedy, banquero corresponsal para Morgan y financiero ferroviario; y William Aspinwall, la cabeza de Pacific Mail Steamship Company. Aspinwall era un socio cercano de Moses Taylor, la cabeza del Nacional City Bank, y uno de los importadores azucareros más importantes del país.

intermediario, Sturm proporcionó armamento y logística y arregló su entrega en los almacenes en México; siguió órdenes dictadas directamente por los generales mexicanos en el campo de batalla, incluyendo a Porfirio Díaz.¹⁵⁵ Ulises S. Grant y sus amigos personales el general Rufus Ingalls, y Orville E. Babcock, su asistente de campo, ayudaron a Sturm en la adquisición de material de guerra para los mexicanos. Grant, Ingalls, y el general John M. Scofield eran amigos cercanos que compartían otra relación con México: pertenecían al Club Azteca de veteranos de la guerra mexicano-americana.¹⁵⁶ Algunos de estos generales victoriosos del ejército de la Unión -entre los que destacaba el general Grant- se organizaron también para provocar a los franceses en la frontera de Texas y transferir abastecimientos a las fuerzas juaristas a través del río.¹⁵⁷ La noticia de que el general Sheridan, estaba esperando la llegada de refuerzos para invadir México corrió como agua. Bezaine trasladó sus tropas de la frontera a Monterrey al tiempo que los juaristas, encabezados por Mariano Escobedo, mejoraron su posición y aumentaron su poder con refuerzos de Texas.¹⁵⁸

¹⁵⁵ *Idem.*

¹⁵⁶ Todos los oficiales que trabajaron con Sturm fueron compensados por México con tierras y concesiones comerciales en la década de 1870. *Ibidem*, p. 13. Es de notar que el general Grant, gran amigo de Romero hasta su muerte, nunca pidió consideraciones personales, pero entre 1870 y 1880 solicitó el favor para miembros de su equipo. Schoonover, *Dollars over dominion...op. cit.*, p. 42.

¹⁵⁷ Grant encargó este proyecto al general Philip Sheridan, quien encabezaría a 50,000 veteranos para llevarlo a cabo. Hanna y Hanna, *Napoleón III y México, op. cit.*, p. 203.

¹⁵⁸ Esta iniciativa contaba con un fuerte apoyo por parte de algunos sectores de la población, e incluso se manifestaban abiertamente a favor de ello. Como ejemplo, el New York Times publicó un artículo en el que sugiera a México formar un ejército y marina con Estados Unidos para luchar contra Maximiliano, no contra Francia, pues así como Francia lo ayuda, Estados Unidos puede ayudar a Juárez (“Should we force...” *op. cit.*). Asimismo, en ese mismo diario se publicaba meses después un artículo a favor de una expedición encabezada por Grant, Sheridan y Hancock para ordenar México, “The redemption of Mexico- the Question of cost”, *New York Times*. Domingo 14 de octubre de 1866. p. 4.

Cuando llegaron estas noticias a Washington, en octubre de 1865, el ministro francés protestó vigorosamente, comunicando a Seward que los hechos de la frontera no eran

compatibles con la política de moderación anunciada por ese país. Washington exigió entonces a las tropas de Sheridan una estricta neutralidad pero Dano, ministro francés en México, informó a París que los generales de los Estados Unidos en la frontera de Texas jamás escucharon esa palabra; cualquier día un incidente podría precipitar la guerra entre Francia y los Estados Unidos.¹⁵⁹

Durante el invierno y la primavera de 1866 continuaron abasteciendo de enormes cantidades de armas y municiones a los liberales en esos meses. El personal militar norteamericano y los empresarios vecinos de Fort Bliss recibieron al presidente Juárez con los brazos abiertos. Juárez adquirió diez cañones más y alrededor de trescientos hombres se unieron a sus fuerzas.¹⁶⁰ Además, durante ese año el General Philip Henry Sheridan y el general William T. Sherman, permitieron al general Wallace hacer una visita rápida para reunir una fuerza de veteranos de la Guerra Civil para ayudar a las fuerzas liberales.¹⁶¹

Por otra parte, siendo realistas, ni los comerciantes de armas norteamericanos ni el gobierno de Estados Unidos pudieron haber esperado que los mexicanos pagaran los bonos. Los liberales ya habían suspendido los pagos de la deuda externa en 1861, antes de la invasión francesa, y eran mucho más pobres para mediados de dicha década. Los expansionistas, sin embargo, midieron la situación desde una perspectiva de oportunidad de

¹⁵⁹ De Dano a Drouyn de Lhuys, *apud* Hanna y Hanna, *Napoleón III y México*, *op. cit.*, p. 233.

¹⁶⁰ General Sheridan, *apud* Hart, *Empire and Revolution...*p. 14.

¹⁶¹ *Ibidem*, p. 13.

negocios, adquisición de tierras e influencia sobre el gobierno mexicano.¹⁶² De hecho, muchos de ellos creyeron que México perdería inevitablemente territorios a favor de los Estados Unidos ya que la emigración americana llevaría a la absorción de los estados del norte.¹⁶³ Otros empresarios de plano reclamaron la anexión inmediata de los territorios mexicanos septentrionales, principalmente Sonora y Baja California. Hubo casos como el del general Thomas Sedgwick y el industrial Ephraim Morse, que junto con otros líderes de los negocios, ambicionó extender sus operaciones a México entre 1860 y 1870 con la expectativa de que eventualmente le seguiría la anexión del territorio.¹⁶⁴ El sentido de misión tampoco faltó. Como ejemplo podemos mencionar al senador Matthew Hale quien hablaba de que los Estados Unidos estaban destinados a suplantarse a todos los demás gobiernos del continente, y este objetivo sería alcanzado “conduciendo a México a un plano superior de civilización,” presumiblemente a través de un proceso de colonización similar al de Texas.¹⁶⁵

Las actitudes y acciones de los funcionarios del Departamento de Estado y del Congreso no fueron tan significativas como los planes y las acciones de los hombres de negocios y los buscadores de concesiones entre los que estuvieron figuras tan reconocidas como Edgard Lee Plumb, Caleb Cushing (ex ministro en China y ex procurador general), Robert I. McLane (ex ministro en México), Nathaniel Banks, Thaddeus Stevens, Thomas A. Scout (exfuncionario de la Secretaria de Guerra y magnate de los ferrocarriles de

¹⁶² *Ibidem*, p. 17.

¹⁶³ Entre ellos el autor menciona a Taylor y sus socios. *Vid. Ibidem*, p. 32.

¹⁶⁴ *Ibidem*, p. 38

¹⁶⁵ *Ibidem* p. 40.

Pensilvania), los generales John C. Frémont, John Schofield, Ulises S. Grant, Orville E. Babcock y Lew Wallace.¹⁶⁶

Podemos afirmar por último que el expansionismo, particularmente el que buscaba la zona norte de México, siguió vivo incluso varios años después de la Guerra Civil.

¹⁶⁶ *Ibidem*

CAPÍTULO V

¿QUIÉN ES EL AMERICANO?

Una de las primeras preguntas que nos hacemos cuando leemos el documento de la investigación es la que se refiere a la verdadera identidad del *Americano* autor del texto que defiende el mantenimiento de la política de neutralidad hacia México. Para desenmascarar a este hombre tenemos primero que imaginar algunas de las características que tuvo que haber reunido para escribir el documento que nos ocupa; entre muchas, podemos mencionar las más importantes: ser conocedor de la política exterior norteamericana, particularmente con México; conocer la situación política y social de ese país y muy probablemente haber estado en él;¹ entender los enormes intereses económicos norteamericanos involucrados en México y las expectativas de los inversionistas; y tener acceso a información privilegiada de muy alto nivel en el gabinete y al interior del Congreso. De esto podemos deducir que este autor debió haber estado relacionado con funcionarios del gobierno norteamericano de primera línea y con senadores y diputados. También debió haber tenido acceso a la prensa para la publicación de su artículo así como la capacidad para publicar una edición especializada² dirigida a los miembros del Congreso y a políticos ubicados en altos cargos con capacidad de decisión.

¹ En el párrafo del documento que adjunto a continuación, se entiende que quien lo escribió lo hace con conocimiento de causa: “*El error más grande que nuestros compatriotas pueden hacer, es suponer que los mexicanos como pueblo desean nuestra intervención bajo cualquier forma en los asuntos de su país. Aquellos que hayan viajado en ese país, saben que este es el caso.*” *Americano, No intervención la...* p. 6

² Hay que recordar que este documento es la publicación de un artículo de otro periódico, el *N. Y. Commercial Advertiser*, que se editó también en Nueva York, por la “Saackett & Mackay, Law Printers”.

Un hombre que reunió todas estas cualidades y capacidades fue William Henry Hurlbert,³ periodista y editor de varios libros y periódicos.⁴ Durante la Guerra Civil, Hurlbert destacó por su posición antiesclavista como lo refleja en algunas de sus primeras obras entre las que sobresalen *Gan-Eden* y *Pictures of Cuba*. Esta posición política hizo que fuera arrestado y apresado en Richmond, Virginia, en 1861, de donde escaparía al año siguiente. En ese mismo periodo inició su carrera periodística. Comenzó a escribir en el *Putman's Magazine* como crítico dramático de 1855 a 1857. En 1857 trabajó en el *New York Times* y posteriormente, de 1864 a 1867, fue propietario del *New York Commercial Advertiser*,⁵ publicación en la que sale a la luz el documento de esta investigación.⁶

³ Originario de Charleston, nació en julio de 1827. En su juventud abandonó el ministerio por el derecho y más adelante dejó éste por el periodismo. *Who was Who in American History 1607-1896*. Recurso en red, consultado el 21 de febrero de 2007.

http://www.whistler.arts.gla.ac.uk/biog/Hurl_WH.htm

⁴ Vid. Crain, Caleb. *The Monarch of Dreams*.

⁵ El *New York Comercial Advertiser* corresponde a la transformación del que fuera uno de los diarios más importantes en Estados Unidos, el *American Minerva*, el primero después de la Revolución que se publicó en Nueva York en 1793 por Noah Webster, lexicógrafo, escritor y federalista activo. Era un periódico federalista cuya finalidad era apoyar y defender a la administración de George Washington de los conservadores y de la propagación del pensamiento francés en Estados Unidos. En 1797, el *American Minerva* cambió su nombre a *Commercial Advertiser*. Webster fue el editor hasta 1803, cuando lo vendió a Zacharias Lewis, editor en Jefe hasta abril de 1820. Posteriormente, el periódico quedó en manos de William L. Stone (editor) y Francis Hall (publicista). Bajo la dirección de Stone el periódico se convirtió en un propagador importante de los principios clintonianos que apoyaban la construcción del Canal Erie. Al concluir ese proyecto, el partido clintoniano desapareció y muchos de sus miembros, incluyendo al editor del *Commercial Advertiser*, se volvieron seguidores de la candidatura de Adams a la presidencia contra el general Jackson, quien ganó la elección en 1828. Durante el gobierno de Jackson, el *Commercial Advertiser* no cesó de mostrar una postura crítica y dura en contra de esa administración. En este periodo, el editor del *Commercial Advertiser* aprovechando sus grados de masonería, comenzó a fungir como mediador en la creación de un nuevo partido político compuesto por antiguos clintonianos y algunos "Bucktails", escribiendo a través de su periódico una serie de cartas dirigidas a John Quincy Adams, tituladas "Masonry and Anti-Masonry". En 1834 el partido Nacional Republicano comandado por Adams, se convirtió en el Partido *Whig*. Desde entonces hasta la muerte de Stone, el *Commercial Advertiser* apoyó de manera consistente al nuevo partido. A la muerte de Stone, la mitad de su parte fue comprada por John B. Hall y por John Inman, quien queda como editor del diario. Tras la disolución del partido *Whig* en 1856, el *Commercial Advertiser* se convirtió en un órgano republicano, una posición lógica por ser congruente con sus principios; sus editores siempre abogaron por la abolición de la esclavitud. En 1863, Hall padre e hijo dejan el periódico a William Henry Hurlbert, quien lo conserva hasta 1867 cuando Thurlow Weed, *whigh* activo y antimasonónico, se convierte en el siguiente editor. Debido a cuestiones de salud, Thurlow Weed parte a Europa en 1868 y el *Commercial Advertiser* queda en manos de Hugh Hasting, quien fue propietario del mismo desde 1875 hasta su muerte en 1883. Como sucesor

Hurlbert se caracterizó por obedecer más a su sentido común que a sus principios; algunos lo describieron como “exuberante, inescrupuloso y notable”;⁷ fue una celebridad que no pasó desapercibida. Incluso hubo quien escribió novelas sobre él o se inspiró en él para el desarrollo de alguno de sus personajes.⁸

Una de las publicaciones de Hurlbert que más interesa a esta investigación es *Ireland under Coercion, Diary of an American*,⁹ publicada en 1888, porque en ella también utiliza el seudónimo *an American*. En este libro, además, demuestra que conocía muy bien y de cerca la realidad política de México,¹⁰ país que había visitado el mismo año en el que fue publicado el artículo en el *Commercial Advertiser*, y del cual se expresa de una manera

y director del diario quedó el coronel John Cokerill, quien creó una edición matutina llamada *Morning Advertiser*, pero con poco éxito. El *Commercial Advertiser* era conocido por ser un barómetro político de la época; sin duda era uno de los principales periódicos de su tiempo y llegó a tener un tiraje de 2 100 ejemplares diarios. Medina, Miriam. *Vid: New York news papers and their editors*, Mitchell, Edward Page y O'Brien Frank M. *The Story of the Sun, New York: 1833-1928.*; Sullivan, James. *The History of New York State; The Columbia Encyclopedia.*

<http://www.bklyn-genealogy-info.com/Newspaper/NYNewspapers.html>.

⁶ Posteriormente trabajó en el *New York World* donde además de ser corresponsal en Santo Domingo en 1871, fue director editor en jefe de 1876 a 1883. Durante este periodo fue reconocido por su línea pro capitalista, antiesclavista y antisudista. Tras vender el *New York World* se traslada a Londres donde reside desde 1887 y escribe varios libros. En este periodo Hurlbert colabora con la Sociedad de Artistas Británicos (SBA por sus siglas en inglés) para convertirse en parte de la realeza, escribe *Memorial to Queen Victoria*; a su vez varios escritores ingleses, como Whistler, le envían copias de las reseñas de sus libros, como la del '*Naval Review set*'. Whistler admiraba la habilidad diplomática de Hurlbert diciendo que “astutamente aconseja a uno mismo y a quien esté abierto a recibir consejo... ¡muestra todas las situaciones de Europa y América en la palma de su mano!”. Finalmente, Hurlbert murió en Italia en 1895, durante el proceso de una demandado por perjuicio. *Cfr. Crain, The Monarch of Dreams, op. cit;* Christopher Lobby, *The Complete Civil War Journal and Selected Letters of Thomas Wentworth Higginson; Who's Who in...op. cit.*

⁷ *Vid. Crain, op. cit.*

⁸ Por ejemplo Theodore Winthrop, Charles Kingsley y Higginson. *Vid. Ibidem*

⁹ Este libro es una recopilación de anotaciones de su diario en Irlanda tras la Revolución agraria y social, en el que describe de manera particular el papel de la Iglesia Católica, el gobierno y los terratenientes en esta nación. *Cfr. Recurso en línea en consultado al 28 de marzo de 2007:*

<http://www.quinnipiac.edu/other/abl/etext/irish/coercion/coercion.html>.

¹⁰ La segunda, y más relevante para la interpretación del documento, es del 29 de febrero (p. 109), en el cual narra cómo se arreglaban los asuntos y deudas financieras entre los pequeños propietarios y La Liga irlandesa, mencionando que “eso me remontó rápidamente a los días de campo en el Rincón de Orizaba armado hasta los dientes, y listo para que, al aviso, tirara de los cuatro vagones de mulas y me preparara para recibir la caballería”.

entre romántica y despectiva. Comparando la situación de Irlanda con respecto a Inglaterra, el autor afirma que “Cuba, Canadá y México, todos están en proceso de ser digeridos y asimilados, mientras que la deglución de Irlanda por la gran República debe ser remitida a un futuro mucho más remoto”.¹¹

Otro elemento que acerca al *Americano* con Hurlbert es su círculo de amistades: Hurlbert era muy cercano a escritores, políticos y otros hombres influyentes de los Estados Unidos por su quehacer profesional en un momento en el que los textos de opinión y denuncia anónima eran sumamente comunes y frecuentes en los Estados Unidos y mucho más en los años de la Guerra Civil. No era para nada extraño que se publicaran escritos anónimos sobre temas políticos en los principales diarios, una actividad que Hurlbert realizó con frecuencia y de mutuo acuerdo con varios personajes de su círculo social. Como ejemplos podemos citar las publicaciones “anónimas” de Frederik Law Olmest y George William Curtis¹² las cuales trataban principalmente sobre las afectaciones de las condiciones económicas del Sur ante la esclavitud.¹³ Se presume también que Hurlbert publicó con el nombre de “Arthur Richmond” varias diatribas en contra de sus rivales republicanos.¹⁴

Una de las amistades más sobresalientes de Hurlbert fue Sam Ward, mejor conocido como el “Rey del Lobby” o el “Tío Sam”;¹⁵ fue uno de los hombres más importantes y

¹¹ William Henry Hurlbert, *Ireland under coercion, Diary of an American*, p. 177.

¹² Editores del Putman’s Monthly Magazine, antiesclavista.

¹³ Laura Wood Roper, *Mr. Law and Putman’s monthly magazine: A Note on a Phase in the Career of Frederick Law Olmsted*, p. 88.

¹⁴ Lauriston Bullard, *The mystery of “a public man”: A historical detective story by Frank Maloy Anderson*, p. 627.

¹⁵ Se presume que Sam Ward es el autor del controversial libro, “*The Diary of a Public Man: Unpublished Passages of the Secret History of the American Civil War*” con ayuda de sus allegados, entre ellos Hurlbert.

prominentes de los Estados Unidos de la segunda mitad del siglo XIX. Logró recaudar una gran fortuna gracias a sus matrimonios, sus incursiones en la fiebre del oro en California y sus aventuras en Paraguay, Brasil y México. Su gran encanto y habilidad culinaria lo convirtieron en el más famoso de los cabilderos de la posguerra. Era un personaje típicamente romántico: aventurero, bohemio, amigo de poetas y confidente de estadistas,¹⁶ la “antítesis del espíritu de Nueva Inglaterra”.¹⁷ Un amigo común de Sam Ward y Hurlbert era el secretario de Estado William Seward, sin duda el personaje que puede estar detrás de dicho escrito. Seward, canciller entre 1860 y 1869, fue el artífice de la política exterior de la Unión durante los años de la Guerra Civil. Al término de ésta, uno de los asuntos más delicados que quedaban por resolver era la presencia francesa en México. Si bien como republicano de buena cepa y antimonarquista, simpatizaba con la causa de los liberales mexicanos –manifestándolo en varias ocasiones en privado- pudo haber temido que el apoyo abierto a esta causa bajo la bandera de la Doctrina Monroe provocaría una invasión de los ansiosos militares desmovilizados, o bien un intento de los sureños expansionistas por recuperar sus glorias pasadas con conquistas territoriales en México. Más peligroso aún resultaba que Francia aprovechara como pretexto un cambio en la política norteamericana para desatar un conflicto. La delicada estabilidad –tanto interna como externa- de la posguerra no podía ser arriesgada; la política de estricta neutralidad debía sostenerse hasta que el último francés saliera de México. No es descabellado entonces pensar que fue el mismísimo secretario de Estado, en defensa del mantenimiento de su política, quien le

Fue publicado en el *North American Review* en 1879 de autoría anónima. Cfr. Frank Maloy Anderson. *The Mystery of “a public man”: A historical Detective store.*

¹⁶ Roy Lokken, *Sam Ward, “King of the lobby” by Lately Thomas*, p. 391.

¹⁷ Harold Larrabee, *Uncle Sam Ward and his circle by Maude Howe Elliott*, p. 646.

ofrece al *Americano* información relevante que no llegaba al público en general acerca de las discusiones en el Congreso, de sus participantes y de los intereses detrás de cada postura. Casualmente – o causalmente- la posición que defiende el *Americano* pretende frenar la creciente demanda por aplicar una versión agresiva de la Doctrina Monroe y aboga por detener el expansionismo y respetar la integridad territorial de México, una propuesta que tiene el mismo objetivo que la política oficial que promueve el secretario de Estado: mantener la estricta neutralidad y evitar cualquier tipo de intervención en México que pudiera provocar a los franceses, cuyo ejército se encontraba en México, muy cerca de los ejércitos confederados, situación que Seward consideraba particularmente delicada por lo “que ambos países debían cuidarse de producir irritación y molestia”¹⁸ para bien de “los intereses de la paz y amistad internacional”.¹⁹

Dicha neutralidad no era tibieza, sino una estrategia de Seward para mantener y fortalecer a su país tras la reciente Guerra Civil y evitar un nuevo conflicto al interior:

Existen otros puntos a ser considerados, además de los fundamentales por su consecuencia política, de gasto, y de los peligros que conlleva la ambición por la expansión territorial. Un debate franco y abierto de estos temas podría sacar al descubierto cuestionamientos que, en la actualidad, todo defensor de la unidad y armonía interna preferiría dejar prudentemente en silencio.

¹⁸ Stephen Valone, *Weakness offers of temptation: William H. Seward and the reassertion of the Monroe Doctrine*, p. 587.

¹⁹ *Idem.*

Seward rechazó hacer uso de la interpretación expansionista de la Doctrina Monroe para evitar una nueva disputa entre el Norte y el Sur ante la posibilidad de invadir y anexarse parte ó todo México, pues la posición geográfica de las presumibles adquisiciones -Baja California y Sonora principalmente- le darían una ventaja al Sur que podría desequilibrar la precaria estabilidad recobrada tras su derrota. Seward no niega dicha doctrina, simplemente le da un enfoque distinto que involucra a la política interna con la externa para repeler a las potencias europeas de América. Su estrategia consistió en fortalecer a los unionistas del Sur, reunirlos con los nacionalistas sureños y terminar de reunificar a Estados Unidos para evitar dar a poderes externos la oportunidad de inmiscuirse en los asuntos del continente americano.²⁰

Hay que considerar, además, que Seward es un hombre de su época y que como buen liberal le dio un peso importante al aspecto económico en todas las decisiones que tomaba de política exterior.²¹ Fue Seward en gran medida el responsable de establecer las bases ideológicas de la relación entre México y Estados Unidos desde 1860²² según las cuales se anteponen el comercio y la inversión como motores del desarrollo a la anexión territorial; él mismo reconocía que “los americanos le dan más valor a los dólares, y menos al dominio territorial”.²³ De hecho, Seward creía que el “*laissez faire* capitalista expandiría la influencia de Estados Unidos sobre México y eventualmente llevaría a la absorción de su

²⁰ *Ibidem*, p. 598.

²¹ *Idem*.

²² Schoonover, Thomas *Dollars over Dominion... op. cit.*, p. 26.

²³ *Apud*, Cyrus Veese, *Race over Empire: Racism and U.S. Imperialism, 1865-1900*. pp. 1541-1542.

vecino país por la Unión”.²⁴ Basado en esta creencia se opuso a cualquier intento de expansión o dominio territorial por la fuerza hacia otras regiones del continente.

Por otro lado, es probable que Seward se apoyara en el exclusivismo anglo-sajón - ideología imperante en ese momento- por ser la mezcla con otras razas el mayor temor de los norteamericanos comunes respecto a las anexiones territoriales. En el caso de México, las diferencias raciales eran el argumento perfecto para desalentar, al menos ante la opinión pública, una expansión que en ese momento sólo planteaba problemas y complicaciones sin dejar muy claros los beneficios económicos y que además podría traer consigo una convivencia indeseable con un pueblo bastardo y degradado.

²⁴ Schoonover, *Dollars over dominion...op. cit.*, p. 22. De hecho, en 1860 durante un discurso en St. Paul, Minnesota, Seward declara que los estados Unidos se extenderán desde el helado norte, hasta el caluroso sur. *Manifest Destiny and Mission, apud* Schoonover, pp. 227-228.

CONCLUSIONES

Hay muchas maneras de adentrarnos en el pasado, en la Historia. Una de ellas es a través de los documentos escritos. Cada documento puede convertirse en una invitación al estudio, análisis e interpretación de sucesos añejos y, quizás aparentemente ajenos, que paradójicamente, nos permiten entender y explicar nuestro presente. Pero al documento hay que trabajarlo, hay que “despertarlo” y hacerle hablar; hay que leerlo y releerlo para entender lo que nos quiere decir; para interpretarlo y contárselo a los demás. Este fue precisamente el objetivo de esta investigación en la que se utilizó un documento que a primera “leída” parecía marginal y sin mucho sentido, pero que varias lecturas después fue revelando su riqueza y su enorme valía como fuente de información de primera mano en el tema de las relaciones de los Estados Unidos con México en 1866.

El documento me guió para distinguir temas fundamentales de esa época como son la Doctrina Monroe, el expansionismo norteamericano, el Destino Manifiesto y el anglosajonismo decimonónico, en el marco de las relaciones México-Estados Unidos. Con ello pude reconstruir un contexto para el estudio y la comprensión de las principales propuestas que se discutían al interior de la elite política y económica norteamericana que decidía la dirección de las acciones que adoptaba la política exterior hacia su vecino del sur. Me permitió ubicar qué beneficios políticos y económicos estaban detrás de estas discusiones; qué grupos de poder estaban involucrados de una o de otra manera en el apoyo o rechazo de tal o cual política y qué intereses los guiaban; qué propuestas de pensamiento dominaban en la sociedad de esa época que influyeron y en algunos casos dictaron los criterios, por lo menos algunos de ellos, para la toma de decisiones.

La penetración norteamericana en México estuvo impulsada desde sus inicios por la fuerza del crecimiento económico, la sofisticación tecnológica y la población de los Estados Unidos, fundamentada en una ideología nacional, la Doctrina Monroe, la cual mando un “mensaje” a las naciones europeas para que no intervinieran en los asuntos de las repúblicas americanas. A partir de la independencia de México, la elite norteamericana comenzó a invertir en los recursos de su vecino del sur, forjando una nueva relación entre los dos países. Las naciones compartían 2,000 millas de frontera y los norteamericanos, mientras avasallaban a los mexicanos en la lucha por el control de sus recursos y de parte de su territorio, empezaron a interactuar de una forma sin precedentes entre países independientes. La actitud expansionista estaría determinada por la “esperanza de que a su debido tiempo México sería conquistado por el gradual proceso de “norteamericanización” que debía resultar de la emigración de capitales y de colonos originarios de Estados Unidos”.¹

En los años posteriores a la Guerra de Secesión, esto es a partir de 1865,² muchos americanos buscaron oportunidades de negocios en México, precisamente cuando los mexicanos estaban atravesando por una guerra civil que se había convertido en una lucha en contra de un poder extranjero. Lo que había iniciado como un conflicto entre liberales y conservadores se convirtió en un esfuerzo popular por expulsar al poderoso ejército francés

¹ Rippy, *apud*. Weimberg, *Destino Manifiesto. El...op. cit.*, p. 230.

² Durante estos años hasta principios de la década de 1870 un considerable número de los hombres de negocios más poderosos de Estados Unidos harían inversiones directas en México. Un grupo mucho más numeroso que incluyó a los capitalistas más grandes de la nación, oficiales militares y políticos tendrían un interés creciente en esta nación. Sus compromisos con las líneas ferroviarias transcontinentales que se estaban construyendo a través del suroeste y por puntos fronterizos y su visión de dominio en la cuenca del Pacífico haría que el éxito en México fuera imperativo. Esta infusión de capital iría acompañada de la cultura americana como un elemento visible de la expansión. Hart, *Empire and Revolution...op. cit.*, p. 43

y vencer el esfuerzo de Napoleón III por establecer una monarquía controlada desde Europa. El liderazgo liberal vio más cercano su triunfo cuando acabado el conflicto norteamericano, Estados Unidos dio un viraje en su política hacia México. A su vez muchos norteamericanos, entre los que destacaban militares, industriales y financieros, se mostraron ávidos por invertir en México apostando sus capitales a favor del triunfo de Juárez y de las múltiples ganancias que el riesgo les prometía. Posteriormente, los liberales victoriosos encontraron una posibilidad de poner en práctica su proyecto y de revivir la economía a través de la inversión extranjera y la inmigración. Sus vecinos del norte recogieron los enormes beneficios de su riesgo y se convirtieron, aunque en términos de desigualdad, en socios en esta cuestión.³

En los años de guerra también revivieron las discusiones respecto a la posible anexión de más territorio mexicano y las repercusiones que esto traería para Norteamérica. Este es un período particularmente interesante e importante para la historia de las relaciones de México y de los Estados Unidos por ser la era de transición entre el apogeo de los esfuerzos públicos y privados para anexarse todo o parte de México y el inicio de una nueva política de expansión en la que los norteamericanos buscaron comercio e inversión en lugar de anexiones territoriales. Esta última posición terminó dominando, dejando definitivamente atrás los intentos de anexión.⁴

³ *Ibidem.* p. 17. John Hart nos explica que la primera etapa de la participación norteamericano en México inició después de la Guerra de Secesión, cuando los líderes políticos de los Estados Unidos, empujados por una elite de financieros e industriales, si dieron cuenta de las oportunidades de beneficios y poder que ofrecía su vecino del sur y buscaron extender sus intereses en México. A la apertura inicial de relaciones comerciales y financieras le siguieron los planes de desarrollo de la infraestructura en dicho país. El inicio del régimen de Porfirio Díaz abrió paso a la segunda etapa de dicha participación, esto es, la construcción de los ferrocarriles.

⁴ Hay que recordar que si bien el clímax de la política expansionista se vivió en 1848, los intentos por obtener más territorio mexicano no cesarían hasta los años posteriores a la Guerra de Secesión cuando la nueva forma

El deseo anexionista pasó a un segundo plano. El manifiesto destino territorial fue dejado a un lado en México por la paulatina infiltración económica.⁵ A partir de entonces, el nacionalismo como defensa de la libertad se proyectará como justificación del dominio territorial, imposición político-cultural, imperialismo económico y supremacía hegemónica en el hemisferio.⁶

Si bien existió la convicción más o menos general entre los políticos y los empresarios norteamericanos de que México estaba destinado a convertirse eventualmente en parte integral de los Estados Unidos, la amalgama resultó imposible por dos razones fundamentales: la primera era la opinión de que “el pueblo mexicano no está acostumbrado a las obligaciones del gobierno propio”;⁷ de modo que para ser gobernado hubiera obligado a los norteamericanos a modificar sus formas democráticas, lo cual hubiese significado pagar un costo demasiado elevado por los territorios conquistados; y la segunda razón era el desdén por el carácter de una población que era “apenas superior al negro”.⁸ Cualquiera que fueran las diferencias entre aquellos que favorecían lazos económicos más cercanos y aquellos que preferían la anexión, todos coincidían en que los fracasos de México para desarrollar sus recursos justificaban moral y éticamente la explotación norteamericana de los mismos, incluso cuando “desarrollo” significaba la mera extracción de los valiosos recursos naturales. Los hombres de negocios y los políticos norteamericanos contrastaron

de penetración –la comercial y económica- reemplazó definitivamente a la ambición territorial. La política expansionista de la década de 1850 y los primeros años de los 60’, que por cierto fue muy agresiva, no tuvo éxito con la única excepción del territorio de La Mesilla, pero la región septentrional mexicana, principalmente Sonora y la Baja California, siguieron siendo el blanco favorito de los expansionistas hasta después del triunfo de Juárez sobre Maximiliano.

⁵ *Ibidem*, p. 179.

⁶ *El destino manifiesto...op. cit.*, p.172.

⁷ *Democratic Review*, apud Weimberg, *Destino Manifiesto. El...op. cit.*, p. 162.

⁸ *Illinois State Register* apud *Ibidem*, p. 163.

las virtudes anglo-sajonas respecto al trabajo y la independencia, con la “docilidad” y la “haraganería” de los mexicanos. Según su visión, la confrontación política se daba entre la “democracia” y “honestidad norteamericana”, y la “dictadura” y la “corrupción mexicanas”. Para los extremistas, -y habían muchos en la comunidad de los negocios en el este y en la frontera- los americanos y los mexicanos eran representaciones absolutas del “mundo civilizado” y del mundo de los “semisalvajes”.⁹

El optimismo y la confianza en la idea ilustrada de que toda la humanidad era una sola especie y que era capaz de mejorar indefinidamente había sido apoyada hasta los primeros años del siglo XIX,¹⁰ pero la situación cambió a partir de entonces. Los libros de Historia que aparecieron en Norteamérica reflejaron cada vez más la confianza generalizada en las teorías raciales encontradas en la literatura inglesa del mismo período. En este país, la teoría de los orígenes teutónicos de las instituciones representativas atrajeron incluso más que en Inglaterra a los historiadores devotos de la democracia. Podían demostrar que el gobierno representativo tenía una larga, honorable y exitosa historia. Aunque la libertad era el tema principal, en ocasiones se relacionaba con notas estremecedoras que sostenían la idea de que dicha libertad era una herencia de los pueblos germánicos, pero no de los otros pueblos. Los norteamericanos se habían adelantado a

⁹ *Idem.*

¹⁰ Aunque para algunos esto significaba no sólo una supuesta igualdad ante la ley, sino igualdad en las dotes naturales, para muchos otros no, o por lo menos no tan claramente como podría parecer. Como ejemplo se puede mencionar a Thomas Jefferson que aunque destacado antiesclavista, creía que los negros no tenían el mismo origen hereditario que los blancos. En sus *Notes on Virginia* explica que el negro está condenado por la naturaleza a tener un estatus inferior por su fealdad y su olor fuerte y desagradable; pero más importante aún, por sus características mentales y morales, pruebas obvias de su inferioridad: “en memoria, son iguales a los blancos; en razón son muy inferiores,” y “en imaginación son obtusos, insípidos y anómalos.” Por otra parte, afirmaba Jefferson, la falta de logros de los negros no puede achacarse enteramente a la falta de oportunidades. *Apud Gossett, Race. The history... op. cit.*, p. 42.

Darwin en la formulación de la teoría del más apto; en el país del igualitarismo político era común una altiva teoría de la desigualdad racial. La nueva ideología racial pudo aplicarse para justificar los padecimientos o muertes de negros, indios o mexicanos. Pudieron acallarse las conciencias mediante suposiciones de una “inevitabilidad” histórica y científica. La anexión de México podía esperar a que se completaran los efectos de las leyes de selección natural, según las cuales el país sería absorbido por los anglosajones que se extendían por el continente. La idea del Destino Manifiesto implicaba en el fondo la esperanza que los pueblos hispano-indios desaparecieran ante el avance abrumador de los norteamericanos.¹¹ Los americanos construyeron sus objetivos en México mezclando ideas de las teorías del progreso con las teorías de la inferioridad racial mexicana. Algunos quisieron elevar a los mexicanos, su economía y su “civilización” a un grado superior. Otros articularon sus prejuicios raciales y vincularon la inferioridad racial al subdesarrollo de la economía y de su calidad de vida, inferiores a la norteamericana.¹²

El grupo hegemónico norteamericano que proveyó de una interpretación del mundo a su sociedad, como intelectuales o intérpretes de la realidad social, era parte de una clase que poseía medios de producción, que tenía a su cargo trabajadores, ya fueran esclavos o asalariados, y que tenían un grado de control sobre las instituciones con capacidad para diseminar información e ideas, hacer leyes, castigar por medio de las cortes y usar los instrumentos de violencia del Estado. Lo que el hombre blanco pensaba y hacía afectaba la mayor parte de los pensamientos y las acciones de todos los demás.¹³

¹¹ *American Review*, apud Weimberg, *Destino Manifiesto. El...op. cit.*, p. 166.

¹² *Ibidem*, p. 41.

¹³ Takaki, *Iron Cages. Race...op.cit.*, pp vii, viii.

Una de las conclusiones de esta investigación es que, retomando lo dicho en los párrafos anteriores, el *Americano* es una muestra prototípica de su tiempo. Su visión del mundo es totalmente decimonónica en cuanto a su concepción sobre los anglo-sajones y el resto de las razas. Sus descripciones de los protagonistas del drama mexicano son típicamente románticas al extremo que convierte a Maximiliano en un héroe cuando este rol pertenecía, para otra historiografía, sin duda a don Benito Juárez, pero ¿cómo concebir un héroe de color?

El *Americano* era también sin duda un miembro del grupo hegemónico ya que demuestra tener acceso a información que difícilmente llegaría al ciudadano norteamericano de a pié, además de que su visión de la problemática de la política exterior en general y de México en particular es sorprendentemente precisa y vasta. Un ejemplo de ello es el uso que le da a la Doctrina Monroe en el documento que nos ocupa; sabía que esta doctrina era lo suficientemente maleable para acomodarse al discurso y los objetivos de la causa que se defendiera, ya sea para promover la intervención como para dejar de hacerlo en una u otra región del continente.

Y esto se debe en parte a que la Doctrina Monroe dividió los asuntos exteriores de los asuntos internos de los Estados Unidos, bajo el entendido de que los primeros eran aquellos que atañían a sus relaciones con Europa –a quien estaba dirigida la advertencia- y los segundos, esto es, los internos –y esto es lo interesante- se referían no sólo a los asuntos de política interior sino también a las relaciones con el resto del continente ya que dichos asuntos no estaban restringidos a sus fronteras, sino a los límites del continente en donde tuvieran intereses territoriales, comerciales o económicos. De ahí que la Doctrina Monroe

no se pueda estudiar exclusivamente desde el ámbito de la política exterior y que estuviera estrechamente vinculada con la política interna.

Al final esta doctrina sería reivindicada de los descalabros que sufrió durante gran parte del siglo XIX. A partir de las últimas décadas de dicho siglo y durante gran parte del XX nadie habría de disputar el dominio de los Estados Unidos sobre el continente americano.

En cuanto al Destino Manifiesto, a manera de conclusión terminaré afirmando que este programa si bien consiguió la anexión de enormes territorios, no se consumó en su visión continental más ambiciosa. Las razones fueron muchas y muy variadas; entre las más importantes está que los expansionistas norteamericanos no experimentaron sentimientos amables hacia sus vecinos mexicanos como para desear una asociación política con ellos. Esto es comprensible si se toma en cuenta que un determinante de su actitud fue su concepto de que, por una parte, las instituciones democráticas funcionaban mejor en el seno de una población inteligente y homogénea desde el punto de vista racial; y por la otra, era más importante promover el desarrollo de la “raza más espléndida” que elevar a la inferior.¹⁴ Este pensamiento abrió la puerta a la creencia de que la penetración comercial y el desarrollo de la población eran las claves de las futuras relaciones de los Estados Unidos con el resto del mundo. El crecimiento económico norteamericano y la nueva tecnología allanarían el camino para una población norteamericana siempre creciente que avanzaría hasta las regiones más distantes.¹⁵

¹⁴ Weimberg, *Destino Manifiesto. El...op.cit.*, p. 161.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 388-389.

Terminaré diciendo que quizás la verdadera clave del fracaso de los expansionistas más extremistas norteamericanos –aquellos que impulsaban la idea de un continente unido bajo la bandera de las rayas y las estrellas- se encuentra en la actitud latinoamericana hacia Estados Unidos pues dicha bandera en muchas ocasiones ha sido al sur del continente, no un símbolo de la libertad federativa, sino de la opresión y el dominio.

BIBLIOGRAFÍA

Adams, Willi Paul. *Los Estados Unidos de América*, Colección Historia Universal Siglo XXI, no. 30, Siglo XXI editores, México, 1970

An American. *Maximilian and the Mexican Empire, Non-intervention the true policy of the United States*. Nueva York, New York Commercial Advertiser, Sackett & Mackay Law Printers, 2 de noviembre 1866.

Anderson, Frank Maloy. *The Mystery of “a public man””: A historical Detective store*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1948.

Bázquez-Ruiz F Javier. *10 Palabras Clave Sobre Racismo y Xenofobia*, Editorial Verbo Divino, 1996

Bealey Frank. *Diccionario de Ciencia Política*, Madrid, Istmo, 2003.

Boersner Demetrio. *Relaciones internacionales de América Latina*, México, Editorial Nueva Imagen, 1982.

Bosch García Carlos. *La base de la política exterior estadounidense*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.

Bullard, Lauriston. “The mistery of “a public man””: A historical detective story by Frank Maloy Anderson”, *The American Historical Review*, 54: abril, 1949, núm. 3

Callahan James Morton. *American Foreign Policy in Mexican Relations*, New York, Macmillan, 1932

Congressional Globe, 39th congress, 1st Session p. 1067.
Recurso en red, consultado el 16 de enero de 2007.
<http://memory.loc.gov/ammem/amlaw/lwcglink.html#anchor39>,

Cook Chris, Stevenson John. *Guía de historia contemporánea de Europa*, Madrid, Alianza Universidad, 1994.

Corti, Egon Caesar Conte. *Maximiliano y Carlota*, México, 2nda ed. en español, Fondo de Cultura Económica, 1971.

Cosío Villegas, Daniel. *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 1976.

Crain, Caleb. *The Monarch of Dreams*, New Republic, (28 de mayo de 2001) p. 41-42

- Crook-Castan, Clark. *Los movimientos monárquicos mexicanos*, Monterrey, Universidad de Monterrey, Garza García, 2000.
- El destino manifiesto en la historia de la nación norteamericana*, UIA, Departamento de Historia, 1977.
- Flagg Bemis Samuel. *A diplomat history of the United States*, New York, Henry Holt & Company, 1955.
- Fuentes Mares José. *Juárez, los Estados Unidos y Europa*, México, Editorial Grijalbo, 1982.
- Galeana, Patricia *México y el mundo*, México, Senado de la República, 1990, tomo III.
- Goldwin, Robert A. *Reading in American Foreign Policy*. Chicago, American Foundation for political education, 1953.
- Gossett, Thomas F. *Race, The History o fan Idea in America*, Dallas, Southern Methodist University Press, 1963.
- Grimberg, Carl. *El siglo del Liberalismo, La eclosión de la democracia moderna*, México, Daimon, 1967
- Gurza Lavalle, Gerardo. *Una vecindad efímera*, México, Instituto Mora, 2001.
- Hanna, Alfred Jackson y Hanna, Kathryn Abbey. *Napoleón III y México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.
- Hart, John Mason. *Empire and Revolution: the Americans in Mexico since the Civil War*, Berkley, University of California Press, 2002.
- Hobsbawm, Eric. *La era del capital*, Buenos Aires, Crítica, 1998.
- Horsman, Reginald. *La raza y el destino manifiesto. Orígenes del anglo-sajonismo racial norteamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Hurlbert, William Henry. *Ireland under Coercion, Diary of an American*, Recurso en red, consultado el 28 de marzo de 2007, <http://www.quinnipiac.edu/other/abl/etext/irish/coercion/coercion.html>.
- Johnson, Paul. *Estados Unidos*, Barcelona, Javier Vergara Editor, 2002.
- Kaufmann, Eric P. *The Rise and Fall of Anglo-America*, Estados Unidos, Harvard University Press, 2004.

Kissinger, Henry. *La Diplomacia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

Krieger, Joel. *The Oxford Companion to Politics of the World*, Nueva York, Oxford University Press, 1993.

Larrabee, Harold, "Review: Uncle Sam Ward and his circle by Maude Howe Elliott", *The New England Quarterly*, 11: septiembre 1938, núm. 3.

Lokken, Roy "Sam Ward, "King of the lobby" by Lately Thomas". *The Journal of American History*, 52: septiembre, 1965, núm. 2.

Matías Romero. *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington*, México, Imprenta general en Palacio a cargo de José Maria Sandoval, 1870.

Matute Álvaro. *México en el Siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de investigaciones históricas, 1973.

McPherson, James M. *Battle Cry of Freedom: the Civil War Era*, Nueva York: Oxford University Press, 1988.

Medina, Miriam. *New York news papers and their editors*,
Recurso en red, consultado el 13 de diciembre de 2006
<http://www.bklyn-genealogy-info.com/Newspaper/NYNewspapers.html>

Merk, Frederick. *Manifest Destiny and mission in American history*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1970.

"Mexico". *Mexican Times*. 25 de noviembre de 1865.

Meyer, Lorenzo y Vázquez Josefina. *México frente a Estados Unidos*, México, El Colegio de México, 1982.

Mitchell, Edward Page y O'Brien Frank M. *The Story of the Sun, New York: 1833-1928*. New York: Appleton, 1928.

Morrison, Samuel Eliot. *et. al. Breve Historia de los Estados Unidos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

Moyano Pahissa, Ángela. *México y Estados Unidos: Orígenes de una relación 1819-1861*, México, Secretaría de Educación Pública, 1985.

"National Intelligence, Our Paris Correspondence". *Daily National Intelligencer*. Lunes 5 de noviembre de 1866. p.1

New York Times, 8 de enero de 1866.

“Notes from the people- Mexican Question”. *New York Times*. Viernes 19 de octubre de 1866. p.2

Pereira, Juan Carlos. *Historia de las Relaciones Internacionales Contemporáneas*, Barcelona, Ariel Historia, 2001.

Renouvin, Pierre. *Historia de las Relaciones Internacionales*. Madrid, Akal Ediciones, 1998.

Roeder, Ralph. *Juárez y su México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

Schoonover, Thomas. “Dollars over Dominion: United States Economic Interests in Mexico, 1861-1867”, *The Pacific Historical Review*: febrero 1976, núm. 1.

“Should we force in to war with Mexico”. *New York Times*. 16 de enero de 1866.

Steinfeld, Melvin. *Cracks in the Meeting Pot*, Beverly Hills, Glencoe Press, 1970.

Suárez Argüello, Ana Rosa. “El interés expansionista norteamericano en Sonora (1848-1861)” en Ana Rosa Suárez Argüello y Marcela Terrazas Basante *Ensayos sobre la relación entre México y los Estados Unidos en el siglo XIX*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 1997.

_____ *Un duque norteamericano en Sonora*, México, CONACULTA, 1990.

Sullivan, James. *The History of New York State*. Vol. 12, Capítulo 21, 2da parte. Nueva York: Lewis Historical Publishing Company, Inc., 1927

Libro electrónico consultado el 13 de diciembre de 2006
<http://www.usgennet.org/usa/ny/state/his/bk12/ch21/pt2.html>

Summa Diccionario. Lengua Española, Barcelona, Océano Langensheidt, 1999.

Takaki, Ronald. *Iron Cages. Race and Culture in 19th Century*, Nueva York, Oxford University Press, 1990.

Thompson Peter. *Dictionary of American History*, New York, Checkmark Books, 2000.

The Columbia Encyclopedia, Sixth Edition. Columbia University Press, 2004

Recurso en red, consultado el 13 de diciembre de 2006

<http://www.bklyn-genealogy-info.com/Newspaper/NYNewspapers.html>

“The Mexican Question again”. *New York Times*, martes 5 de octubre de 1866. p.4

“The redemption of Mexico- the Question of cost”, *New York Times*, domingo 14 de

octubre de 1866. p. 4.

“The United States and México”. *Mexican Times*. 30 de septiembre de 1865.

“The United States in Mexico – What will foreign Powers say?” *New York Times*.
Miércoles 10 de octubre de 1866. p.4.

Thompson, Peter. *Dictionary of American History. From 1763 to present*. Nueva York, Facts on File, 2000.

Valone, Stephen “Weakness offers of temptation: William H. Seward and the reassertion of the Monroe Doctrine”, *Diplomatic History*, 19: otoño 1995, núm. 4.

Weinberg, Albert K., *Destino Manifiesto. El expansionismo nacionalista en la historia norteamericana*, Buenos Aires, Editorial Piados, 1968.

Who was Who in American History 1607-1896. Chicago, The A.N. Marquis Company, 1963.

Wood Roper, Laura “Mr. Law and Putman’s monthly magazine: A Note on a Phase in the Career of Frederick Law Olmsted”, *American Literature*, 26: marzo, 1954, núm. 1.

ANEXO 1

TRADUCCIÓN DEL DOCUMENTO ORIGINAL

Maximilian and the Mexican empire :non-intervention the true policy of the United States. By an American. New York: Sackett & Mackey Law Printers, 1866.

MAXIMILIANO Y EL IMPERIO MEXICANO: NO INTERVENCIÓN, LA VERDADERA POLÍTICA DE LOS ESTADOS UNIDOS

POR UN AMERICANO

Uno de los mas perversos, si no ruinosos, esquemas jamás llevado a cabo por un partido político es ese que recién fue descubierto, y que tiene como objeto la apropiación de territorio mexicano, y posiblemente la eventual absorción de la totalidad de este pueblo volcánico por los Estados Unidos. Este programa que originalmente tuvo su inicio en el famoso “trabajo de Baja California”¹ fue organizado el invierno pasado, y adquirió consistencia en el igualmente malvado intento de ensillar a este país una deuda adicional de \$50 000 000 bajo la aparentemente plausible pretensión de brindar los recursos suficientes para apoyar a la causa liberal en México. Al cierre de la sesión del Congreso el verano pasado, los señores Banks y Sumner, presidentes de los Comités de Relaciones Exteriores de cada Cámara contuvieron el asunto entre los documentos horas previas al cierre de la legislación; y aunque el reporte del señor Banks contenía fuertes expresiones de aprecio por la República Mexicana, era evidente que su sentido común, y el de la mayoría de los congresistas, detectaron la corrupción que yacía en el fondo del “préstamo” propuesto.

¹ “Long California job” en el inglés original

En pocas semanas este asunto mexicano ha adquirido una nueva forma y parece que los trabajadores (*wire workers*) interesados en este proyecto confían en que se obtendrá el voto del próximo Congreso a favor de interferir activamente en los problemas de México, y sostener por la fuerza de las armas la causa de uno u otro de los cabecillas de la guerrilla, quienes han mantenido por años una situación de anarquía en el país. El cabecilla que será seleccionado es aparentemente Juárez; y se sostiene que en pago por esta supuesta asistencia, cedería a los Estados Unidos otra considerable porción de territorio mexicano, en añadidura al territorio ya “adquirido” de nuestro desafortunado vecino en los últimos treinta años.

Se asume que el presidente Johnson aprobó esta política, (aunque aún no esclarece con qué tono de verdad lo hizo). Ese Congreso, que tiene el único poder bajo la Constitución para hacer un arreglo de esta naturaleza, sancionará cualquier proceso que esté llegando demasiado lejos, en la opinión de hombres pensantes; y es estimulante ver que tantos periódicos influyentes ya han sonado la alarma alertando al país de este insidioso esquema; que significa no menos que la eventual absorción de México por los Estados Unidos; porque esta interferencia, o más bien por el establecimiento de un “protectorado” sobre ese país, sólo podría tener un significado y un objetivo.

La incorporación de México a los Estados sería recibida con ansioso placer por todos los enemigos de este país y sería considerada por hombres de Estado maliciosos en Europa como un castigo fatal y merecido por dicha ambición ciega. No sería extraño que Francia estuviera lista para llegar a un acuerdo con nuestro gobierno para este propósito, por el cual, con la adquisición de México, asumimos moralmente todas sus obligaciones y deudas, prefiriendo Francia tener a los Estados Unidos como deudores en lugar de México.

En cada señal ha habido al menos propuestas hechas por Francia de dejar a México en manos de Juárez al momento de su salida este invierno, a cambio de que éste reconozca la deuda con Francia, de la que nosotros, al hacer de Juárez nuestro “protegé” virtualmente asumimos y nos convertimos en responsables. Esto es todavía peor que el infame préstamo de \$50 000 000 de la sesión pasada, y debería ser reprobado por todos los contribuyentes de los Estados Unidos.

Pero, ¿cuáles serán las posturas de Francia y Maximiliano en esta transacción? Francia solicitó urgentemente al príncipe austriaco asumir la postura de responsable en México, la cual aceptó de buena fe y con las intenciones más humanas y provechosas hacia el pueblo de ese país, dedicándose sinceramente al bienestar y desarrollo de todas las ramas de la industria nacional. ¿No dictaría la justicia por naturaleza que, mientras Maximiliano consideró que él tenía el poder para restablecer la paz y el orden en México, los franceses no deberían reconocer a ninguna otra autoridad mas que la suya? Sin embargo parece que Napoleón está negociando fríamente con los Estados Unidos para mantener un presidente ilegal, e informa descaradamente a Maximiliano ¡que no puede proporcionarle más ayuda y que su consejo para él es que regrese a Europa con las tropas francesas! Para un espectador desinteresado parecería que la única parte que sale con las manos limpias de esta transacción es Maximiliano, quien ha cumplido su parte del contrato con hombría y nobleza, mientras que los que se dicen sus “aliados” lo han abandonado. Cualquiera que haya sido el interés, bueno o malo, que pudiera estar envuelto en el asunto mexicano, sin duda el joven emperador ha ganado una reputación y *eclat* a los ojos del mundo, aún si renunciara con repugnancia al asunto y regresara a Europa.

Sin embargo no tiene intención de hacer esto. Aun cuando ha recibido el consejo de Napoleón de retirarse, Maximiliano esta hecho de un material muy diferente y en su reciente declaración hecha en el aniversario de la Independencia de México, lejos de alardear, expresó de corazón la solemne determinación de este hombre. Reuniendo sus recursos a su alrededor y sabiendo que puede depender del apoyo de un poderoso , grande e influyente grupo en México, Maximiliano, lejos de estar descorazonado y a menos que sea derrocado por una intervención armada de los Estados Unidos, mostrará al mundo que puede gobernar México por el deseo y elección de los propios mexicanos.

Si el mundo es llamado a juzgar entre la posición que hoy asume Maximiliano y la de cualquier otro grupo involucrado en el asunto mexicano, ¿se vería qué tan honorable es su historial y qué tan fielmente se ha adherido a su compromiso original con el pueblo de México! Su más temprana promesa para con éste fue mantener intacta la integridad del Imperio, y fiel a dicha promesa, se rehusó a la enajenación de cualquier porción del territorio nacional cuando Napoleón, en 1864, envió al ex senador Gwin a México para adquirir los estados mineros del norte del país para Francia con el objeto de ser colonizados y trabajados por inmigrantes confederados. Por la misma razón él rechazaría ahora cualquier acuerdo con los Estados Unidos en cuanto a dividir ese territorio. Sin embargo, un supuesto presidente, que ilegalmente detenta el poder en una pequeña porción de México, no titubea en vender su país natal a cambio de la promesa de apoyo a sus pretensiones políticas.

Sin embargo en esta propuesta de colocar a la venta el dominio nacional de México a un poder extranjero, no nos sugiere por sí misma que Maximiliano haya sido consultado. Aunque el imperio está cerca de ser evacuado por los franceses, no ha sido ni será

abandonado por Maximiliano. Maximiliano sigue siendo una fuerza y su autoridad se extiende por la región central de México, donde se localizan las tres cuartas partes de la población y la riqueza del país. Maximiliano también es una fuerza política. Es reconocido formalmente y de buena fe por todas las naciones europeas, ha intercambiado ministros con todas ellas; y mantiene relaciones amistosas con el mundo entero exceptuando a los Estados Unidos. Un intento de nuestra parte por atacar y derrocar un gobierno cordialmente avalado por Rusia, Inglaterra, España, Prusia y, de hecho, toda Europa, necesariamente apelaría a la comprensión de estas potencias cuyo honor está comprometido a hacer de su reconocimiento algo más que un simple pedazo de palabrería. Era una tarea más fácil apelar a la emprendedora personalidad de Maximiliano, y su simpatía por la regeneración de México, que, como probará ser, sacarlo indignamente del país al que ha empeñado su palabra de dedicar su máxima energía para el bienestar duradero de ese país. Maximiliano no puede darse el lujo de sacrificar su honor por la conveniencia de Francia; ni ser convertido en el instrumento para ajustarse a experimentos políticos. Maximiliano fue a México bajo ciertas garantías, y no será sorprendido faltando a su deber para consigo mismo y con su patria por adopción en el momento en que las dificultades y peligros se tornan más grandes a su alrededor.

El error más grande que nuestros compatriotas pueden hacer, es suponer que los mexicanos como pueblo desean nuestra intervención bajo cualquier forma en los asuntos de su país. Aquellos que hayan viajado en ese país, saben que este es el caso. A lo largo del Río Grande, y probablemente en los mejores distritos mineros de Sinaloa, Chihuahua y Sonora contiguos a nuestra frontera, podrá haber pequeñas comunidades donde exista un sentimiento contrario al del resto, aunque el terrible destino de la “*Crabb party*” en 1857

parecería opinar distintamente. Pero en los grandes centros populosos de México no hay mas afinidad entre mexicanos y norteamericanos que entre el aceite y el agua. Los mexicanos de nacimiento nos odian y nos temen, y nosotros los despreciamos y los desdeñamos. Las dos razas son física y moralmente antagónicas. Si existe algún principio del pueblo mexicano que lo abarque todo, es su aversión por el amenazante y rudo hombre del norte, y su tradicional temor porque eventualmente los inundaremos, destruiremos su nacionalidad y que los despojaremos de sus honrosas y antiguas costumbres y su religión. El patriotismo que aún existe en ellos reviviría y unificaría al país entero en contra de cualquier intento para absorberlos.

Es desde este punto de vista que debemos considerar el supuesto acuerdo de Juárez para vender la región norte de México a los Estados Unidos como prueba, no sólo de su traición a México, sino también prueba de su debilidad ya que dada la situación actual en ese país, el pueblo de México hará fracasar a cualquier gobierno que intente sostenerse mediante el trueque de su territorio nacional. Ninguna constitución en México incluyó jamás alguna autorización por la cual algún funcionario o institución pudiera despojar a la nación. La compra de Gadsden, con cuyas ganancias se enriqueció el tirano de Santa Anna, y por esta infamia fue desterrado de su país en medio de la abominación popular, fue completamente ilegal y contraria a los deseos de todo México. Por el contrario, la posición de Maximiliano presenta la posibilidad más segura de preservar la integridad de su imperio por su ya conocida determinación.

Bajo cualquier prisma que se vea este asunto mexicano, después de un análisis maduro, no presenta más que peligro y dificultades para el futuro. Abrirá una caja de Pandora de la cual surgirán innumerables males y complicaciones. El espíritu de las

adquisiciones agresivas que antes surgió, nunca será aplacado hasta que emprendamos la tarea de tragarnos todo México. No necesitamos más territorio en ninguna dirección. Ya somos tan grandes como puede ser conveniente para administrar con seguridad y a satisfacción de todas las partes. Es totalmente inconsistente, por lo que hemos estado disputando con Francia durante estos tres años para mantener el principio de permitir que México se gobierne así mismo y a su manera. Por esto es peligroso incorporar en nuestro cuerpo político un elemento degradado y decadente que eventualmente tendremos que admitir en nuestra igualdad política, o bien mantenerlo como conquista, lo cual estaría generando violencia perpetua hacia nuestros principios republicanos. También resultaría costoso porque México jamás consentirá en convertirse en nuestra presa sin una lucha sangrienta para salvarse. Pensar de otra forma sería el colmo de la imprudencia. Estaríamos obligados a pelear por conquistar México, y aunque al final, por supuesto, podríamos invadir y someter al país, sería bueno primero calcular el costo de mantener un ejército permanente de ocupación en esa vasta región y calcular también por cuánto tiempo estarán dispuestos los contribuyentes del Norte a someterse a esta locura improductiva, iniciada por una legislación corrupta y a la que dieron continuidad unos cuantos políticos especuladores para su engrandecimiento.

Existen otros puntos a ser considerados, además de los fundamentales por su consecuencia política, de gasto, y de los peligros que conlleva la ambición por la expansión territorial. Un debate franco y abierto de estos temas podría sacar al descubierto cuestionamientos que, en la actualidad, todo defensor de la unidad y armonía interna preferiría dejar prudentemente en silencio. Pero, si las declaraciones del Sr. Seward durante los dos últimos años tuvieron algún significado, cuando fue anunciada la absoluta

neutralidad como la política de nuestro gobierno para los asuntos de México, la administración no puede adherirse demasiado rígidamente a dicha resolución y habiendo visto la Doctrina Monroe justificada en la práctica con la retirada de los ejércitos franceses, bien podría dejar que México resuelva su propio destino y que pruebe su suerte con los otros Estados de este Continente. Si como afirman los grandes concedores, nuestra misión es preservar intactas las distintas nacionalidades de América de toda agresión extranjera, no podemos, sin dejar de ser consistentes, dar el primer paso para la extinción de México. Con todo y nuestras lágrimas de cocodrilo y nuestra divertida ansiedad respecto a cómo México saldrá adelante una vez que los franceses se hayan marchado, éste continuará firmemente su marcha progresista bajo el Imperio, y encontrará en Maximiliano a un hombre capaz de mantener su dignidad y asegurar su prosperidad sin solicitar la protección de su entrometido vecino del norte.